ANTOLOGIA

DEL ROMANTICISMO ESPAÑOL

FERNANDO DIAZ-PLAJA

NUNC COGNOSCO EX PARTE

TRENT UNIVERSITY
LIBRARY

JAN 21 1969

Antología del romanticismo español

Fernando Díaz-Plaja
Professor of Spanish
University of California
at Santa Barbara

McGRAW-HILL BOOK COMPANY
New York · St. Louis · San Francisco
Toronto · London · Sydney

PQ6186 .D5 1968

ANTOLOGIA DEL ROMANTICISMO ESPAÑOL

Copyright © 1968 by McGraw-Hill, Inc. All Rights Reserved. Printed in the United States of America. No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without the prior written permission of the publisher.

Library of Congress Catalog Card Number 68–13091

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 MAMA 77 76 75 74 73 72 71 70 69 68

NOTA PRELIMINAR

Esta edición de la *Antología del romanticismo español* está destinada primordialmente a los estudiantes de español de las universidades de los Estados Unidos. La idea de la obra nació durante mi actuación como *visiting professor* en el curso 1950–1951 en la Universidad Pennsylvania State. Pensé entonces que el estudio del romanticismo español resultaría más ameno e intencionado si se hacía a lo largo de los temas típicos de este movimiento literario comparando la forma en que los abordaron los mejores autores del tiempo. El resultado pedagógico obtenido (confirmado luego en Stanford, Arizona, Tejas, etc.) me animó a componer la obra que hoy se reedita muy ampliada, ampliación debida sobretodo a la demanda intelectual de mis alumnos.

«Los Temas» van precedidos por «La Idea.» Tan interesante como las obras de creación de la nueva moda fue la polémica que la precedió, dividiendo a los españoles de la época en defensores encarnizados de lo tradicional—el clasicismo—y del moderno estilo romántico con algunos neutrales intentando conciliar actitudes extremas. Desde López Soler a Juan Valera, críticos y ensayistas buscan la difícil definición y eligen campo. Los ejemplos de sus esfuerzos que van a continuación permitirán al lector de hoy decidir quien tenía razón.

Universidad de California en Santa Bárbara
Verano de 1966

110690

INDICE

La Idea 1

Los Temas 47

La Rebelión 48

El Paisaje 71

El Amor 87

La Edad Media 103

El Siglo de Oro 124

La Muerte 141

La Religión 166

El Oriente 187

El Escepticismo 207

Los Autores 240

La Idea

López Soler en Clásicos y románticos *defiende a los segundos con firmeza, pero sin fanatismo. Para él, el gran cambio se debe a la influencia del cristianismo con moralidad y dulzura muy superiores a las sangrientas costumbres de Grecia y Roma.*

. . .¿Quién ignora la notable mudanza que ocasionó la aparición del cristianismo en la sociedad humana? ¿Quién ignora que la moral del evangelio suavizó la ferocidad de los pueblos y les fue inclinando a tiernos y melancólicos sentimientos? Los dioses de Homero habían creado naciones belicosas y brillantes que temían y no amaban a la divinidad y a la cual atribuían vengonzosas debilidades; pero el Dios de los cristianos había de formar pueblos menos entusiastas y más recogidos, menos brillantes y más melancólicos, más pundonorosos y menos ligeros. Insensiblemente fueron cambiando las costumbres, se olvidaron las antiguas leyes y se acogieron los hombres a la religión, como la única que, en su ignorancia y abandono, podía suministrarles algún consuelo. Aquellos bárbaros que habían venido de los climas septentrionales para dominar a la Europa, ya pacíficos señores de ella, doblaron también la cerviz al cristianismo, y tan sencillos como sus vasallos, dieron cabida a una multitud de ideas tímidas y supersticiones que iban creciendo con los progresos de la religión cristiana, y empezaba una revolución moral cuya influencia se dio bien a conocer dentro de algunos siglos. Por manera que cuando más adelantada la sociedad se despertó el gusto a las ciencias y la afición a la lectura, los escritores que trataron de doctrinar al pueblo deleitando su imaginación se hallaron en una posición muy distinta de la en que se encontraran los antiguos escritores de la Grecia con nueva religión, otras leyes y diferentes costumbres.

He aquí el origen del romanticismo. El esplendoroso aparato de las cruzadas, las virtudes y el pundonor de los caballeros en unión con sus galantes y maravillosas aventuras dieron vasto campo a las descripciones en la parte humana para explicarnos así de los poemas; pero para su parte metafísica y sublime se recurrió a la religión, tomando de ella un colorido lúgubre y sentimental que daba cierto valor a los personajes y un aire de nobleza a los acaecimientos y, en general, alto grado de terneza e interés a las composiciones. Como si la religión cristiana hubiese desarrollado nuestro principio moral haciéndonos perceptibles por este medio de más blandas y delicadas bellezas, y como si realmente a fuerza de eternecer al corazón hubiese hecho más perspicaces a los sentidos, ello es cierto que las producciones

de aquella edad verdaderamente poética tienen un mérito desconocido de los griegos y romanos, cual es el de hacernos sentir, sin arte ni esfuerzo alguno, las más dulces sensaciones. A través de una lengua aún no fijada, de desaliñadas cláusulas y de irregulares pinceladas, se trasluce un espíritu de candor y de ternura y unos arrebatos de la fantrasluce un espíritu de candor y de ternura y unos arrebatos de la fanvanagloria nos ponen en la necesidad vengonzosa de admirarlos. Y en balde fatigaremos a la imaginación y engalanaremos con pomposas descripciones nuestros escritos si no acertamos con aquel lenguaje que arrebata al espíritu y le atrae sin la menor violencia a las agradables emociones de la compasión.

No hay duda en que la relación de un suceso trágico puede producir en nosotros dos sensaciones muy distintas. Cuando el poeta no nos ponga sino de manifiesto el dolor puramente físico; cuando, a imitación de los griegos, nos pinte a Andrómaca buscando frenéticamente el cadaver de Héctor y precipitándose desesperadamente sobre él, nos interesará, es verdad, pero a costa de un sentimiento terrible que nos hace estremecer, porque se dirige más a los sentidos que al corazón, y en consecuencia, que más agita a nuestro cuerpo que conmueve a nuestro espíritu. Si, empero, en lugar de irritar a nuestros nervios procura ablandarlos por medio de cuadros más delicados y melancólicos; si se propone excitar en nosotros sentimientos de amor, de suavidad y de ternura, presentándonos situaciones patéticas en las que más lleguen a interesarnos los delirios y la profunda tristeza del alma que los furiosos arrebatos del cuerpo, probaremos ciertos placer en interés que nos ase y derramaremos, tal vez, lágrimas dulcísimas de sublime compasión. Esta es la principal cualidad que distingue a los románticos de los clasicistas, y unos y otros dan a conocer en esto la religión que profesaban, las costumbres de sus épocas y aún la naturaleza que describían. Los antiguos, menos espiritualizados que los cristianos, porque su religión era un tejido de fábulas groseras, nos presentan grandes calamidades y trágicos acontecimientos, dondequiera muertes, dondequiera batallas, dondequiera furor y sangre; ponen en acción las pasiones más violentas; se detienen en los combates de cuerpo a cuerpo y no en la lucha de sentimiento a sentimiento, y de este modo, horrorizando al alma sin enternecerla, y despertando en ella movimientos más bien de admiración, que de interés, no nos causan una impresión tan profunda como los románticos, cuando insinuándose con particular delicadeza se introducen como lentamente y sin sentirlo hasta los senos mas recónditos del corazón. Los clasicistas

violentan la situación del alma, los románticos la desvían, pero muy suavemente, de su temple natural; el lenguaje de aquéllos es más magnífico, el de éstos más penetrante; los primeros tienen por base a las pasiones y hablan al mundo físico, los segundos tienen por base al sentimiento y hablan al mundo moral.

No queda duda en que la religión cristiana fuese la principal y primera causa de esta notable revolución; veamos ahora cómo la Naturaleza y las costumbres también contribuyeron a ella. Homero y Virgilio escribieron en un país donde la Naturaleza despliega una riqueza y magnificencia superiores a toda descripción; arrebatados a la vista de tantas y tan grandiosas perfecciones, sobrecogida del pasmo su imaginación ante objetos, al parecer, inmensos y en realidad magníficos, nada tiene de extraño que nos diesen sus inmortales versos la idea de una Naturaleza tan varia como hermosa y en la que brillasen sin confundirse las innumerables bellezas de la creación. Pero ésta no es quizá la naturaleza más poética; es, por decirlo así, la naturaleza del hombre físico, la del naturalista, en una palabra; y si bien deleita sobremanera a la fantasía, convida, sin embargo, más a raciocinio que a la abstracción, porque más que a la imaginación es relativa al entendimiento. Se nos manifiesta con una simetría casi matemática y como invariable en su posición, por lo que deja a nuestro espíritu en demasiada tranquilidad; preséntanos doquiera objetos que describir, propriedades que reconocer y fenómenos que explicar, y la imaginación se va resfriando en medio de nuestro inalterable sosiego, y el entendimiento nos inclina a filosofar y a correr tras el hallazgo de importantes y científicas verdades.

Y en esta naturaleza debemos advertir otra de las causas por la que los poetas griegos y latinos fueron más preceptistas y, de consiguiente, más regulares que los románticos, sin que acertaran, como ellos, en el verdadero modo de excitar en los lectores una apacible sensibilidad. La naturaleza de los románticos, sin que acertaran, es más lúgubre, y más melancólica; más análoga a la incertidumbre de nuestros afectos y al combate de las pasiones; no nos ofrece sino se trasluce una luna amarillenta y las olas del mar agitado estrellándose al pie de un sepulcro, de algún silencioso monasterio o de un antiguo y solitario castillo. Sobre estas escenas aparecen los héroes y sus almas tiernas y enérgicas movidas de sus propias desgracias y de los sentimientos que les inspira un cuadro tan sublime cuanto terrorífico y patético; se abandonan a los delirios de la fantasía y a las ilusiones, tal vez, de una ligerísima esperanza.

Si del análisis de la naturaleza pasamos al de las costumbres, hallaremos en las de los pueblos que prestan sus argumentos al género romántico una multitud de circunstancias que favorecen, unidas, la armonía del conjunto. No es menester sino figurarnos a la Europa bajo la dominación feudal y pugnando por lanzar a los mahometanos de la Palestina. Fieles los pueblos a su Dios y a su rey, admiradores de los héroes, sobrios, sencillos, supersticiosos y crédulos corrían del campo de batalla al campo de la labranza y araban sin desceñirse la espada. Sin otros placeres que los que permitía una religión era asistir a los mas célebres torneos, y oír luego de los trovadores los gloriosos hechos de los paladines. Allí, arrebatados de sorpresa a la vista de tantos escuderos, pajes, heraldos y palafreneros; distraídos tras tan vistosos penachos; ocupados en descifrar los emblemas, empresas y amorosas cifras; atentos a los arranques, a los encuentros, a las revueltas y desvíos; agitados por los choques, peligros, atropellamientos y caídas, alzaban al cielo gritos de aplauso y de dolor, palpitando sus pechos del entusiasmo y vitoreando al mismo tiempo que el caballero a la dama por quien confesaba haber vencido.

Las costumbres griegas y romanas no son, por cierto, tan poéticas. Los juegos olímpicos eran brillantes, pero feroces, y los combates de los gladiadores, brutales y sanguinarios. No podemos, ni de mucho, comparar los primeros a los torneos de la Edad Media, dirigidos por los más poderosos incentivos del corazón humano, el amor y la gloria, y en los que los actores eran o reyes o héroes. No nos cansemos: faltaba a los antiguos una religión como la nuestra que desarrollase los delicados sentimientos del alma y la diese por este medio más extensión. ¿Qué son sus náyades, sus sátiros, sus ninfas y sus temerarios guerreros en comparación del silencio del claustro, de la virgen cristiana encerrada en él, de los lóbregos castillos, del pundonor, de la religiosa piedad y valentía de los aventureros?

Hemos examinado hasta aquí las causas que concurrieron a la natural formación de los dos géneros, clásico y romántico; nos reservamos para el número inmediato tentar la reconciliación de las diferencias entre los partidarios de uno y otro sistema.

. . .

He aquí, pues, cómo la religión y las costumbres causaron una singular mudanza en la literatura, porque la habían causado en la sociedad y en el corazón. Deberemos reconocer dos épocas excelentemente poéticas: una, en los tiempos fabulosos de la Grecia, y otra,

en los siglos de la media edad. Entrambas han prestado asuntos a las naciones civilizadas; entrambas nos llenan de admiración y nos inspiran respeto por su venerable antigüedad. Una y otra tienen distinta religión y distintas costumbres, y por consiguiente, han creado un estilo a tenor de la naturaleza de sus composiciones. Los clasicistas, sin pararse en la consideración de esta diferencia, han querido que todo se revistiese «a la homérida»; pero los románticos, más cuerdos en esta parte y más conocedores de las bellezas de sus argumentos, han adoptado un diferente rumbo, desentendiéndose de las críticas de sus contrarios.

Pero tal vez esta cuestión literaria se ha sostenido con demasiado encono y preocupación por una y otra parte, más atacando a las personas que a las cosas y a los poemas que a la poesía, y aún por esto hemos nosotros procurado darla un giro filosófico, sujetándola a un riguroso análisis y examinando si las causas que influyeron en el romanticismo son de tal peso que pidan por sí mismas tamaña innovación.

Ya hemos visto como la religión cristiana, más sensible y más espiritual que la de Homero, la autoriza; cómo las costumbres enteramente cambiadas en virtud del influjo que tiene sobre ellas la religión, parecen apoyarla, y cómo la naturaleza, distinta también y creada cual a propósito para la nueva religión y las nuevas ideas....

...Si tal vez se hubiesen penetrado los clasicistas de esta verdad no hubieran perseguido con tanto encarnizamiento a los románticos; si hubiesen fijado su atención en el largo encadenamiento de causas que han concurrido a la formación del nuevo sistema y comparándolas con las que contribuyeron a la del que ellos tan vigorosamente defienden, no vieran en los románticos unos superficiales innovadores, enemigos de los antiguos padres de la poesía, y tanto más peligrosos cuanto más diestros en mover el interés y excitar la compasión. Pero cuando, a pesar suyo, han debido concedérseles estas ventajas por el convencimiento de sí mismos, les han acusado de poco exactos en guardar las reglas que un espíritu geométrico dictó a la imaginación, y en su consecuencia, han graduado de absurdas y monstruosas a sus composiciones, lo que les ha sido, a la verdad, mucho más agradable y natural que atreverse a dudar de la infalibilidad de Aristóteles.

Hemos manifestado como la religión de Homero favorece menos a la fantasía que el cristianismo; como aquélla es tan propia para excitar las pasiones groseras y turbulentas cual lo es ésta para

calmarlas y poner luego en acción las más bellas y delicadas; como, por tanto, la una necesita para brillar y para presentarse en la escena de los espléndidos adornos con que la imaginación de un gran hombre supo engalanarla, al tiempo que la otra no necesita sino a sí misma, pues dondequiera es tierna, es poderosa y augusta. No tiene nada de extraño que una poesía inspirada, o, por mejor decir, adornada de dioses como los del autor de la *Ilíada,* pudiese sujetarse a una forma puramente mecánica, y que lo que hizo el poeta con sus divinadades hiciese un filósofo con el poeta, diciéndole «no pasarás de aquí»; al paso que no dejaría de serlo el que un poeta de la Edad Media, poseído de los sublimes sentimientos de que parece alimentarse esta religión, hubiese de ocuparse en el mecanismo de las unidades, escribiendo con una mano versos llenos de fervor, de armonía y de amable ternura y tirando líneas geométricas con la otra. La nueva religión espiritualizó a los poetas, y ensanchando a su sistema moral creó para ellos una sublime metafísica, y embebecidos desde entonces en sus espléndidas abstracciones, esclavos de su imaginación y arrebatados por un espíritu de poesía más bella y fervorosa que la de los antiguos, porque se formó de la reunión de más poéticos elementos, ¿pudieran detenerse en sujetar sus producciones a una forma mezquina no hallada en la Naturaleza, sino aprendida en las escuelas? Adoptan, sí, una forma orgánica que podemos considerar como innata, y de cuyo género, según observa Schlegel, son todas las formas que nos presenta la Naturaleza, desde la cristalización de las sales hasta el cuerpo humano; pero prescinden de unas reglas para cuya aplicación es necesario andar con el compás en la mano y contener dentro del espacio de algunas líneas los vuelos de la fantasía.

No es esto decir que deje de haber en los antiguos un sinúmero de bellezas muy dignas de ser incesantemente leídas y filosóficamente imitadas, pues el declararse contra ellas sería carecer de sentido común; nos declaramos únicamente contra esa idolatría literaria que pretende divinizar hasta los errores en que incurrieron, no por falta de talento, sino por falta de recursos que aquellos siglos no pudieron proporcionarles. Los clasicistas tienen modelos en su género que se acercan mucho a la perfección, e igualmente los tienen los románticos; unos y otros escriben según el carácter de las causas que han concurrido en la formación de sus sistemas, y aunque seamos de parecer que las del género romántico son más poéticas, no por esto desconocemos el grande mérito de las que inflamaron la imaginación de Homero. Románticos y clasicistas, bien que con distintos medios, saben interesar

al corazón y han hallado el secreto de deleitar enseñando, que es el objeto de toda buena poesía, habiendo en los unos más imaginación y en los otros más regularidad. Consultemos a las dos religiones, de donde sacan los poetas de ambos partidos sus inmensos materiales y nos convenceremos de que tan bien parece la observancia de las reglas en los que adoran al Júpiter de los griegos como el abandonarse a los raptos de la fantasía en los que adoran al Jehová de los cristianos. Y, en efecto, la mitología griega no nos ofrece sino divinidades aisladas, al paso que el cristianismo nos presenta una sola, omnipotente e inmensa. Por esto los clasicistas, menos espirituales y más pintorescos, separan cuidadosamente todas las especies y consideran a cada objeto como en su existencia privada, sin penetrarse de las mágicas y secretas relaciones de la naturaleza; y de esta manera, sujeta su musa a una liga material, no puede remontarse al contemplar la encantadora armonía establecida entre los innumerables seres de la creación. Pero los románticos, elevados sobre lo terreno y vagando por una región más sublime, todo lo abarcan y todo lo confunden, imitando el secreto del Universo. Los griegos, pues, como más artistas, saben presentarnos en sus composiciones grupos más bien combinados y dispuestos, pero grupos estériles en los que vemos únicamente, como en los juegos olímpicos, el enlace o el contraste de las partes físicas de los atletas; mientras nos dan los románticos cuadros divinos y metafísicos, donde más se ven las almas que los cuerpos, la naturaleza que el arte y más que el lenguaje de los razonamientos se entiende el de los suspiros.

RAMON LOPEZ SOLER, «*Análisis de la cuestión agitada entre románticos y clasicistas,*» *El europeo*

Para Monteggia la mayor falta de los clasicistas está en querer seguir las reglas aristotélicas—lugar, tiempo y acción—faltas de toda lógica.

Tocante a las poesías líricas la diferencia entre los clasicistas y los románticos sólo consiste er que los últimos son más libres en la colocación de sus pensamientos y en la aplicación de los metros,

esmerándose en hacer de modo que la forma de los poemas sea dependiente de los lances de las pasiones, en lugar de sujetarlas a demasiada regularidad, como tal vez por sobrado escrúpulo lo practican los clasicistas. Hablando empero de la epopeya y de las composiciones dramáticas, las opiniones son mucho más divergentes. Los clasicistas son muy rigurosos observadores de las tres unidades de acción, de lugar y de tiempo, mientras los románticos no reconocen más que una sola unidad que es la del interés, y las razones principales en que apoyan sus opiniones son las siguientes: Como es imposible (dicen ellos) lograr una ilusión perfecta en los poemas y en los dramas, de modo que la acción no necesite más tiempo para ejecutarse de lo que se consume presenciándola; por eso, ya que debemos hacer una abstracción, tanto vale hacerla por un mes o por un año como por veinticuatro horas. Del mismo modo con que leemos la historia de varios tiempos y vemos cuadros de acciones de distintas épocas y nos interesan, también han de interesarnos representaciones que no sean compasadas en un término de convención, que tampoco es exacto por dos razones: la una porque la representación de un drama no necesita más que tres o cuatro horas, por lo que ya es un esfuerzo de la imaginación el alargarlo hasta veinticuatro, que muchas veces una acción dramática representada a lo clasicista es tal que en la realidad necesitaría por su desenlace más de una semana, y que, sin embargo, en el teatro empieza y se concluye en el término prefijado por las reglas de Aristóteles, y tiene cuidado el poeta de indicar a los espectadores las horas que consumen, a fin de que no se equivoquen, juzgando sólo por las posibilidades de sociedad. En efecto, ¡cuántas veces no ocurre oír un actor que promete empeñarse en un asunto y haberlo concluído antes del día siguiente, asunto que en los cálculos de los verosímiles necesitaría tal vez un mes para llegar a su término! Como, por ejemplo, un matrimonio, que en el teatro suele efectuarse por la noche entre dos que se vieron por la mañana, tuvieron que superar dificultades inmensas a mediodía y al cabo de las veinticuatro horas fueron felices. Les es imposible lograrla, tampoco se cuidan de colocarse inútilmente en la cama de Procusto, porque lo hicieron los antiguos. Un argumento preferente para ellos es que cuando un vaso está lleno de agua, ya no coge otro vaso, pero ni tampoco una gota. De esto deducen ellos: o la unidad de tiempo ha de limitarse exactamente a la representación de los dramas o no ha de haber ninguna. Este último partido siguen los románticos, porque más quieren contentar los ánimos de los espectadores que el cálculo de los eruditos. En efecto, lo que interesa al público es el

manejo de la acción y no el tiempo; y no sabemos si atribuir al bueno o al corrompido gusto, el que en todos los teatros modernos donde se ejecutan piezas románticas no dejan de tener una acogida lo más lisonjera para sus autores y partidarios.

La unidad de lugar trae su origen de que, como los antiguos eran nuevos en el mecanismo de los teatros, por eso no conocían todavía el artificio de mudar las decoraciones, como lo hacemos nosotros. Los poetas se hallaban, pues, en la precisión de arreglarlo de modo que todos los incidentes del drama acaeciesen en el mismo lugar. Lo que en los antiguos era un atraso (dicen los románticos) ha servido de regla a los ciegos imitadores de todo lo que proviene de ellos. Consecuencia de este error son las inverosimilitudes con que se ve prepararse una conspiración en el gabinete del mismo monarca que ha de ser la víctima, intrigas de amor en el mismo aposento, donde más fácil es el descubrirlas, y otras incongruencias por este estilo. Los románticos han examinado que más chocaban al público estas inverosimilitudes que no el mudar de escenas. También los clasicistas se concedieron en este punto algunas mudanzas, pero limitaron esta libertad al mismo palacio, o a lo más a una sola ciudad, límite que no observan los románticos, juzgándole como la opinión de algunos y no como una regla necesaria sacada de la naturaleza; y contestan a los clasicistas con las mismas razones que hemos indicado hablando de la unidad de tiempo, es decir, que cuando la ilusión no ha de ser exactamente como si la acción fuese presente, los límites han de quedar a discreción del poeta, que no ha de hallarse estorbado en dar las reglas escolásticas y no de la razón; que los clasicistas tampoco reparan que con la sola división de los actos y cesan las unidades de lugar y de tiempo, y que las transacciones hechas por ellos mismos sobre estos dos puntos denotan más una obstinación en pretender que de todos modos son necesarias estas dos reglas que una razón suficiente en apoyo de sus opiniones. El efecto es que los espectadores ven pasar a Otelo de Venecia a Chipre y no dejan por eso de interesarse en sus amores y en la muerte de la desdichada Desdémona, y por el mismo principio verían al Padre Las Casas abogar por la causa de la humanidad en Madrid y después pasar como ángel de consolación a las Américas, y sus ánimos quedarían conmovidos sin reparar el esfuerzo de imaginación que se figuran los clasicistas, ni quedar disgustados de una libertad del poeta que les habría proporcionado sensaciones deliciosas. El hecho es que los hombres clásicos de todos los tiempos y de todas las naciones escriben lo que les dicta el genio, y

después vienen los eruditos y sacan reglas de aquellas obras, pretendiendo que todos deban conformarse a ellas, y de aquí las doctrinas de las escuelas donde más se explican los clásicos por las formas que por el sabor de sus bellezas filosóficas. Imitar a los clásicos en los lances de las pasiones, en la moral de sus obras, en los rasgos de la imaginación, esto es lo que pretenden proponerse los románticos; no imitarlos en cualidades secundarias de que ni siquiera ellos tal vez harían caso. Esto es lo que se proponen los clasicistas, según la opinión de sus contrarios.

Nos quedaría que hablar de la unidad de interés, que consiste en hacer que la acción o las acciones que se representan tengan un objeto solo, en el que esté siempre interesado el espectador desde el principio de la representación hasta su desenlace, y del que no le distraigan demasiado los incidentes accesorios; mas como este punto daría margen a una infinidad de observaciones, nos limitaremos a decir que los románticos siguen religiosamente esta sola unidad, porque la juzgan la más filosófica; y para los que quieran profundizar más las ideas románticas de lo que hemos podido hacer en este artículo concluiremos con aconsejar la lectura de las obras de Schlegel, Sismondi, Manzoni y de lo que han dejado escrito sobre este particular los redactores del *Conciliatore,* de Milán, en Lombardía.

LUIS MONTEGGIA, «*Romanticismo,*»
El europeo

Don Agustín Durán en su famoso Discurso *defiende al romanticismo por tratar del hombre concreto, el que existe, en lugar de referirse a algo abstracto o ideal.*

El espíritu de novedad y la admiración servil de cuanto nos venía de Francia formaron una muchedumbre de pedantes que sin entender a los Montianos y Luzanes y sin la instrucción ni sensibilidad necesarias para discernir el mérito de los Corneille y Racine, se creían dignos de obtener la magistratura del Parnaso, por la única y sola razón de que en nombre de Aristóteles y Boileau, cuyas obras acaso jamás leyeron, se atrevían a detestar de los dramas de Lope y Calderón. Esta plaga del crítico, justamente llamados galicistas, menospreciando la originalidad característica, la rica y armoniosa lengua y

la sublime poesía de nuestros antiguos poetas, infestó el Parnaso dramático español y llenó el teatro de toda cuanta escoria acomodada a las tres unidades se ha visto dominar en él durante casi un siglo. Los necios e insensibles partidarios de la crítica, prevenidos siempre de la regla y compás extranjeros y parapetados con una fría e indigesta erudición, acudían a los coliseos, no a prestarse a los dulces o terribles movimientos que debían producir en el alma las creaciones de nuestros grandes ingenios, sino sólo a examinar si cabían o no en las mezquinas reglas a que pretendían reducirse. Así fueron al fin proscritos de la llamada buena sociedad los nombres famosos de Lope, Tirso, Moreto, etc., antes tan admirados y con razón aplaudidos. Con tales medios lograron el vergonzoso triunfo de sofocar la genial belleza de nuestra dramática; y de tal suerte, que desde entonces no ha vuelto España a producir ninguna de aquellas sublimes creaciones, tantas veces envidiadas y admiradas por los pueblos cultos. En vano se buscará en nuestro teatro moderno aquel lujo de imaginación, aquella rica y hermosa poesía, que en el antiguo araña deliciosamente el alma; en vano aquel movimiento e interés nacional que se comunicaba a los espectadores como un fuego eléctrico, y en vano aquellas ilusiones de entusiasmo que producián los más indecibles placeres en cuantos hombres amaban a su Dios, a su rey, a su patria y a sus damas; pero en cambio tenemos en las obras de los críticos renovadores mucha razón puesta en rimas, muchos diálogos sin acción y sin vivacidad, mucha moral pedantesca y en fin, mucha e insufrible prosa, a veces más inverosímil que las exageradas invenciones de la fantasía.

...El objeto que el poeta se propone describir (en las creaciones de la literatura romántica) no es ciertamente el hombre abstracto y exterior; es, sí, el individual e interior; en los repliegues y en el más oculto secreto de la conciencia es donde busca el mérito y motivo de las acciones; pues aunque éstas aparezcan buenas podrán, no obstante, ser viciosas y aún criminales si la voluntad del bien y la gracia divina no ha presidido en ellas.

Al contrario en la literatura clásica; se mira al hombre por sus actos exteriores solamente, y sus virtudes y vicios se consideran en abstracto, prescindiendo siempre del sujeto a quien se aplican; por lo cual el protagonista de ellas carece de toda individualidad que le caracterice y distinga esencialmente de los demás hombres dominados de cierta y determinada pasión; así es que el avaro, el misántropo y el hipócrita del teatro clásico pueden muy bien reputarse como si fueran la avaricia, la misantropía y la hipocresía personificadas. Resulta,

pues, de esta teoría que como el poeta clásico trata sólo en sus fábulas de describir caracteres generales, se propone y tiende siempre a un fin moral, fijo y determinado; en tanto que el romántico mira este último punto como accesorio; pues pretendiendo únicamente la formación y retrato de caracteres individuales, la moralidad más o menos vaga que se deduzca de sus invenciones debe resultar de los actos singulares ejecutados por los personajes que intervienen en ellas.

...El teatro clásico procede del sistema social y religioso de los antiguos griegos y romanos.... Su objeto está reducido a la descripción del hombre exterior y la pintura en abstracto de las virtudes y de los vicios. Este género toma su idealidad en el conjunto de lo bello visible y en la personificación de los atributos de la naturaleza, presentándolo todo en cuadros, que con facilidad pueden limitarse a una verosimilitud muy próxima a la verdad prosaica.

...El teatro romántico procede de las costumbres caballerosas adoptadas en la civilización de los siglos medios, de sus tradiciones históricas o fabulosas y de la espiritualidad del cristianismo; así es que aunque los protagonistas en esta clase de composiciones se hallan tomados de la historia y mitología antigua, aparecen siempre en la escena moderna revestidos del tipo original y característico de los tiempos heróicos de la caballería o del heroísmo religioso que inspira el Evangelio. El objeto y fin que se proponen los poetas románticos no es la descripción del hombre exterior y abstracto, ni de los vicios y virtudes aisladas en cuya pintura se prescinde de los accidentes y asociaciones que modifican los caracteres; es, sí, el de retratar al hombre individual, dominado con más o menos vehemencia de las pasiones, vicios o virtudes de que es capaz el corazón humano; es, en fin, el de formar la historia del hombre interior considerado como individuo, en cuya conciencia íntima ha de penetrarse para juzgar del motivo o mérito de sus acciones y cuya verdad histórica o ideal se desenvuelve haciéndole obrar en muchas o en todas las circunstancias de su vida.

Repetiremos, finalmente, que la sublime e ideal belleza de este último género se alimenta y sostiene en los innúmeros espacios de la eternidad, en la sumisión del entendimiento humano a la fe divina y en la noble y generosa galantería de los siglos medios; de suerte que el mayor o menor entusiasmo religioso o caballeresco que pretende inspirar o de que se halla inspirado el poeta, es el único límite que éste impone a sus audaces metáforas y a sus grandes y sublimes pensamientos.

De lo dicho se infiere fácilmente ser imposible el cerrar la comedia o drama romántico en cuadros circunscritos en las tres unidades: lo primero porque los caracteres individuales no son abstracciones, ni resultado de una sola pasión, vicio o virtud, sino el conjunto de muchas que mutuamente se modifican. Lo segundo porque el desenvolvimiento graduado de los efectos de un individuo no puede con verosimilitud verificarse en el corto término de veinticuatro horas, y lo tercero porque el retrato de un hombre nunca se deducirá de un solo acto o circunstancia de su vida. También sería inverosímil en este género el que variando, como varían a cada paso las situaciones y modo de existir del hombre individual, y poniéndole en contacto con personajes de diversos principios, educación y carácter, se explicarán todos de la misma manera que el protagonista, o que éste sostuviese siempre igual tono de expresión cuando hablase con un rey o con un doméstico, con un sabio o con un ignorante. Por esta causa y para conservar la verosimilitud propia del género el poeta presta a los interlocutores el lenguaje adecuado a las circunstancias, carácter y situación de cada uno; valiéndose a veces de esta diversidad de tonos para formar el contraste entre la idealidad poética y la verdad prosaica. De aquí procede que los modos de expresión trágico, lírico, bucólico, satírico y cómico, se hallan admitidos y amalgamados en el drama romántico.

AGUSTIN DURAN, *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito particular*

La crítica al trabajo del señor Durán permite a Mariano José de Larra unas precisiones importantes sobre el dilema del tiempo.

A medida que decayó nuestra preponderancia política, decayó nuestra supremacia literaria, y con nuestros capitanes desaparecieron nuestros poetas: a mediados del siglo pasado habíamos perdido nuestra antigua invención y fluidez y como no habíamos adoptado aún la clásica imitación francesa, nos hallábamos como aquel que,

habiendo olvidado una lengua antes de aprender otra, se viese en la dura precisión de no hablar en ninguna. Algunas composiciones dramáticas, que a ningún género ni escuela pertenecían, sino al género fastidioso, y que sólo tenían y conservaban de los Lopes y Calderones sus defectos; una ridícula amalgama de conceptos sutiles, de metáforas metafísicas, de pedantismo escolar y del sentimentalismo que empezaba a introducirse en el teatro; amalgama desnuda además de la gala de la versificación, del primor en el decir y falta enteramente de aquellas llamaradas deslumbradoras con que el genio sabe sellar hasta los desbarros de su pluma, era todo lo que nos quedaba de nuestra antigua gloria dramática. Cierto que no eran dotes para cautivarnos y aficionarnos al género a que decían pertenecer semejantes insulseces; fastidiados acaso de aquella desenfrenada libertad que de ser siempre malos tenían nuestros poetas, los primeros que se atrevieron a chocar con los usos dramáticos establecidos hubieron de arrojarse en brazos de la regularidad clásica, que si bien podía no abundar en bellezas de tanto resalte, les garantizaba a lo menos la ausencia de las monstruosidades que a nuestra escena se agolpaban. Luzán, Montiano, Iriarte abrieron el camino; vino después el autor de la *Comedia nueva,* y nuestro drama antiguo, lleno de bellezas, se desplumó en la ruina del género, que entonces no se llamaba romántico todavía, pero que no por eso dejaba de serlo. Los hombres amigos de los extremos hicieron una masa común con las grandiosas y colosales producciones de los Lopes y Calderones, y las rastreras obras de los Valladares y Comellas; todas fueron malas, porque en todas bajaban y subían los telones, porque en todas había conceptos; todo, pues, quedó enterrado en el silencio del olvido, del cual si lo sacó algún frío preceptista, fue para ridiculizarlo amargamente; si alguna obra que otra logró escaparse de la general y reglamentaria proscripción, fue merced a osadas mutilaciones con que manos inexpertas, tuvieron la audacia de desfigurar los partos de los grandes poetas: a estas ridículas enmiendas que aún duran y se estilan entre nosotros con el nombre de *refundiciones,* debemos la conservación en la escena, del *Rico-hombre* y del *García* y algunas otras, por donde de vez en cuando columbramos los destellos padres del Romanticismo.

El deseo de restablecer éste en su punto de vista verdadero, ha movido sin duda al erudito autor del discurso cuya publicación renovamos a emplear su no común instrucción en dilucidar esta cuestión interestante; el Sr. D.A.D. parte, desde luego, de un principio luminoso, tanto más admisible cuanto que es imparcial, y no es la

divisa exclusiva e intolerante de un partido literario que no quisiese capitular con el contrario; antes puede aplicarse en apoyo de entrambos: «El gusto de las naciones en materias de teatro—dice—procede de la diferencia de sus necesidades morales y de su modo de ver, sentir, juzgar y existir.» El autor, fundado en este principio, desenvuelve hábilmente las causas locales que han determinado la admisión del gusto clásico o romántico en cada país y podemos asegurar que pocas veces hemos visto defender esta cuestión de una manera tan ingeniosa y tan cierta. Infiérese del discurso, pues, que una nación, al abrazar un género literario, no hace sino obedecer a las leyes necesarias de su existencia moral, que la crítica moderna, siguiendo una expresión enérgica del mismo autor, no ha examinado imparcialmente, sino que ha descarnado y vuelto esqueleto el teatro antiguo, como hace con una mujer hermosa el escalpelo del anatómico; y, en fin, que la cuestión del género clásico y del romántico no puede nunca ser absoluta, sino relativa a las exigencias de cada pueblo. Reconocemos en todo el discurso una mano maestra, y de buena gana recomendamos a los aficionados a estas cuestiones literarias su lectura, bien seguro de que habrán de sacar del *Discurso* más luz que de todas las discursiones vocingleras de café, y deseosos de que su lectura haga renacer la amortiguada afición a desentrañar y estudiar las muchas y extraordinarias bellezas de nuestro teatro antiguo, que nosotros, dueños de ellas, tenemos olvidadas, al paso que la Europa entera les tributa el justo homenaje de imitación a que son tan eminentemente acreedoras.

MARIANO JOSE DE LARRA, *de*
Revista española

Ribot pide libertad para el poeta.

¿Reglas me pides? No las hay, Lorenzo.
. . .
¿Y qué? ¿Será preciso sujetarnos
a seguir siempre las usadas huellas
de mis predecesores? ¿Es el drama
como el pecado que heredamos de Eva?

. . .
No ya más servitud, siga en buena hora
los gastados carriles el que quiera,
que yo no me empolvo la peluca
ni uso casaca de algodón y seda.
. . .
Esto es, Lorenzo, lo que pasa, y esto
rabien los clasiquistas cuanto quieran
risa arrancará y lágrimas.
Nunca es incompatible, ni es absurdo
lo que naturaleza nos enseña;
copiémosla y no más. . . .
Pinta al hombre cual. . .
escribe, dictará naturaleza.

ANTONIO RIBOT Y FONTSERE,
Emancipación literaria didáctica

Y Ochoa se enorgullece de la persecución al romanticismo.

¡El Romanticismo! ¡Cuántas ideas contrarias despierta esta palabra en la imaginación de los que la escuchan! Semejante a un mágico talismán, a unos halaga dulcemente, como los acentos de una voz amada, como una celeste armonía. Otros hay para quienes la palabra romántico equivale a hereje, a peor que hereje, a hombre capaz de cometer cualquier crimen; romántico, para ellos, es lo mismo que anticristo, es sinónimo de Belcebuth; en los oídos de los que no le comprenden, la palabra romanticismo resuena como un eco de disolución y de muerte, como una campana sepulcral, como el sonido de una trompeta que toca a degüello. Y ¿por qué? ¿Qué daños ha acarreado al mundo la escuela romántica? ¿Escuela a que van enlazados los nombres de Homero, Dante, Calderón?

Porque estos son, en efecto, los verdaderos apóstoles del romanticismo. Si la ignorancia o el espíritu de partido han intentado desfigurar maliciosamente los sencillos dogmas de esta Escuela con el objeto de hacerla odiosa; si lo han logrado, tal vez, en algunas épocas;

si se ha visto calumniada, proscrita, tratada de antisocial... ¿qué importa? Sus largos e injustos infortunios han derramado sobre ella un carácter de santidad; ninguno de sus discípulos la ha abandonado en los tiempos de tribulación; y en medio de los discordes graznidos del campamento contrario, ellos han levantado su frente embellecida con la palma del martirio, anunciando al mundo la emancipación de la Inteligencia.

...El romántico es un joven cuya alma, llena de brillantes ilusiones, quisiera ver reproducidos en nuestro siglo las santas creencias, las virtudes, la poesía de los tiempos caballerescos; cuya imaginación se entusiasma más que con las hazañas de los griegos, con las proezas de los antiguos españoles; que prefieren Jimen a Dido, el Cid a Eneas, Calderón a Voltaire y Cervantes a Boileau; para quien las cristianas catedrales encierran más poesía que templos del paganismo, para quien los hombres del siglo XIX no son menos capaces de sentir pasiones que los del tiempo de Aristóteles.

Lo que quiere decir clasiquista es, traducido al lenguaje vulgar, rutinero, hombre para quien ya todo está dicho y hecho, o por mejor decir, lo estaba ya en tiempo de Aristóteles; hombre para quien toda idea nueva es un sacrilegio; que no cree en los adelantos de las artes ni en los progresos de la inteligencia, porque es incapaz de concebirlos; hombre, en fin, tan desgraciado que se considera a sí mismo y a la generación presente y a las pasadas desde el día de la fecha hasta el reinado de Augusto, como una superfetación inútil sobre la faz de la tierra, incapaz de dar por sí fruto alguno y digna solamente de repetir sin discrepar en un ápice cuanto bueno y malo dijieron los autores de aquel tiempo sublime en que se arrastraba toga viril y se andaba sin botas ni pantalones.

EUGENIO DE OCHOA, *de El artista*

Escosura destaca la total independencia del escritor romántico...

Uno de los infinitos y más agradables privilegios que el género romántico concede a los que lo cultivan es el de decir las cosas cuándo y cómo les viene a cuento, dispensándolos de la prolija

obligación de empezar una historia por su principio, de referir hasta las veces que el protagonista fue azotado por el *dómine* en su infancia, y de seguirle paso a paso en el discurso de su vida, sin hacer gracia al lector de uno solo de sus pensamientos por insignificante y necio que parezca.

El autor romántico con que puede hacer todo aquello a que su ingenio alcance, cuando no más, se ríe del orden cronológico; su fin es unas veces divertir, otras horrorizar, pero siempre inspirar interés y usando en toda su latitud de aquella máxima de no sé qué autor, que establece que el fin santifica los medios, sigue el camino que su fantasía le dicta, despreciando reglas, hollando preceptos y preguntando sólo a sus oyentes: «¿Se divierten ustedes?» ¿Sí? Pues bueno va.

En uso de mis facultades y como ejemplo práctico, he puesto el exordio de este capítulo, con el cual respondo de antemano a la objeción que sin duda me hará la crítica clásica de andar algo descosido en mi novela, y hago solemne protesta de que por ahora y siempre que me convenga, seré romántico, reservándome empero refugiarme en el clasicismo cuando las circunstancias lo exijan.

PATRICIO DE LA ESCOSURA, *Ni rey ni roque*

. . .y pone en guardia sobre definiciones demasiado precisas.

En primer lugar, bueno sería averiguar si es o no acertada la división hecha del drama en clásico y romántico. . . . Juzgamos desacertada la división. . .si bien hoy está admitida por buena y exacta en todo el mundo civilizado. La poesía dramática griega, fuente del clasicismo, nos parece romántica en sumo grado. Al contrario, si, por clásica, se entiende imitadora a mucha parte de la poesía dramática novísima que pretende y dice ser romántica, puede achacarse el defecto principal del clasicismo. Cuando se atiende a la índole, al verdadero espíritu del drama, se ve que hay pocas raras cosas en que tenga cabida la distinción entre clásicos y románticos. Lo que sí se distingue bien y bastante de un género a otro es la forma externa.

La observancia de las tres unidades y la uniformidad del estilo, esto es, el cuidado de no mezclar lo serio con lo festivo, son los distintivos del drama hoy llamado clásico. Por abrazar muchos años y pasar de un lugar a otro; por usar de un estilo desigual y alternar alguna vez escenas jocosas y pedestres con otras patéticas o elevadas, se llaman románticas otras composiciones. Hay además reglas para distinguir ambos géneros que aplicadas a casos parecen mal sentadas. . . .Dicen, por ejemplo, que drama romántico es el que trata de asuntos de las edades medias y de la historia respectiva de la nación donde está compuesto. A esto puede responderse, sin traer ejemplos de fuera, que *La Condesa de Castillo,* de Cienfuegos, es tragedia clásica, aunque sea su argumento de la historia de España en los siglos medios; y que *Las armas de la hermosura* y *La hija del aire,* de Calderón, por piezas románticas deben ser tenidas, no obstante versar sobre asuntos de tierras extrañas y de la época de clásica antigüedad. Dicen también que la tragedia romántica debe estar escrita en prosa o en verso libre, y la clásica en verso más artificioso, contra lo cual sirve de argumento que en prosa compuso Pérez de Oliva sus dramas clásicos, y que en verso de mucho artificio y por lo general aconsonantados, están escritas todas nuestras comedias antiguas. Bien mirado, pues, el romanticismo de hoy consiste en el quebrantamiento de las reglas adoptadas e impuestas por el clasicismo francés del siglo de Luis décimo cuarto y la época en el siguiente.

PATRICIO DE LA ESCOSURA, *de Revista de Madrid*

Salas y Quiroga defiende la esencial del romanticismo, rechazando lo aparatoso y superficial.

He aquí llegado el día en que, indignados de las atroces calumnias con que seres vulgares cubren el nombre de los jóvenes del siglo, infaman la virtud más pura, insultan la más santa de las causas, nos presentamos nosotros con osadía a plantar el pendón sagrado que reúne a los entusiastas defensores de la juventud ofendida, de la juven-

tud calumniada, de la juventud cuyo corazón contesta con sus virtudes y generosidad a la detracción y la impostura. Ultimos nuestros nombres entre los nombres de estos valientes paladines, no los ofrecemos al siglo como nombre de redención, y sólo nos obliga a estamparlos la lealtad de la contienda, la santidad de la lucha.

Si, ¡la santidad de la lucha!...porque tan multiplicados esfuerzos, trabajos tan continuos, tan eternos desvelos encierran en sí un germen de vida, una tendencia a la ventura social o al que jamás en tiempo alguno han descubierto los hombres. Era mengua de los siglos, escarnio de las generaciones, al ver que la literatura de todas las edades era sólo un juguete, un pasatiempo, el placer de un instante, cuya huella se borraba entre los hombres cual se borra en el cielo la huella de la luna. Hombres insignes llamaron a la poesía recreo de la imaginación, y sólo en nuestro tiempo de filosofía y observación se ha descubierto que la misión del poeta es más noble, más augusta. ¿Y cómo no sucedería así cuando vemos al mundo preso de la maldad, cuando vemos llover sobre nuestro frente infortunios y dolor, cuando nuestra alma se deseca al vapor de la corrupción que la circunda, cuando doquiera tendamos la vista no encontramos más que perversidad y desventura? ¡No bastará, por cierto, a las almas sensibles y fogosas de la juventud del día el proporcionar recreo, el derramar torrentes de luz en las inclinaciones de sus semejantes! Hay una necesidad más grande, más sublime por todo ser dotado de un alma generosa; consolar al desgraciado, llevar la vida el corazón abatido, hacer menos amargas horas de esta vida de padecer.

Y he aquí porque los nobles jóvenes del siglo XIX han desechado las ficciones de la mitología, han quemado los ídolos del paganismo y han derribado el templo de la rutina. Sobre los escombros de este vetusto edificio fuerza es alzar un monumento inmortal al noble deseo de perfección humana, de simpatía y amor hacia los demás seres.

Nosotros, jóvenes escritores del *No me olvides,* no aspiramos a más gloria que a la de establecer los sanos principios de la verdadera literatura, de la poesía de corazón y vengar a la escuela llamada romántica de la calumnia que se ha alzado sobre su frente y que hace interpretar tan mal el fin a que tiende y los medios de que se vale para conseguirlo. Si entendiésemos nosotros por romanticismo esa ridícula fantasmagoría de espectros y cadalsos, esa inmunda parodia del crimen y la iniquidad, esa apología de los vicios....Pero si en nuestra creencia el romanticismo es un manantial de consuelo y pureza, el

germen de las virtudes sociales, el paño de las lágrimas que vierte el inocente, el perdón de las culpas, el lazo que debe unir a todos los seres, ¿cómo resistir el deseo de ser los predicadores de tan santa doctrina, de luchar a brazo partido por este dogma de pureza?

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA,
de No me olvides

Aprovechando la obra del Duque de Rivas, El moro expósito, *Alcalá Galiano hace historia y define al nuevo movimiento romántico.*

...Sabido es que en nuestros días han nacido en el mundo poético y crítico dos bandos opuestos que, apellidándose el uno él de los clásicos y el otro él de los románticos, se están disputando el señorío literario y artístico con encarnizamiento y tesón extremados....

Cuál sea el verdadero carácter distintivo de cada una de estas dos sectas no es cosa fácil de averiguar; pues si bien los románticos y clásicos asientan ciertas bases en que estriba el edificio de sus respectivas doctrinas, y señalan ciertos lindes entre cuales deben estar encerradas, no puede dudarse que cada escuela reclama como suyas composiciones que ni caen bien sobre los fundamentos de su propia teórica ni caben en los límites a que ella misma se ha circunscrito.

Sirva de ejemplo de este aserto la poesía dramática española, mirada en el día, generalmente, como romántica, tanto por sus admimadores, cuanto por sus adversarios. Porque no observa las unidades con poca razón creídas reglas fundamentales de los dramas griegos; porque no rehusa mezclar trozos de estilo cómico y festivo con otros en tono trágico o elevado; porque a veces trata asuntos de las edades medias, y siempre da a los argumentos griegos y romanos, y hasta a los mitológicos, cierto color moderno y caballeresco, bien hay razón para darle el nombre de romántica y para considerarla como sujeta a las condiciones del actual romanticismo. Pero si atendemos a que, lejos de estar escrita en prosa o verso suelto, usa por lo común de una versificación más artificiosa que los pareados franceses; a que, lejos de descartar las alusiones mitológicas, las emplea con notable profusión

y disonancia, hasta en argumentos de los siglos medios, y aun en la boca de personajes moros, y a que el estilo, en vez de llano y familiar, es elevado siempre (menos cuando hablan los *graciosos,* figuras hasta en sus nombres diferentes de las demás), descubriremos en la poesía dramática española no poca semejanza con la poesía francesa, tenida por el modelo más perfecto de la escuela clásica.

Para buscar el origen de la escuela romántica de nuestros días fuerza es que vayamos a Alemania.

Allí nació y de allí han sacado su pauta los modernos románticos italianos y franceses. Con harta razón sustentan algunos críticos que las naciones germánicas, cuya civilización y tradiciones tienen origen muy desemejante al de los hábitos, recuerdos e ideas de las naciones un tiempo dominadas por los romanos, son las que descubrieron y las que benefician la mina del romanticismo. Y si la buena y legítima poesía es claro está que en Alemania y en otras naciones septentrionales es la poesía romántica indígena....

Desde que aparecieron los alemanes, haciendo papel en la literatura europea, ha ocurrido una revolución casi general en la teórica del buen gusto y en la práctica de los escritores. Inglaterra, donde había comenzado con Dryden, Addison, Pope y otros autores de inferior mérito una escuela poética *semiclásica,* se ha dado con más vehemencia a su antiguo y nunca olvidado culto de Shakespeare y de los poetas sus coetáneos; y en Italia y Francia se han formado escuelas nuevas, apellidadas románticas. Revolución ha sido esta sumamente provechosa, si bien, como todas las cosas humanas, no sin mezcla de algunos inconvenientes. Examinemos que efectos ha producido en cada país, y cuales, en general, en el vasto campo de la literatura.

En Francia no es en donde más lucen sus ventajas; pero quizá no se conocen tanto, porque los maestros y principales artistas de la escuela *romántica* francesa, y todavía más sus discípulos, no son los solos, ni acaso los verdaderos caudillos de esta revolución. Dicho sea con paz de muchos buenos ingenios que han abrazado la nueva secta, y en ella se arrogan la primacia, parece que los franceses, románticos por excelencia, más que otra cosa, son *anticlásicos* y tienen los vicios de su escuela antigua, de la cual sacan su pauta para hacer lo contrario de lo que ella dicta; ni más ni menos como hacían sus antecesores para sujetarse puntualmente a sus reglas más severas....

También Italia cuenta sus poetas románticos, entre los cuales descuella Manzoni, trágico y novelista insigne. Hay allí mejores elementos que en Francia para una buena poesía romántica de buena

ley, o digamos para una poesía nacional, digna de la patria de Virgilio y de Tasso, que es también la de Dante y Ariosto, y de estos buenos elementos han sacado los italianos modernos el mejor partido posible.

De Alemania ya hemos dicho que es la cuna del romanticismo. Lo que a nuestros ojos parecen rarezas de sus escritores, les es natural y está enlazado con sistemas filosóficos llenos de misterios y obscuridad.

Inglaterra no consiente ni casi conoce la división de los poetas en clásicos y románticos. En aquel país, siguiendo sólo a Alemania en el estudio de la literatura griega, jamás dio arraigo la escuela clásica francesa del siglo de Luis XIV. Dryden quiso y no supo seguirla, pues su gusto era correcto, y su fantasía harto más viva que la de los poetas franceses. Addison, aunque compuso versos, nada tenía de poeta. Pope fue el principal clásico inglés, agudo, ingenioso, correcto y elegante, terso en su versificación, pulido en su estilo, observador y pintor de la sociedad y de las costumbres, más que de los efectos fuertes, vivos y profundos; en una palabra, fue clásico francés; mas tan distante del verdadero gusto clásico de la antigüedad, que cabalmente su traducción de Homero, tan célebre en su tiempo, y aun ahora no poco admirada, es la copia más infiel que darse puede, y sin ser una obra mala, debe reputarse, y está tenida, por una serie de hermosos versos que muchas veces no expresan el sentido, y nunca el alma y estilo general del príncipe de la poesía griega. Desde Cowper hasta el día presente, quizá es la poesía británica la más rica entre las modernas, así por la abundancia, cuanto por el valor de sus producciones, precisamente porque abandonando los autores reglas erronéas, y no cuidándose de ser clásicos ni románticos, han venido a ser lo que eran los clásicos antiguos en sus días y lo que deben ser en todos tiempos los poetas. Caballeroso, Scott; metafísico y descriptivo, Byron; patético, y a la par limado, Campbell; tierno y erudito, Southey; sencillo y afectuoso, Wordsworth, que con una alma sensiblísima, hermana un estudio atento y constante de la naturaleza; pintor del hombre social de las clases ínfimas, Crabbe, que en su estilo vigoroso y bronco, no menos que vivo y brillante, describe costumbres que retratan las pasiones naturales y enérgicas y los vicios y delitos, en vez de presentarnos los modelos estudiados y las flaquezas y arterias [astucias] de la sociedad; Burns, que la pinta, es, sin embargo, fogoso y fiel intérprete de afectos vehementes; galante, agudo, conceptuoso y vivo de fantasía, aunque amanerado, Moore, quien, al recuerdo de su patria,

también suele tomar un acento más alto y penetrante y remedar con inspiración propia el estilo y tono de Tirteo; sin hablar de otros, casi tan distinguidos, que componen una suma de escritores de primer orden, en cuyas obras hay estro [inspiración] y buen gusto, al mismo tiempo que originalidad y variedad extremadas.

En tanto, los españoles, aherrojados con los grillos del clasicismo francés, son casi los únicos, entre los modernos europeos, que no osan traspasar los límites señalados por los críticos extranjeros de los siglos XVII y XVIII, y por Luzán y sus secuaces. Asombroso es que así Moratín como Martínez de la Rosa, cuando hablan de las unidades de tiempo y lugar, no solamente recomienden su observancia, sino que las supongan indispensables, y ni siquiera anuncien o insinúen que cabe duda, y que de hecho hay pendientes muy acaloradas disputas en todas las demás naciones sobre este y otros puntos doctrinales. Parece imposible semejante omisión en unos escritores a quienes no se oculta que las cosas han llegado a tal extremo, que en muchos teatros de París, y hasta en el llamado por antonomasía *francés,* largo tiempo santuario del culto clásico, se han representado dramas cuyo argumento ocupa algún tiempo más que un día, y en los cuales varía la escena de Aquisgrán a Zaragoza. Ni se atina por que en España, donde aun hoy día son justamente venerados Lope, Calderón y Moreto, no haya de examinarse y discutirse si la clase de drama que ellos concibieron es susceptible cultivo y mejoras para dar de si una producción nacional robusta y lozana, en vez de la planta raquítica que manifiesta a las claras su origen extranjero y aclimatación imperfecta....

Han abandonado los poetas los argumentos de la fábula e historia de las naciones griega y romana, como poco propias para nuestra sociedad, y porque de puro manoseados estaban faltos, no menos que de novedad, de substancia. Han descartado la mitología de la antigüedad hasta para usos alegóricos. Encuentran asuntos para sus composiciones en las edades medias, tiempos bastante remotos para ser poéticos, y, por otra parte, abundantes en motivos de emociones fuertes, que son el minero de la poesía; de aquí la *poesía caballeresca.* Buscan argumentos en tierras lejanas y no bien conocidas, donde, imperfecta todavía la civilización, no ahoga los efectos de la naturaleza bajo el peso de las reglas sociales.

Así el inglés Campbell nos lleva a los retirados establecimientos de la América septentrional; Southey, a las Indias y al Paraguay; Moore, a Persia y Byron nos enseña que en la moderna Grecia

hay objetos poéticos, y que los hechos de sus piratas pueden conmovernos más que los harto sabidos de los héroes de sus repúblicas, o las catástrofes de sus edades fabulosas, obra de un destino cuya fuerza no confesamos, ni sentimos, ni verdaderamente entendemos. Búscanlo asimismo en el examen de nuestras pasiones y conmociones internas: de aquí la poesía metafísica, tan hermosa en el mismo Lord Byron, en varios alemanes, en los ingleses Coleridge y Wordsworth y en los franceses Victor Hugo y Lamartine. Búscanlos, finalmente, en los efectos inspirados por las circunstancias de la vida activa: de aquí la *poesía patriótica* de los franceses Delavigne y Beranger, del italiano Manzoni, del escocés Burns, del irlandés Moore, del inglés Campbell y del alemán Schiller. En una palabra: vuelve por estos medios la poesía a ser lo que fue en Grecia en sus primeros tiempos: una expresión de recuerdos de lo pasado y de emociones presentes, expresión vehemente y sincera, y no remedo de lo encontrado en los autores que han precedido ni tarea hecha en obediencia a lo dictado por críticos dogmatizadores.

Con decir esto ha declarado el autor su intento al componer el siguiente poema. No ha pretendido hacerlo clásico ni romántico, divisiones arbitrarias en cuya existencia no cree, siendo claro, por lo mismo que no se ha propuesto obedecer a los que las pregonan como ciertas y promulgan como obligatorias.

Ha elegido un asunto de la historia de España y de los siglos medios, campo fertilísimo y hasta el día muy descuidado por nuestros poetas, a excepción de algunos dramáticos, y si alguna vez tratado por nuestros trágicos modernos, tratado en el gusto llamado clásico, es decir, de un modo que no le cuadra.

Ha adoptado una versificación rara o ninguna vez usada en obras largas, pero fácil y juntamente susceptible de elegancia y pompa; parecida a la de los romances cortos, verdadera poesía española, y hasta, por el asonante, peculiar de nuestro idioma, castiza y exclusivamente castellana.

Ha procurado dar a su composición el colorido que le conviene, consultando para ello las escasísimas memorias aun existentes de los tiempos en que pasaron los hechos que refiere memorias tradicionales y casi inmediatas, pues no las hay contemporanéas.

De intento se ha desviado del estilo igual y sostenido, usado por la mayor parte de nuestros escritores, no menos que de toda alusión a la mitología de la clásica antigüedad. Ha mezclado, si es lícito decirlo así, las burlas con las veras, o sea retazos de apariencia pobre

con otros de contextura brillante, páginas de estilo elevado con otras en estilo llano, imágenes triviales con otras nobles y pinturas de la vida real con otras ideales. Tal vez con ello escandalizará a no pocos de sus lectores; pero no es culpa suya que en la naturaleza anden revueltos lo serio y tierno con lo ridículo y extravagante; y él quiere tener a la naturaleza por guía y describir las cosas como pasan, pues así probablemente pasaron las que son materia de su narración.

Por lo mismo, y como consecuencia forzosa de esta mezcla de estilos, es su lenguaje a menudo prosaico y humilde. También hubo un tiempo en que el autor de los siguientes versos copió y admiró a Herrera y a sus secuaces, y aun hoy día aprecia a aquél y a muchos de éstos; mas no por eso cree que su dicción debe ser constantemente imitada. Bien está que sea el poeta atrevido en la elección de voces, que se valga de giros nuevos, y hasta de palabras rejuvenecidas o por él compuestas, o una u otra vez tomadas de otras lenguas, o en alguna rara ocasión de todo punto inventadas; pero no por eso ha de excusarse de llamar las cosas por su nombre, mermando así su vocabulario por un lado, mientras por otro lo acrecienta; ni tampoco, por huir de voces y de frases vulgares, ha de caer en el gran inconveniente y común error de que una palabra escogida y un frasear extraño y retumbante convierten un pensamiento de trivial en poético, cubriendo con lo sonoro e insólito de la expresión la vivacidad y llaneza del sentido. Por esto, cuando quiere el autor decir que un sujeto va a misa, la dice claro, porque con expresarlo de otro modo no habría la imagen más ni menos noble.

En suma: la siguiente composición no está sujeta a reglas; hablo de ciertas reglas por doctos críticos repetidas veces condenadas y desatendidas por los mejores poetas contemporáneos en toda Europa. Algunas ha seguido, y he seguido, y he aquí cuales: ha tratado de empeñar los afectos y curiosidad de los lectores en su narración y a favor de sus personajes; de acomodar su estilo a su argumento, en total y en cada una de las partes; de adaptarlo a las personas por cuya boca habla; de describir objetos que son, a fueron o pueden ser reales y verdaderos; de representar costumbres históricas; de conservar, siempre que se arroja a lo *ideal,* las *facciones naturales,* que dan a las cosas imaginarias apariencia de ciertas por su semejanza con las realidades; de expresarse con claridad y, cuanto le es dado, con pureza, a veces con elegancia y gala y siempre con corrección; de versificar lo mejor que puede; por último, de seguir los impulsos propios, de obedecer a las inspiraciones espontáneas y de hacer, no lo que han hecho,

sino del modo que lo han hecho los célebres ingenios extranjeros de la edad presente, tan rica en crítica sana y propia de una generación filosófica en sus atrevimientos.

ANTONIO ALCALA GALIANO, *Prólogo a la primera edición de El moro expósito*

La defensa del teatro romántico hecha por Hartzenbusch y en contra del clasicista Bermúdez.

...Llega, por fin, el señor Bermúdez a tratar de la revolución literaria acaecida últimamente en nuestro país, a la invasión del Romanticismo. Este, dice, «fue entonces la creencia de la nueva escuela: no se invocaba por los traductores y poetas esa libertad racional que no permite esclavizar el pensamiento en cualquier circunstancia bajo el yugo de los preceptos de Aristóteles; se apelaba a otras reglas más estériles y sobre todo más absurdas. Afectábase desprecio hacia los autores clásicos, tolerábase a Calderón sin estudiarlo ni entenderlo, ridiculizábase a Moratín.» Mucho hay que examinar en este corto período. En primer lugar, concede el señor Bermúdez que es justo que el pensamiento disfrute de cierta libertad racional para que no gima esclavo de las reglas clásicas que son absurdas, aunque haya otras más absurdas que ellas; si esto no es ridiculizar a Moratín y a todos los clásicos, ciertamente no es hablar con gran mesura de su sistema. No señala el señor Bermúdez cuales sean las reglas que invocaban los innovadores, bien que las gradúe de estériles; estériles serán, pero ellas en poquísimo tiempo han producido un número de obras que es muy grande en comparación del que ha producido la escuela clásica en cerca de un siglo que lleva de reinado entre nosotros. ¿Los modernos despreciaban a los autores clásicos? ¿Quiénes? Los autores de las obras escénicas repuestas en Madrid en esta última época son los señores Larra, Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, Gil, Bretón, García Gutiérrez, Roca, Pacheco, Ochoa, Escosura, Díaz, Maldonado, Villalta, Castro, Benítez, Bravo, Coll, Príncipe, Zorrilla, Romero, Rubí, Pelegrín, Navarrete, el que firma este artículo....

. . .¿Cuál de ellos ha escrito con menosprecio de los autores clásicos? ¿Cómo habían de despreciar las obras clásicas los que las habían tenido por modelos? No parece sino que el señor Bermúdez hable de una época remotísima y oscura y que ignore que los primeros innovadores del teatro moderno español fueron tres autores clásicos: el señor Larra, autor de *No más mostrador y Macías,* el señor Martínez de la Rosa, autor de *Edipo* y *La conjuración de Venecia,* y el señor Duque de Rivas, autor de *La fuerza del sino.*

. . .Lo que han dicho los autores españoles modernos (llámeseles románticos, cormentalistas o schlegilianos) es que las reglas clásicas se oponían a veces al mismo fin para que fueron establecidas; por lo cual, sólo querían observar de las tres unidades una siempre y las otras dos cuando no les perjudicara. Tales son las reglas que han invocado: esto fue lo que hicieron nuestros autores dramáticos, a quienes el señor Bermúdez elogia: esta libertad fue racionalmente usada por los que vivían dos siglos hace, y esta misma, sin embargo, ha sido un crimen proclamarla por los modernos.

¡Pero qué idea tiene el señor Bermúdez de nuestro teatro en la actualidad! Todos los dramas escritos en España desde que se alzó la barrera que nos separaba de nuestros vecinos, todos, sin excepción alguna, son imitaciones groseras de melodramas extranjeros.

. . .Veamos los defectos que se les achacan, porque defectos necesariamente los ha de tener toda obra de literatura, toda obra humana. «Que hay en ellos trovadores, pajes, moribundos, torneos a la inglesa, bufones y tiranos, enanos y hechiceras.» Trovadores, torneos, tiranos y bufones ha habido en España, con que bien pueden tener cabida en su teatro; enanos y hechiceras no me acuerdo de haberlos visto en ningún drama original, a no ser de magia.

«Que hay en ellos amores incestuosos, venganzas, violencias, asesinatos, suicidios, puñales y venenos.» En las tragedias clásicas, en nuestro teatro antiguo hay eso y mucho más. Que se ven en ellos monjas enamoradas. Bajo el hábito religioso, como bajo otro cualquiera, puede haber pecadores, todos los estados y jerarquías son iguales para el poeta y la escandalosa vida de la madre Agueda de Luna no puede oscurecer en lo más mínimo la santidad de las Gertrudis, las Claras y las Teresas.

«Se han profanado las iglesias. . . .»

El que da su dinero en el despacho de billetes, sabe que no va a la iglesia, sino a ver unos lienzos pintados.

«. . .Se ha falsificado la historia.» No basta decirlo; es necesario manifestar dónde, cómo y hasta qué punto, porque no se ha de privar a los modernos de la licencia que tuvieron Sófocles, Racine y Alfieri.

«. . .Se han sacudido las trabas de la gramática y la prosodia.»

. . .Precisamente en el día. . .es donde se ve, desde Moratín para acá, más estudio de la lengua, más esmero en la versificación, más conato de acercarse a los grandes modelos del siglo XVII.

. . .Sostiene el señor Bermúdez que el drama romántico fastidia y se halla próximo a desaparecer de Europa. . . .Yo diré, por lo que se observa en España. . .que la circunstancia de haber pertenecido a un mismo género casi todas las composiciones que se han representado estos años, han hecho que el público se canse, porque apetece la variedad y hasta ahora no la ha tenido.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,
Examen del artículo titulado «Movimiento dramático» (de Bermúdez de Castro),
Revista de teatros

La polémica se intensifica; clasicistas y románticos emplean la sátira para ofender al rival en gustos literarios. He aquí una burla en el estilo esdrujulo tan grato a los románticos.

No puedes figurarte, amado Próspero,
cuanto me place el género drámatico.
Cuando se anuncia al respetable público
por la primera vez nuevo espectáculo,
vuelo a tomar billete como el céfiro
aunque me den apretones cien gaznápiros.
En especial si el drama es de los hórridos
que docta multitud llama romántico,
compuesto por autor, cual Dumas célebre,
a quien suelen llamar galo-vandálico.

Seis reales de vellón, gasto económico,
si es la comedia de poeta clásico.
que entonces los asientos semi-rústicos
suelen estar desiertos como un páramo;
empero tres pesetas sin escrúpulo
desembolso cual rico aristocrático,
para ver y gozar en sillón cómodo
los bellos dramas del ingenio tártaro.

Ayer hicieron uno fiero y lúgubre,
en seis actos partido, y no eran párvulos,
y del uno al siguiente en los intérvalos
se pudiera cenar; somos flemáticos.
Hubo decoraciones muy exóticas,
noche de tempestad, truenos, relámpagos,
convento, panteón, ruinas y cárceles,
guerreros, brujas, capuchinos, cuákeros.
Si quieres un bosquejo de la fábula
no te lo podré dar, porque en mi cálculo,
para un drama a lo menos y dos óperas
sobraba material en aquel fárrago.

. . .

Faltaban, además, orden y método,
y el autor, que en las letras es anárquico,
volaba a su placer con libre peñola
sin motivar los incidentes rápidos.
Luego nos trasladaba en cambio súbito
cruzando cual fragata el mar Atlántico,
de un mundo al otro, y al hogar doméstico
tornábamos ligeros como un pájaro.
Duraba la función seis años íntegros,
se mezclaba lo cómico y lo trágico,
hubo gritos horrendos, y yo, mísero,
saqué mi pobre chola como un cántaro.

EUGENIO DE TAPIA,
El teatro

Pedro de Madrazo, a su vez, se ríe de la poesía clasicista.

Nuestra poesía antigua, en medio de la rusticidad caballeresca, que la caracteriza, no carece de bellezas dignas de nuestros tiempos, bellezas que no se aprecian a primera vista, ni pueden muchas veces hallarse sin un grande conocimiento del lenguaje en que están escritas. Las trovas amorosas de la Edad Media están llenas de ternura, de fidelidad, de nobleza y pundonor, no se encuentra en ellas esa bajeza, ese servilismo, ese floreo empalagoso que respiran las letrillas de Clori, Filis y Silvia de nuestros modernos poetas amadores ni esa repetición de lugares comunes que causa hastío aun a las mismas hermosuras a quienes van dirigidos bajo fingidos e insulsos nombres. ¿Cuándo Jorge Manrique, Tapia o Juan de Mena hubieran hablado a su enojada dama de esta manera?

El llanto en Magdalena no he trocado;
mas no me miren ¡ay! tus bellos ojos
que no merece tanto un despreciado
y valgo menos yo que tus enojos.
Mas acuérdate, Filis, que un mar hecho
me parto, y que mi pecho. . . .

Un antiguo trovador si veía malparados sus amores, no lloraba como un marica, se quejaba a su dama con expresiones dignas de un hombre y sus quejas se exhalaban en versos llenos de ternura y de dignidad varonil y caballeresca. Y si tenía que separarse de su bella, vertía, al estrecharla contra su pecho, una ardiente lágrima del corazón, sin «echarla de sensible a prueba de pucheritos.»

Porque en aquellos tiempos, mezclados de heroísmo, nobleza y barbarie, no se conocía el fingimiento como en nuestros civilizados y pulidos. En la actualidad, cualquier amante podía decir a su querida que por ella tenía desmayos tres veces al día, y ¡ella quedaría muy pagada del embuste de su Dalmiro!

PEDRO DE MADRAZO, «*Poesía antigua,*»
El artista

Un enemigo de los románticos llega a echarles en cara su admiración por Calderón.

Perdone usted el coscorrón
que otra vez será mayor.
Ya desenvaina Agapito
el enorme manuscrito
traducido del tudesco
en idioma romanesco.
En él prueba con ahinco
como dos y dos son cinco
que el genio no necesita
reglas del Estagrita,
por más que lo diga Francia,
que la mayor elegancia
el non plus de la pureza,
es la intrincada fineza
de don Pedro Calderón.
Perdone usted el coscorrón.

O. P. Q., *de Crónica científica y literaria*

Para un costumbrista—Bretón—era fácil la sátira de la nueva moda.

FRUCTUOSO:

¿Apostamos a que ya el romanticísmo
te ha trastornado los cascos?

MANUELA:

Sí, que yo estoy por las grandes
pasiones y por los raptos. . . .

FRUCTUOSO:

¿Por los raptos? ¡Cómo!

MANUELA:

Sí;
de imaginación. Yo marcho
con el siglo; yo no gusto
de rutinas, ni me adapto
a sentimientos vulgares,
metódicos, sedentarios.
Tiendo a dilatar el alma
por el anchuroso espacio
de la creación y la....
Sí; lo demás es el caos,
es, no sé..., la inanición...,
la raquitis..., el marasmo....
Y, en fin, el romanticismo,
aunque yo no sé explicarlo,
es de moda, y esto basta
para que sea el encanto
de las mujeres. Ya ves
que con franqueza te hablo
también.

FRUCTUOSO:

Pues yo te prohibo
romantiquizarte, ¿estamos?
Que a gobernarme la casa
no te han de enseñar Lord Byron
ni Víctor Hugo. ¿Me vienes
a mí, que soy empleado
con romances? ¡A quien vive
entre expedientes y extractos,
y plantillas e instrucciones,
a un ente reglamentario,
digámoslo así, sacarle
de sus casillas!

MANUELA:

No trato
de reducirte. Si quieres
seguir la pauta de Horacio. . . .

FRUCTUOSO:

No entiendes de Horacio tú,
ni su nombre viene al caso.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS,
Me voy de Madrid, Acto I

Espronceda recuerda a los clasicistas sus exageraciones bucólicas en «El pastor clasiquino.»

Y estaba el pastor Clasiquino, sencillo y cándido, recordando los amores de su ingrata Clori, en un valle pacífico, al margen de un arroyuelo cristalino; sin pensar (¡oh, quién pudiera hacer otro tanto!) en la guerra de Navarra y embebecido en contemplar el manso rebaño, símbolo suyo. Eglogas, decía, venid en auxilio mío. Aquí donde la «máquina preñada» (es decir, el cañón) y el «sonoro tubo» (la trompeta) no vienen a turbar mis solaces.

Pajiza choza mía
ni yo te dejaría
si toda una ciudad
me fuera dada.

. . . Nada como las reglas de Aristóteles, solía también decir Clasiquino, a veces, que aunque pastor, había leído más de una vez las reglas del Estagrita. ¡La naturaleza! La naturaleza es menester hermosearla. «Nada debe ser la que es sino lo que debiera ser.» Y aquí sacando un texto griego, porque era «consumado helenista,» y como sabía «hablar en prosa y en verso,» continuaba:

«Si, por el Pan que rige mi manada, yo he de hacer ver al mundo que esa caterva de poetas noveles, idólatras de los miserables Calderón, Shakespeare y comparsa, son inmorales y no saben escribir una égloga...¿qué digo una égloga? ni cometer siquiera la figura llamada «onomatopeya».»

Y con esto se levantó con aire de triunfo y ademán orgulloso, arreglándose los anteojos que ya tenía al extremo de la dilatada nariz caídos, despertó las ovejuelas que se habían dormido

de pacer olvidadas, escuchando

y Clasiquino, paso tras paso, recogió a su majada, tenaz en su empeño de seguir hecho borrego mientras le durase la vida.

JOSE DE ESPRONCEDA, «*El pastor clasiquino,*» *El artista*

El romanticismo presupone una forma de vivir distinta; desde el cabello al traje y al gesto. Varios autores hacen la caricatura del nuevo tipo humano.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante fue a su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del Romanticismo aplicado al tocador..., estrecho pantalón..., una levitilla de menguada faldamenta y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta, un pañuelo negro descuidadamente anudado en torno de ésta y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él, descolgábanse en entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado que, formando un doble bucle convexo, se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer éstos de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a las mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de un mirar sombrío; una frente triangular y fatídica....Me declaró rotundamente su resolución con-

traria a seguir ninguna de las carreras que le propuse....En busca de sublimes inspiraciones y con el objeto, sin duda, de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió día y noche los cementerios y escuelas anatómicas..., aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas, encaramóse a las peñas escarpadas y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó a las ruinas de los monasterios y de las ventas que él tomaba por tétricos castillos....Rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética y concluyó algunos cuentos en verso prosaico; y todos empezaban con puntos suspensivos y concluían con ¡maldición! y unas y otros estaban atestados de «figuras de capuz,» y de «siniestros bultos,» y de «hombres gigantes,» y de «sonrisa infernal,» y de «almenas altísimas,» y de «profundos fosos,» y de «buitres carníveros,» y de «copas fatales,» y de «ensueños fatídicos,» y de «velos transparentes,» y de «acerados muelles»; generalmente solían llevar títulos tan incomprensibles como ellos mismos: ¿Qué será? ¡No! ¡Más allá! ¡Puede ser...! ¿Cuándo? ¿Acaso? ¡Oremus!

RAMON DE MESONERO ROMANOS,
Memorias de un setentón

¿Quién es aquel joven negligentemente vestido, con el chaleco desabotonado, el pañuelo del cuello caído sobre el pecho y la blonda cabellera a la merced del viento? Sigámosle porque merece atraer nuestra atención; es un romántico y esta clase de personas no se pasean como las demás. ¡Qué belló negligé hay en sus vestidos! Su cabeza va descubierta al sol y al aire, porque un romántico no teme el rigor de la canícula. Sus cabellos flotan a merced del viento y juguetean sobre su frente....Sus ojos anuncian la inspiración, y ora los eleva al cielo, ora los sepulta con delicia en la floresta. En una mano tiene el libro en que escribe sus pensamientos, en la otra el lápiz que debe transmitirlos a la posteridad.

RAMON DE MESONERO ROMANOS,
de Guardia nacional

Su imaginación se exalta, sus facciones se alteran y su traje exterior sufre una gran variación; el Hernani de Víctor Hugo es su héroe, se propone imitarle al menos en larga barba y gran perilla y su objeto es buscar una joven que sienta y haga sentir las pasiones vivas de su héroe.

RAMON DE MESONERO ROMANOS,
de Correo de las damas

Un calavera se llama romántico y toma igual título el furioso que le planta a usted una estocada y aquel a quien sus vicios han aburrido y llevado hasta el borde del precipicio, se sonrió al suicidarse con la persuasión de que muere «románticamente.»

RAMON DE MESONERO ROMANOS,
de El vapor

Una comparación—evidentemente proclásica—de las características de ambos tipos de poesía, por Iza Zamacola.

¿Qué es lo que el clásico pinta?
Las praderas esmaltadas
de flores y el arroyuelo
que vivifica las plantas,
el trinar del pajarillo,
el dulce ambiente del aura
y el alegre caramillo,
con que la festiva danza
da vida al ameno valle,
casto harén de la zagala.
¿Y el romántico? Detesta
cuanto al clásico le halaga
y expresa sus concepciones
en las ásperas montañas,
en cavernas horrorosas
y entre la noche enlutada,

maldiciendo de la luna
la luz argentina y clara;
con el veneno se nutre,
con el puñal se agasaja
y no en brillantes saraos
busca delicias y calma,
que en los sitios que se encuentra
los que al ánimo le embargan
es en fúnebres mazmorras,
en mansiones solitarias
y en lóbregos cementerios.

JUAN DE IZA ZAMACOLA,
El clásico y el romántico, Acto I

En su despedida (abril 1836), El artista *resume su pensamiento anticlasicista.*

Hemos hecho una guerra de buena ley a *Favonia,* a *Mavorte insano,* al *Ceguezuelo alado cupidillo,* a *Ciprina,* al «ronco retumbar del raudo rayo» y a las zagalas que tienen la mala costumbre de «triscar» y a todas las plagas, en fin, del clasiquinismo. Pero esto hicimos mientras vivió este mal andante mancebo con peluquín; ahora ya murió. *Requiescat in pace.*

ALONSO CORTES, *de El artista*

Habrá también escritores—pocos—que quieran conciliar actitudes extremas y aprovechar lo mejor de ambas teorías.

Nuestra naciente musa
en cantos inmortales
libre a lo menos y española sea.
Religiosa, no atea,
ni fanática vil: grande y sublime.

pero bella también, nunca espantosa:
ideal, no quimérica: graciosa,
no afeminada, enérgica y valiente,
nunca dura o feroz: siempre elocuente,
siempre cercada de ilusión hermosa.

¡El medio, el justo medio! A mano diestra
precipicios miráis; a la siniestra
precipicios también; helado el polo,
tostado el ecuador, salvajes sólo
los pueden habitar.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE, *El justo medio, de El romanticismo. Poesías*

¿En qué punto acaba el género clásico y comienza el romanticismo? ¿Es poeta romántico el que, dotado de una imaginación volcánica, todo lo anima a su voz, a todo da vida y movimiento, y manda a la Naturaleza y domina los cielos, nos habla al corazón y nos arrebata cual un torrente con sublimes imagenes, con robusta entonación, con lenguaje profético y sencillo? Entonces soy el primero que vuelo a alistarme en tan sagradas banderas; esto es poesía. ¿Pero es poeta romántico el que tiene por un freno insufrible las reglas y los modelos, aquel que a su pobre imaginación no halla recursos, sino crea un mundo ideal giganteo, y rompe todos los diques y corre de un precipicio en otro y al través de sus hinchadas frases y rebuscadas palabras (que jamás pasan de los oídos) vemos su pobreza a sus inútiles esfuerzos? No, jamás yo ansiaría entonces un dictado tan poco honorífico.

PABLO ALONSO AVECILLA, *Poética trágica*

Así, que nosotros aceptamos del clasicismo el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficientes y mezquinas para las necesidades morales de la época; sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del romanticismo aceptamos todo el vuelo

de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo, empero, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar; y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneos, y no fosfórico resplandor que luzca vistoso un instante para apagarse apenas le toquen.

ENRIQUE GIL Y CARRASCO,
de Semanario pintoresco

Resumiendo cuanto había manifestado, dijo: que el espíritu de examen propio del siglo en que vivimos, así en literatura como en política, induce a no tener por sagradas las reglas clásicas, así como también a no aplaudir desaciertos del romanticismo. Y pues veía los muchos bienes producidos en la poesía dramática por el quebrantamiento de las reglas, no podía menos de apoyarle, sin aplaudir el exceso; mucho menos en los escritores románticos del día, que en su sentir son, generalmente hablando, malos escritores.

ANTONIO ALCALA GALIANO,
de Semanario pintoresco

Quien de la escuela «moderna»
genio innovador se llama
barba, galán, paje y drama,
despacha la vida eterna.

Quien se dice de la «antigua»
en cánticos pobrecitos,
de la otra cambia los gritos
y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:
¡tanto valen a fe mía!
con que firme en mi manía
de andar con entrambas sigo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,
de Alonso Cortés, Zorrilla. Su vida y su obra

Valera, con suficiente perspectiva, resume el caso romántico...

...Los españoles ha tiempo que no somos devotos de la docta antigüedad. Poco nos ha molestado y corrompido el gusano roedor del abate Gâume. Saber griego entre nosotros era un prodigio, y saber latín, punto menos, pues el poco que se aprendía en las escuelas se procuraba olvidar en seguida. Hay, sin embargo, regulares traducciones de algunos clásicos; pero nadie las lee, o ya porque están hechas por eruditos las más y poquísimas por poetas, o ya porque al pueblo no le divierten los griegos y los romanos. A los españoles, a pesar de las sátiras, de los preceptos y de los ejemplos de Leandro Moratín, nos han gustado y nos gustan más las comedias de capa y espada que las de Terencio y Molière, y los romances y las coplas más que las odas. Añádanse a esto las frialdades insulsas de Venus y Cupidillo, que de la corta inteligencia de nuestros clásicos y del vano deseo de imitarlos, sacaban nuestros poetas académicos la incomprensión intelectual en que vivíamos y la pobre y rastrera filosofía francesa del siglo pasado...que los liberales oponían al despotismo de los frailes y al despotismo del gobierno y se comprenderá la situación de ánimo en que nos sorprendieron de consumo la muerte del rey y la guerra civil, la vuelta de los emigrados, la nueva aurora de la libertad, la revolución política y literaria del romanticismo.

Las ideas tomaron nuevo giro; se pudo hablar y escribir; se entendió mejor lo que pasaba en el mundo y el adelanto de las otras naciones; deseamos alcanzarlas en su movimiento progresivo y en literatura pensamos abrir nueva senda más original y más ancha. La secta de los románticos que vino de Francia, como vienen todas las modas, se amoldó perfectamente a nuestras inclinaciones y carácter, y se hizo tan española como si hubiera nacido en España; porque si la palabra romanticismo quiere decir algo no hay país más romántico que el nuestro. Con todo, el romanticismo tuvo al principio mucho de ridículo, de pueril y de exagerado; y a pesar de los grandes poetas que siguieron la nueva secta, hicieron de ella los clásicos mil burlas merecidas.

...El romanticismo...no ha de considerarse, hoy día, como secta militante....El romanticismo ha sido una revolución, y sólo los efectos de ella podían ser estables. Entre nosotros vino a libertar a los

poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y a separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos, y lo consiguió. Las demás ideas y principios del romanticismo fueron exageraciones revolucionarias que pasaron con la revolución, y de las cuales, aún con la revolución misma, se salvaron los hombres de buen gusto....

...Cuando, por medio de los franceses y con las obras de Chateaubriand, Víctor Hugo y Madame Staël, llegó a nosotros el romanticismo, llegó combinado con tan nuevas ideas que los dos Schlegel, que le proclamaron en Alemania, no le hubieran ya reconocido. Los franceses le habían añadido mucho de su propia cosecha, y habían tomado por romántico cuanto era alemán, aunque no fuese romántico ni por tal pasase en Alemania. Nosotros hicimos lo mismo; y como los franceses, añadimos a estos elementos del romanticismo, no sólo cuanto nos pareció romántico en nuestro propio país, que no fue poco, sino otro romanticismo venido de un país diferente, y que por sí solo imprimió un carácter singular a la nueva literatura. Hablo de las obras de Lord Byron, ingenio poderoso y originalísimo, y de las de Walter Scott, ingenio original aunque no tan grande.

...El romanticismo podía ser católico y ferviente, increédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado y todo a la vez. El toque para ser romántico consistía principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo, en hablar de Jehovah o en no hablar de Dios alguno, y en poblar el mundo, no ya de semidioses paganos, sino de ondinas, huríes, brujas, sílfides y hadas, o en dejarle vacío de toda apariencia que no fuese natural y conforme al testimonio de los sentidos.

En cuanto a la forma, los románticos la desatendían, presumiendo de espiritualistas y poniendo la belleza en lo substancial y recóndito. El poeta no debía escribir por arte sino por inspiración; su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar al poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debía considerar como un apóstol, con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser «una planta maldita con frutos de bendición.» En sus amores debía aspirar el poeta a un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amaba a una mujer con delirio, imaginando ver en ella a la maga de sus sueños, a

la paloma del diluvio, a la rosa de Jérico; mas al cabo debía «palpar la realidad,» conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle, y «llorar sus ilusiones perdidas,» ya blasfemando de Dios y de sus cantos, ya echándose a los pies de los altares y entonando plegarias a la Virgen y a Jesucristo. En fin, ya estuviese enamorado, ya desengañado, ya hastiado, ya fuese incrédulo, ya creyente, todo poeta romántico debía hablarnos siempre de sí mismo.

. . . Otra de las ideas capitales de los románticos, presentadas de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitación y malestar de los espíritus y presentimientos del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios y la creencia de que sus crímenes se debían imputar a la sociedad mal organizada y a la grandeza de sentimientos de tales héroes, a quienes esta mezquina sociedad venía estrecha.

. . . El verdadero y más notable defecto de los románticos ha sido la verbosidad que ellos llaman vaguedad; porque la pompa y majestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío del sentido. Nuestra lengua puede expresar los pensamientos con toda la concisión deseable, y muchos poetas españoles suelen ser concisos; los romanceros, sobre todo, y los mismos poetas románticos cuando escriben romances. Pero cuando escriben odas, se dan a filosofar; como a menudo no saben siquiera lo que van a decir, ni entienden lo que dicen, arman una jerigonza y estruendo hueco que acaso halague los oídos, pero que siempre se resiste a la traducción en una lengua extranjera, y hasta a una traducción en prosa y gramatical hecha en nuestra misma lengua castellana.

. . . De la afición a las palabras sonoras nace también lo falso y monótono y prolijo de las descripciones, que no están sacadas de la naturaleza misma, sino arregladas con palabras y frases ya usadas y aun desechadas por otros poetas. . . y que sirven en todas ocasiones, vengan o no a próposito; verbigracia: «esponjado tulipán, ágil y pintado colorín, negro capuz, lúgubre son, fúnebre ciprés, flotante tul, pliegues del viento y raudo torbellino.»

Otro defecto del romanticismo español es la hipocresía; porque finge la fe que no tiene. Los versos místicos del día no valen, por los sentidos fervorosos y verdaderos, un villancico de los *Pastores de Belén,* de Lope. Compararlos con los versos de León, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz sería blasfemia.

JUAN VALERA, «*Crítica literaria,*»
Revista española de ambos mundos

. . .y describe la historia europeo del romanticismo.

El romanticismo fue como el líquido en el período de la fermentación tumultuosa; el naturalismo es como los sedimentos groseros, como las heces que se van precipitando en el fondo del vaso, de resultas de la fermentación; y lo que debemos esperar y pedir al cielo es que la fermentación acabe bien, sin que degenere en acetosa ni en pútrida, y que el líquido, cuando se trasiegue y se tiran las heces naturalistas, se convierta en vino exquisito, oloroso y salubre.

Al nacimiento del romanticismo en Francia concurrieron, sin duda, diversos elementos venidos de extraños países; pero más aún la propia fuerza de las cosas, la cual hace que cada ser, manifestación, idea, moda o sistema, nazca en su sazón y cuando debe. El romanticismo estaba preparado muy de antemano; pero el estallar en Francia de esta revolución literaria coincide con la revolución politíca de 1830.

De España vino poco y de modo confuso. Eruditos hubo y hay en Francia que saben y han escrito muchísimo de nuestro país; pero sus libros apenas se leen, y la inmensa mayoría de los franceses entienden menos de España que de la China. En el romanticismo alemán entró Calderón como factor importante; en el francés casi nada. Cierta vaga idea de sus dramas, limpia, si, de tiquismiquis y culteranismo pero exagerada y en caricatura por el lado del sentimiento, se entreve en el *Teatro de Clara Gazul* y en el *Hernani,* de Víctor Hugo. Hasta ya muy tarde no imitó Jorge Sand *El condenado por desconfiado,* de Tirso.

De Inglaterra, salvo Byron, que fue imitado por muchos, y por Musset tan adamada y melifluamente, que le valió que de broma le llamasen la «señorita Byron,» casi no hubo poeta que influyese. Ni los «laquistas,» ni Shelley, ni Moore, eran bastante conocidos.

El escritor alemán que más contribuyó al nacimiento del romanticismo en Francia fue, tal vez, Hoffman, con sus cuentos. Verdad es que en nadie se nota más este influjo que en el patriarca de los románticos; en el autor de la lindísima *Fée aux miettes,* en Carlos Nodier, que es, al mismo tiempo, el más alemán de todos los escritores franceses.

Hay un autor escocés excepcional que tiene la gloria de haber influido más general y benéficamente que otro alguno en el romanticismo de Francia y en el de todos los demás países. Es este autor Sir Walter Scott.

El romanticismo en Italia produjo *Los novios,* de Manzoni. En España hizo renacer y florecer la novela con Villalta, Escosura, Trueba y Cossío, Enrique Gil, Espronceda, Villoslada, Cánovas y Fernández y González. Y en Francia, no ceñidos los autores a la imitación del bardo escocés y con savia castiza, dieron ser a multitud de novelas que han sido el encanto, el agradable pasatiempo y el inocente deleite de cuantos tienen afición a leer, y esto durante no pocos años.

En Sir Walter Scott no se nota más propósito que el del «arte por el arte,» el de componer libros, de entretenimiento. Y, sin embargo, como toda obra cuando se hace bien, suele tener más alcance que el que aspira a darle quien la hace, las novelas de Sir Walter Scott fueron más allá de su propósito. A pesar del chiste, de fijo lanzado por muchos, pero que yo he leído en un librejo de Gallardo, de que la novela histórica no es historia ni es novela, las de Sir Walter Scott no sólo enseñaron historia, sino la manera de escribirla; dieron ser a un nuevo arte de historia; arte pintoresco, *ad narrandum, non ad probandum,* del cual son bellos modelos la *Conquista de Inglaterra por los normandos,* de Agustín Thierry, y los *Duques de Borgoña,* de Barante.

Yo no quisiera suponer asertos atrevidos y erróneos en doña Emilia Pardo Bazán a fin de impugnarlos fácilmente; pero creo que, por su afán de dejar despejado el campo para el advenimiento triunfal del naturalismo, arroja de él la novela histórica, como fuera de moda. Si pienso esto, me parece que se equivoca. Flaubert acudiría a protestar con *Salambó* en la mano. La novela histórica no puede pasar de moda. Ni aún para los más preocupados de las cuestiones sociales, religiosas y políticas del día. Todo se repite, todo tiene sus antecedentes en otras épocas, y quien las estudia tal vez de mayor luz a las cuestiones que más recientes parecen. Lo que impide que se escriban muchas novelas históricas es que tal vez el naturalismo requiere que escribamos lo que vemos y no las cosas pasadas. En éstas, la imaginación tiene que trabajar mucho, y ya sabemos que el autor naturalista o debe carecer de imaginación o debe emplearla poco. La novela histórica exige, además, mucha preparación y mil estudios previos, sobre todo hoy, que se hila muy delgado en lo tocante a la indumentaria y a otros conocimientos arqueológicos que han de prestar color exacto y tono conveniente a los pormenores y más ligeros toques y perfiles del cuadro.

JUAN VALERA, *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*

Los temas

LA REBELION

EL PAISAJE

EL AMOR

LA EDAD MEDIA

EL SIGLO DE ORO

LA MUERTE

LA RELIGION

EL ORIENTE

EL ESCEPTICISMO

La Rebelión

Grandes eran las reyertas sobre este punto cuando el famoso Víctor Hugo lanzó en medio de la arena de tan acaloradas disputas la definición siguiente: El romanticismo no es más que el liberalismo en literatura. Mágico fue el sacudimiento que produjo tan aventurada sentencia. En el siglo en que el liberalismo es asunto de tan ruidosos debates políticos, de tan cavilosos estudios para pueblos y gobiernos, bautizar con su nombre una doctrina literaria ha sido dar más pábulo a los encontrados partidos y arrancar, por decirlo así, la cuestión del círculo en que los literatos la tenían cerrada.

ANTONIO ALCALA GALIANO

...Otra de las ideas capitales de los románticos, presentadas de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitación y malestar de los espíritus y presentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios y la creencia de que sus crímenes se debían imputar a la sociedad mal organizada y a la grandeza de sentimientos de tales héroes a quienes esta mezquina sociedad venía estrecha.

JUAN VALERA

La rebelión contra el orden establecido puede ser política o social. En el primer caso tenderá, logicamente, a ser lo que hoy llamaríamos izquierdista, en pugna con el elemento conservador. La inmensa mayoría de escritores románticos han cantado este movimiento de protesta en su juventud aunque luego la edad y la seguridad social y económica cambiara—o al menos entibiara—su actitud. Es el caso del Duque de Rivas, por ejemplo.

Pero no el de José de Espronceda, entregado toda su vida a la misma causa social. El «pueblo» es el protagonista de todos los hechos gloriosos, el «tirano» lo es de todas las degracias. Cuando recuerda la gesta del «dos de mayo» no piensa, como otros poetas, en un movimiento nacional contra Napoleón sino en una lucha en que el pobre luchó heroicamente mientras los ricos y aristócratas se asustaban y vendían al francés.

¡Oh es el pueblo! es el pueblo, cual las olas
del hondo mar alborotado braman,
las esplendentes glorias españolas
su antigua prez, su independencia clama.
. . .
Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,
los del espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto,
o adular bajamente a la fortuna.

Buscar, tras la extranjera bayoneta,
seguro a vuestras vidas y muralla
y, siervos viles, a la plebe inquieta
en baja lengua apellidar canalla.
. . .
¡Canallas, sí los que en la lid alarde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde,
con la sana razón segura y fría!

Oh la canalla, la canalla en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatada en su entusiasmo santo
quebrantó las cadenas de la tierra.

JOSE DE ESPRONCEDA, *Al dos de mayo, de Poesías*

Durante el gobierno absolutista de Fernando VII, Espronceda, refugiado en el extranjero, lo combatirá con la pluma e intentos de invasión. Uno de los episodios de esta lucha, la fracasada expedición de Torrijos al sur de España, permitirá un dolorido soneto.

Helos allí: junto a la mar bravía
cadáveres están, ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles llorad; más vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue a siervos y opresores,

y los viles tiranos, con espanto,
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

JOSE DE ESPRONCEDA, *A la muerte de Torrijos y sus compañeros*

Con la muerte de Fernando VII su viuda Cristina pasa a representar las ideas liberales amenazadas ahora por las pretensiones al trono del absolutista don Carlos. Espronceda no vacila en tomar partido en la nueva contienda.

¿Oís? es el cañón. Mi pecho hirviendo
el cántico de guerra entonará,
y al eco ronco del cañón venciendo,
la lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
levanta ya del polvo en que yacía,
arrogante en valor, omnipotente,

terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces siento,
y al aire miro deslumbrar espadas,
y desplegar banderas;
y retumban al son las escarpadas
rocas del Pirineo;
y retiemblan los muros
de la opulenta Cádiz, y el deseo
crece en los pechos de vencer lidiando;
brilla en los pechos el marcial contento,
y dondequiera generoso acento
se alza de *patria* y *libertad* tronando.
. . .
¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
y al mar se lancen con bramido horrendo
de la infiel sangre caudalosos ríos,
y atónito contemple el océano
sus olas combatidas
con la traidora sangre enrojecidas.

Truene el cañón: el cántico de guerra,
pueblos ya libres, con placer alzad:
ved, ya desciende a la oprimida tierra,
los hierros a romper, la libertad.

JOSE DE ESPRONCEDA, *¡Guerra!*

Cambian los tiempos pero no las ideas de Espronceda, siempre lo más a la izquierda posible dentro de un cierto respeto a la monarquía; su último ídolo será el «progresista» Espartero. En El diablo mundo, *publicado en 1840, su condena de las clases conservadoras es terminante. Hay pinceladas goyescas en la forma en que describe un mundo caduco que se esfuerza inútilmente en detener a las nuevas fuerzas sociales.*

Llega la multitud formando cola
al sitio en que se alzaba Mariblanca,
y la nueva fatal de que tremola
ya su pendón, y que asomó su zanca

el espantoso monstruo que atortola
al más audaz ministro, y lo abarranca,
el *Bú* de los gobiernos, la anarquía,
llegó aterrando a la secretaría.

Ordenes dan que apresten los cañones,
salgan patrullas, dóblense los puestos,
no se permitan públicas reuniones,
pesquisas ejecútense y arrestos,
queden prohibidas tales expresiones,
obsérvense los trajes y los gestos
de los enmascarados anarquistas,
y de sus nombres que se formen listas.

Que luego a son de guerra se publique
la ley marcial, y a todo ciudadano,
cuyo carácter no lo justifique,
luego por criminal que le echen mano;
que a vigilar la autoridad se aplique
la mansión del Congreso soberano,
y bajo pena y pérdida de empleos,
sobre todo la Casa de Correos.

. . .

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
vuestra codicia vil que así os demanda:
¿Pensáis tal vez que los robustos quicios
del mundo saltarán si aprisa anda,
porque son torpes vuestros pasos viles
tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan? ¿Qué noble pensamiento
vuestra mente raquítica ha engendrado?
¿Qué altivo y generoso sentimiento
en ese corazón respuesta ha hallado?
¿Cuál de esperanza vigoroso acento
vuestra podrida boca ha pronunciado?
¿Qué noble porvenir promete al mundo
vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,
gusanos que roéis nuestra semilla,
vuestra letal respiración apaga,
la luz del entusiasmo apenas brilla:
pasad, huid, que vuestro tacto estraga
cuanto toca y corrompe y lo amancilla;
solo nos podeis dar, canalla odiosa,
miseria y hambre y mezquindad y prosa.

Basta, silencio, hipócritas parleros,
turba de charlatanes eruditos,
tan cortos en hazañas y rastreros
como en palabras vanas infinitos:
ministros de escribientes y porteros,
de la nación eternos parásitos:
basta, que el corazón airado salta,
la lengua calla y la paciencia falta.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

Mariano José de Larra «Fígaro» está de acuerdo en los males que aquejan a una sociedad evidentemente clasista y, por tanto, injusta. Al no ser representación de todo el país, las medidas que toma se basan menos en la ética que en la defensa de los intereses de unos pocos. Larra, aprovechando el caso auténtico de un vendedor callejero condenado a muerte por haber matado a un hombre, hace hablar así a la sociedad:

—Mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta a aquéllos a quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian a amparar, pero no a vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí; lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti y tú no los tienes para mí; yo tengo alguaciles para ti y tú no los tienes para mí; yo tengo, en fin, cárceles y tengo un verdugo para ti y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo que, solos, fueron de él ocasión.

Baratero: —¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mía; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía y por la religión no puedo disponer de ella; pero si no es mía siquiera, ¿cómo será tuya?

(Contesta la sociedad) —. . . Algún día, baratero, tendrás razón; pero, por el pronto, te ahorcaré porque no es llegado ese día en que tendrás razón y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción; en el día, la sociedad a que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente. . . ya que no pudiste aguardar a batirte a que yo derogase mi ley, debiste de aguardar por lo menos a ser opulento, o siquiera caballero, o aprender en tanto a eludir mi ley.

—¿Y la igualdad ante la ley, sociedad?

—Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad y entre en mi composición el cuerpo popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo pero soy un cuerpo truncado; ¿no ves que no tengo sino cabeza, que es la nobleza, y brazos que es la curia y una espada ceñida que es mi fuerza militar? Pero ¿no ves que me falta la base del cuerpo que es el pueblo? ¿No ves que ando sobre él en vez de andar con él?

(El baratero proclama su desafío) —. . . ¡Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora! y llegará pronto por tu culpa porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle aprendan a leer.

MARIANO JOSE DE LARRA, «*Los barateros o el desafío y la pena de muerte,*» *El español*

Si la sociedad no está constituída en forma perfecta, como representación de todos los que la componen, sus actos de violencia son absurdos y, además, suicidas. Larra dará resonancia dramática a este punto de vista al describir El reo de muerte.

. . . Este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada a cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad, al aplicarla, no hace más que

suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo a un trozo de poesía romántica:

Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar.

Este grito, precedido de la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va a morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algún reo de muerte habrá hecho esta singular observación, pero debe ser horrible a sus oídos el último grito que ha de oír de la coliflorera que pasa atronando las calles a su lado.

...No sé por qué, al llegar siempre a la plaza de la Cebada, mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación, y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que pueda tener la sociedad a mutilarse a sí propia; pues resultaría ser el derecho de la fuerza y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¡qué loco se atrevería a rebatir éso! Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela, en la que la manchará todavía. Un ser que, como el hombre, no puede vivir sin matar tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto.

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazón desnuda muestra que el reo es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo...el que solo había robado acaso a la sociedad iba a ser muerto por ella; la sociedad también da ciento por uno; si había hecho mal matando a otro, la sociedad iba a hacer bien matándole a él. Un mal se iba a remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! ...De allí a un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante al estruendo de las puertas de la

eternidad que se abrían, resonó por la plazuela: el hombre no existía ya: todavía no eran las doce y once minutos. «La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

MARIANO JOSE DE LARRA,
«El reo de muerte,» El español

Una sociedad injusta convierte en héroe a quien la desafía, sin preocuparse de convencionalismos ni de barreras religiosas o sociales. Nace el gran rebelde que obedece sólo a sus instintos y encuentra un placer en el mismo hecho de negarse a la disciplina social. El tipo es descrito con evidente simpatía, tanto por poetas declaradamente revolucionarios como Espronceda, como por los conservadores y tradicionalistas como Zorrilla.

En el caso de Espronceda el protagonista se llama Félix de Montemar, al que no preocupa ser descortés, temerario, impío cuando sigue a una desconocida, y a pesar de las advertencias de ésta.

—Hay riesgo en seguirme.— ¡Mirad, que reparo!
—Quizá luego os pese.— Puede que por vos.
—Ofendéis al cielo.— Del diablo de amparo.
—Idos, caballero, no tentéis a Dios.
—Siempre me enamora más vuestro despego,
y si Dios se enoja pardiez que hará mal,
véame en vuestros brazos y máteme luego.
—¡Vuestra última hora, quizá ésta será. . . !
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.
—¡Hola, me conoce! —¡Ay, temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
en penas eternas! —Basta de sermón,
que yo para oírlos la cuaresma espero;
y hablemos de amores, que es más dulce hablar;
dejad ese tono solemne y severo,
que os juro señora, que os sienta muy mal;
la vida es la vida; cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?

Para mí no hay nunca mañana ni ayer.
Si mañana muero que sea en mal hora
o en buena, cual dice, ¿qué me importa a mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
y el diablo me lleve si quiere al morir.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*

La valentía de don Félix que desafía a la muerte y a Dios por seguir sus pasiones está tácitamente elogiada por el poeta. Por encima de la moral y los deberes cristianos hay una admiración a la apostura.

Segundo don Juan Tenorio,
alma fiera e insolente,
irreligioso y valiente,
altanero y reñidor:

siempre el insulto en los ojos,
en los labios la ironía,
nada teme y todo fía
de su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa
de la mujer que corteja,
y, hoy despreciándola, deja
la que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,
ni recuerda en lo pasado
la mujer que ha abandonado,
ni el dinero que perdió.

No vio el fantasma entre sueños
del que mató en desafío,
ni turbó jamás su brío
recelosa previsión.

Siempre en lances y en amores,
siempre en báquicas orgías,
mezcla en palabras impías
un chiste a una maldición.

En Salamanca famoso
por su vida y buen talante,
al atrevido estudiante
le señalan entre mil;
fueros le da su osadía,
le disculpa su riqueza,
su generosa nobleza,
su hermosura varonil.

Que en su arrogancia y sus vicios,
caballeresca apostura,
agilidad y bravura
ninguno alcanza a igualar:
que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*

Lo mismo ocurre con don Juan Tenorio y con don Luis Mejía. Sus aventuras son contadas en un tono admirativo. Los engaños a las mujeres tienen gracia, la burla a los sacerdotes resulta cómico. Hablará primero don Juan.

Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor

antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
díjeme: «¿Dónde mejor?
Donde hay soldados hay juego,
hay pendencias y amoríos.»
Di, pues, sobre Italia luego,
buscando a sangre y a fuego,
amores y desafíos.
En Roma, a mi apuesta fiel,
fijé, entre hostil y amatorio,
en mi puerta este cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.»
De aquellos días la historia
a relataros renuncio;
remítome a la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio.
Las romanas caprichosas,
las costumbres licenciosas,
yo gallardo y calavera,
¿quién a cuento redujera
mis empresas amorosas?
Salí de Roma por fin
como os podéis figurar,
con un disfraz harto ruin,
y a lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar.
Fui al ejército de España;
más todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su compaña
tras cinco o seis desafíos.
Nápoles, rico vergel
de amor, de placer emporio,
vio en mi segundo cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio,
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca,

no hay hembra a quien no suscriba,
y cualquiera empresa abarca
si en oro o valor estriba.
Búsquenle los reñidores;
cérquenle los jugadores;
quien se precie, que le ataje;
a ver si hay quien le aventaje
en juego, en lid o en amores.»
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hubo escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por donde quiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
ni hubo razón ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.
A quien quise provoqué,
con quien quise me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté.
A ésto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió;
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio, Acto I*

Don Luis Mejía le da la réplica usando los mismos conceptos como resumen de su rebeldía. En favor del instinto puede y debe atropellarse la moral, la ética, la justicia, la razón en suma.

Buscando yo, como vos,
a mi aliento, empresas grandes,
dije: «Do iré, ¡vive Dios!
¿de amor y lides en pos
que vaya mejor que a Flandes?
Allí, puesto que empeñadas
guerras hay, a mis deseos
habrá al par centuplicadas
ocasiones extremadas
de riñas y galanteos.»
Y en Flandes conmigo di,
mas con tan negra fortuna,
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobla a dobla, una por una.
En tal total carestía
mirándome de dineros,
de mí todo el mundo huía,
mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto a tal!
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal,
que entramos a saco en Gante
el palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro
de la Pascua, el buen obispo
bajó a presidir el coro,
y aún de alegría me crispo
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro;
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro;
reñimos, fui yo más diestro,
y le crucé sin reparo.

Juróme al punto la gente
capitán, por más valiente;
juréles yo amistad franca;
pero a la noche siguiente
huí y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refrán
de que «quien roba al ladrón
ha cien años de perdón,»
y me arrojé a tal desmán
mirando a mi salvación.
Pasé a Alemania opulento,
mas un Provincial Jerónimo,
hombre de mucho talento,
me conoció, y al momento
me delató en un anónimo.
Compré a fuerza de dinero
la libertad y el papel,
y topando en un sendero
al fraile, le envié certero
una bala envuelta en él.
Salté a Francia. ¡Buen país!
Y como en Nápoles vos,
puse un cartel en París
diciendo: «Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos.
Parará aquí algunos meses,
y no trae más intereses
ni se aviene a más empresas,
que adorar a las francesas
y reñir con los franceses.»
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
París, no hubo lance extraño
ni hubo escándalo ni daño
donde no me hallara yo.
Mas como don Juan, mi historia
también a alargar renuncio;
que basta para mi gloria
la magnífica memoria
que allí dejé con mi anuncio.

Y cual vos, por donde fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé
y a las mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
tres veces; mas se me antoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
A ésto don Luis se arrojó,
y escrito en este papel
está lo que consiguió;
y lo que él aquí escribió
mantenido está por él.

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio, Acto I*

Otro rebelde, el pirata, desafía la ley protegido por el amplio mar bravío «a quien nadie puso leyes.» La posible derrota, el castigo de la sociedad a la que odia y desprecia por mezquina no preocupa a quien se jugó el todo por el todo «cuando el yugo del esclavo—como un bravo sacudí.»

Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín;
bajel pirata que llaman,

por su bravura, el *Temido,*
en todo el mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado; al otro, Europa,
y allá a su frente, Estambul.
—Navega, velero mío,
sin temor;
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.
Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.
Y no hay playa,
sea cualquiera,

ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho,
y dé pécho
a mi valor.

Que es mi barco mi tesoro . . .

A la voz de «¡Barco viene!»
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar;
que yo soy el rey del mar
y mi furia es de temer.
En las presas
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

Que es mi barco mi tesoro . . .

¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena
colgaré de alguna antena,
quizá en su propio navío.
Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí.

Que es mi barco mi tesoro . . .

Son mi música mejor
aquilones,
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.
Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad;
mi ley, la fuerza y el viento;
mi única patria, la mar.

JOSE DE ESPRONCEDA,
Canción del pirata

«Don Félix,» «don Juan,» «don Luis» y «el pirata» son celebrados como individuos superiores y tan ricos en personalidad que se niegan a ser un número más entre los burgueses pacatos, obedientes a una iglesia o a un gobierno. Pero el sentir romántico de la rebeldía llega a más. Sus héroes saldrán también de lo más ínfimo de la escala social—como el verdugo, tan aborrecido como necesario.

De los hombres lanzados al desprecio,
de su crimen la víctima fui,
y se evitan de odiarse a sí mismos,
fulminando sus odios en mí.

Y su rencor
al poner en mi mano, me hicieron
su vengador;

y se dijeron:
Que nuestra vergüenza común caiga en él;
se marque en su frente nuestra maldición;
su pan amasado con sangre y con hiel;
su escudo con armas de eterno baldón
sea la herencia
que legue al hijo,
el que maldijo
la sociedad.

Y de mí huyeron,
de sus culpas el manto me echaron
y mi llanto y mi voz escucharon
sin piedad.

Al que a muerte condena le ensalzan . . .
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
imaginan los hombres tal vez?
Y ellos no ven
que yo soy de la imagen divina
copia también
y cual dañina
fiera que arrojan un triste animal,
que ya entre sus dientes se siente crujir,
así a mí, el instrumento del genio del mal
me arrojan el hombre que traen a morir.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El verdugo*

La sombra de Cain flota sobre el mundo. El verdugo, obligado a su infame tarea, despreciado trabajo, por la sociedad tiene un consuelo satánico. Cada vez que realiza su trabajo se venga privando a la humanidad de uno de sus miembros.

Ya más alto que el grande que altivo
con sus plantas hollara la ley
al verdugo los pueblos miraron,

y mecido en los hombros de un rey:
Y en él se hartó,
embriagado de gozo aquel día
cuando espiró;
y su alegría
su esposa y sus hijos pudieron notar;
que en vez de la densa tiniebla de horror,
miraron la risa su labio amargar,
lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo
con su encono
sobre el trono
se asentó:
y aquel pueblo
que tan alto le alzara bramando,
otro rey de venganzas, temblando
en él miró.

En mí vive la historia del mundo
que el destino con sangre escribió,
y en sus páginas rojas Dios mismo
mi figura imponente grabó.
La eternidad
ha tragado cien siglos y ciento,
y la maldad
su monumento
en mí todavía contempla existir;
y en vano es que el hombre do brota la luz
con viento de orgullo pretenda subir:
¡preside el verdugo los siglos aún!
Y cada gota
que me ensangrienta,
del hombre ostenta
un crimen más.
Y yo aún existo
fiel recuerdo de edades pasadas
a quien siguen cien sombras airadas
siempre detrás.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El verdugo*

Con menos violencia pero igual dramatismo, Espronceda cantará a otra víctima de la organización social: el mendigo. Su repulsivo aspecto basta a enturbiar la alegría y la belleza de quienes no quieren recordar que, en el mundo, hay también desgraciados. Y la generosa reacción es su medio de vida.

Mal revuelto y andrajoso,
entre harapos
del lujo sátira soy,
y con mi aspecto asqueroso
me vengo del poderoso
y adonde va, tras él voy.

Y a la hermosa
que respira
cien perfumes,
gala, amor,
la persigo
hasta que mira,
y me gozo
cuando aspira
mi punzante
mal olor.

Y las fiestas
y el contento
con mi acento
turbo yo,
y en la bulla
y la alegría
interrumpen
la armonía
mis harapos
y mi voz.

Mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrimas, ni pena
que no transpire en medio del placer.

Y para mí no hay mañana,
ni hay ayer.

Mío es el mundo, como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El mendigo*

Idéntica comprensión muestra el poeta ante la víctima femenina de esa misma injusticia social: la prostituta.

Tu desdicha en tus quejas adivino:
¿y habrá de ser eterno tu dolor?
¿qué poderosa mano a ese destino
para siempre, Salada, te amarró?

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

El Paisaje

Los románticos prefieren una selva virgen del Nuevo Mundo con todo su desorden, su aspereza y su imponente majestuosidad, con sus cataratas, despeñaderos y ríos tormentosos, llenos de caimanes, a un parque con las calles tiradas a cordel y tapizadas de blanca y menuda arena, con los árboles peinados y recortados según el capricho del jardinero, y los piélagos artificiales de agua espesa y verdosa en que sólo nadan peces de colores, sapos y sanguijuelas.

DE EL ARTISTA

El paisaje estático: Color. *El escritor romántico tiene en la mano una paleta cuando se trata de describir el paisaje. Su descripción puntúa uno a uno los matices cromáticos y le encanta que éstos sean fuertes, intensos, violentos, que hieran los ojos como los olores el olfato. Puede ser el amanecer....*

La escena que le ofrecía la naturaleza era, en aquellos momentos, bellísima. Al frente y a lo lejos se descubrían las almenas de Torre Gutiérrez, doradas de sol naciente; a un lado y otro brillaba el rocío de las rubias espigas que ondeaban mansamente al soplo del céfiro de la mañana mientras en los oteros que ciñen aquel camino se veían colocar abundantes racimos entre los verdes pampanos de la viña aún destilando el agua de la pasada lluvia, en cuyas argentadas gotas, que temblaban al viento quebrando al sol sus rayos, reflejaban mil iris de vario y transparente color.

Más allá se divisaba a lo lejos el verde oscuro de los elevados pinos, aún confusos entre la niebla que, levantándose poco entre visos y reverberos, parecía envolver misteriosamente al bosque como para ocultar en él a los humanos ojos la mansión de las Sílfides y los aéreos Alcázares de las Hadas.

JOSE DE ESPRONCEDA, *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar*

...o el crepúsculo.

Es púrpura el horizonte
y el firmamento una hoguera;
es oro la ancha pradera,
la ciudad, el río, el monte.

Rey de los astros, el sol
del regio trono al bajar,
su pompa querrá ostentar,
en su manto de arrebol.

Por eso suspenso está
de su reino a la salida
frenando a su despedida
que mañana volverá.

Banda de nubes de grana
que con sus reflejos tiñe,
flotando en torno la ciñe
como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,
filigranas de la tarde,
el sol que a su espalda arde
en colores desmenuzan.

Y al hundirse en occidente
partida en nubes la llama,
por el cielo se derrama
fosfórica y transparente.

Es la postrera sonrisa
del bello día que acaba,
que de esa luz arrancaba
su fresca, ondulante brisa.

JOSE ZORRILLA, *Versos*

Otras veces esa luz, ese color quedará matizado por la niebla o el follaje. La exaltación de los sentidos no será entonces sólo la belleza; habrá mezclada con la estética una agradable sensación de misterio.

Tú no conoces aquel sitio. Mira: la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae, resbalándose gota a gota, por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reunen entre los céspe-

des, y susurrando, susurrando, con las flores, se alejan por entre las arenas y forman un sauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino y se repliegan sobre sí mismas, y saltan y huyen, y corren, unas veces con risas; otras con suspiros, hasta caer en el lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa, para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en las huecas de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el espíritu del hombre.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*Los ojos verdes,*» *Leyendas*

El río, que desde las musgosas rocas donde tenía su nacimiento venía, siguiendo las sinuosidades del Moncayo, a entrar en la cañada por un vertiente, deslizábase desde allí bañando el pie de los sauces que sombreaban sus orillas o jugueteando con alegre murmullo entre las piedras rodadas del monte, hasta caer en una hondonada próxima al lugar que servía de escondrijo al montero.

Los álamos, cuyas plateadas hojas movía el aire con un rumor dulcísimo; los sauces, que, inclinados sobre la limpia corriente, humedecían en ella las puntas de sus desmayadas ramas, y los apretados carrascales, por cuyos troncos subían y se enredaban las madreselvas y las campanillas azules, formaban un espeso muro de follaje alrededor del remanso del río.

El viento, agitando los frondosos pabellones de verdura que derramaban en torno su flotante sombra, dejaba como un relámpago de plata sobre la superficie de las aguas inmóviles y profundas.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*La corza blanca,*» *Leyendas*

El misterio se hará mayor si la naturaleza se mezcla con la ruina. El abandono de los castillos medievales, la desamortización que obligó a muchos monjes a abandonar sus conventos dejaron en España infinidad de lugares en que el poeta podía soñar entre la historia y la leyenda.

El tiempo pasó; comenzaron los zarzales a rastrear por los desiertos patios, la hiedra a enredarse en los oscuros machones y las campanillas azules a mecerse colgadas de las mismas almenas. Los desiguales soplos de la brisa, el graznido de los aves nocturnos y el rumor de los reptiles que se deslizaban entre las altas hierbas turbaban sólo de cuando en cuando el silencio de muerte de aquel lugar maldecido; los insepultos huesos de sus antiguos moradores blanqueaban al rayo de la luna y aún podía verse el haz de armas del señor del Segre colgado del negro pilar de la sala del festín.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*La cruz del diablo,*» *Leyendas*

En la época a que nos referimos, los caballeros de la orden habían ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aún quedaban en pie restos de los anchos torreones de sus muros: aún se veían, como en parte se ve hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de su claustro, las prolongadas galerías ojevales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido, agitando las altas hierbas.

En las huertas y en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacía muchos años las plantas de los religiosos, la vegetación, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla.

Las plantas trepadoras subían encaramándose por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban y se confundían entre sí, se habían cubierto de césped; los cardos silvestres y las ortigas brotaban en medio de los enarenados caminos, y en los trozos de fábrica próximos a desplomarse, el jara-

mago, flotando al viento como el penacho de una cimera, y las campanillas blancas y azules, balanceándose como en un columpio sobre sus largos y flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destrucción y la ruina.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*El rayo de luna,*» *Leyendas*

Frente al establecimiento de baños de Fitero, y sobre unas rocas cortadas a pico a cuyos pies corre el río Alhama, se ven todavía los restos abandonados de un castillo árabe, célebre en los fastos gloriosos de la Reconquista por haber sido teatro de grandes y memorables hazañas, así por parte de los que lo defendieron como de los que valerosamente clavaron sobre sus almenas el estandarte de la Cruz.

De los muros no quedan más que algunos ruinosos vestigios; las piedras de la atalaya han caído unas sobre otras al foso y lo han cegado por completo; en el patio de armas crecen zarzales y matos de jaramago; por todas partes adonde se vuelven los ojos no se ven más que arcos rotos, sillares oscuros y carcomidos; aquí un lienzo de barbacana, por entre cuyas hendiduras nace la hiedra; allí un torreón que aún se tiene en pie como por milagro; más allá los postes de argamasa con las anillas de hierro que sostienen el puente colgante.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*La cueva de la mora,*» *Leyendas*

En el atrio, que dibujaban algunas pedruscas diseminadas por el suelo, crecían zarzales e hierbas parásitas, entre las que yacían, medio ocultas, ya el destrozado capitel de una columna, ya un sillar groseramente esculpido con hojas entrelazadas, endriagos horribles, grotescas e informes figuras humanas. Del templo sólo quedaban en pie los muros laterales y algunos arcos rotos y ya cubiertos de hiedra.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*La rosa de la pasión,*» *Leyendas*

A la derecha del tortuoso sendero que conduce a este punto, remontando la corriente del río y siguiendo sus curvas y frondosas, se encuentra una cruz.... La acción destructora de los años, que ha cubierto de orín el metal, ha roto y carcomido la piedra de este monumento, entre cuyas hendiduras crecen algunas plantas trepadoras que suben enredándose hasta coronarlo, mientras una vieja y corpulenta encina le sirve de dosel.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*La cruz del diablo,*» *Leyendas*

A veces entre las ruinas queda algo vivo—los espíritus de los que allí estuvieron.

...Las ruinas del convento, confundidas entre el follaje, se levantan en medio del monte como una serie de fantasmas mudos y aterradores que, trayendo a la imaginación dolorosos recuerdos, hacen que el ánimo se sobrecoja y se detenga nuestro pie, no osando profanar aquel silencio que parece que envuelve una terrible y continua expresión de maldiciones y amenazas.

En aquel lugar todavía hay algunos sepulcros, y acaso vagan por sus alrededores las almas de los que allí fueron enterrados.

Acaso también giran por aquellos espacios los espíritus de los que fueron víctimas de la crueldad de los bandidos.

Tal vez la sangre allí vertida demanda aún la venganza que todavía no ha quedado satisfecha....

JOSE DE ESPRONCEDA, *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar*

Otras veces se combinan los sentimientos. El de la admiración hacia la belleza «viva» de Granada se tiñe luego de nostalgia al recordar el paisaje histórico de su grandeza, hoy desaparecida.

Riega parlero la vega
de la florida Granada
el Darro, que hasta el Genil

bullicioso se dilata
sobre arenas amarillas
sobre campos de esmeraldas.

Lleva en sus ondas de oro
que poderoso arrebata
de los senos donde nace
y líquido se desata.

Lleva manto transparente
cambiantes con que engalana
la superficie sonora
que vagos murmullos alza.

Flores crecen en su margen
que tímido y lento baña
y allá en sus confines zumba
y en sus espumas retrata
randas de nevado encaje
o globos de fina plata.

Besa también misterioso
la carcomida muralla
que en otra edad defendía
lo que llamaban Alhambra:

la de los mil torreones
por los genios encantada,
que apellidaba señora
de todas las alcazabas.

Aquella que en los festines
en oriental algazara
arrojaba sus guerreros
por la puerta de Granada
y unidas iban las tribus
tratando juegos de cañas
por la cuesta de Gomeles
al llano de Vivarrambla.

Aquella que de rosales
y jazmines perfumada
rizadas nubes de aroma
a sus cúpulas alzaba;
cuyos mágicos jardines
y cuyas verjas doradas
con bandas de gayas flores
ligeramente guardaban
huríes para delicia
de la gente musulmana.

Entonces todo era armonía
¡todo era luz en la Alhambra!
Pausadamente se oía
allá en la noche callada
el murmullo de las fuentes
el rumor de las cascadas
y los dulcísimos ecos
de músicas delicadas.

Las sentidas cantinelas
que el ánima consolaban
del árabe enamorado
que a su gacela cantaba.

La hoguera que alumbra el día
entonces su luz radiaba
poderosa, rutilante,
en las torres cinceladas,
en los pintados cristales
ornamento del Alcázar,
en las fuentes misteriosas
y resonantes cascadas.

Entonces todo era armonía
todo luz era en la Alhambra.

Hoy, sin estruendo, sombría,
a trechos desmoronada,
la carcomida cabeza

difícilmente levantada,
amagando por momentos
nivelarse con su planta
y en torrentes de peñascos
derrumbarse destrozada,
hender su frente en el Darro
y sepultarse en su agua.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI, *Recuerdo de la Alhambra, de Poesías andaluzas*

La noche como negación del día puede ser el refugio a que acudir con el alma cansada de la lucha cotidiana.

Salve, oh tú, noche serena,
que el mundo velas augusta
y los pesares de un triste
con su oscuridad endulzas.

El arroyuelo a lo lejos
más acallado murmura,
y entre las ramas y el aura
eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras
que las praderas anublan,
y las estrellas apenas
con trémula luz alumbran.
...
Todo suave reposo
en tu calma, ¡oh noche! buscan,
y aún las lágrimas tus sueños
al desventurado enjugan.

Oh qué silencio, ¡oh qué grata
oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
en sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho
el ronco graznar se escucha,
que el magnífico reposo,
interrumpe de las tumbas.
...
Oh salve, amiga del triste,
con blando bálsamo endulza
los pesares de mi pecho,
que en ti su consuelo buscan.

JOSE DE ESPRONCEDA, *A la noche*

La misma significación tiene el canto a la montaña inaccesible. Dada la falsedad de la sociedad en que le toca vivir, el poeta sueña en hallar allí y sólo allí, la verdad y la pureza.

Naciera yo, naciera en las montañas
yo que admiro su mística belleza,
más cercano de ti, naturaleza,
con tu luna, tu sol, tu inmensidad.

Y salvando las breñas y torrentes,
de las fieras salvajes al bramido,
no hubiera con su aliento corrompido
un falleciente ser la sociedad.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA,
de Poesías

Paisaje dinámico. *Amantes de la naturaleza en su libertad máxima, sin doblegarse al capricho del hombre, los románticos gustan de la tormenta en todas sus modalidades.*

El viento zumbaba y hacía crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones azotando los vidrios de las ventanas y de cuando en cuando la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubría.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*El miserere,*» *Leyendas*

Otras veces la tempestad adquiere un matiz mitológico. Fuerzas divinas agitan y revuelven el espacio con tremenda fuerza.

Relámpago rápido
del cielo las bóvedas
con luz rasga cardena
y encima descúbrese
jinete fantástico
quizá el genio indómito
de la tempestad.

De cien truenos juntos retumbe el fragor
en bosques, montañas, cavernas, torrentes:
quizá son del miedo los genios potentes
que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos,
y tronchando añosos árboles,
irresistible su ímpetu,
teñida en colores lívidos,
gigante forma flamígera
cabalga en el huracán.
Quizá el genio de la guerra,

cuya frente torna sola
con roja vaga aureola
el relámpago fugaz.

Aquí retiemble la tierra,
allí rebrama la mar,
altísima catarata
zumba y despeñase allá:

Allí torrente de lava
lanza mugiente volcán,
aquí generosa tromba
se agita en la tempestad.

Y agua, fuego, peñas, árboles
ávida sorbe al pasar.
Allí colgada la luna,
con torva, cardena faz,
triste, fatídica, inmóvil
en la inmensa oscuridad,
más entristece que alumbra
cual lámpara sepulcral....

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

La noche es oscura. El viento muge y silba, sacudiendo las gigantescas ramas del boabab de las selvas. Los genios blanden sus cardenas espadas de fuego sobre las nubes, en que se los ve pasar cabalgando. El trueno retumba, dilatándose de eco en eco en los abismos de las cordilleras. La lluvia azota el penacho de las palmas, y confundiéndose con los sordos mugidos de la tormenta, el prolongado lamento del vendaval y el temoroso murmullo de las hojas del bosque, se escucha por intervalos un rugido lejano, ronco y estridente, que parece formarse en la cavidad de un pecho de bronce.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*El caudillo de las manos rojas,*» *Leyendas*

A veces los objetos adquieren movimiento—vida.

Las luces, como antorchas funerales,
lánguida luz y cárdena esparcían,
y en torno en movimientos desiguales
las sombras se alejaban o venían:
arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
urnas allí y estatuas se veían,
rotas columnas, patios mal seguros,
yerbosos, tristes, húmedos, oscuros,
todo vago quimérico y sombrío,
edificio sin base ni cimiento
ondula cual fantástico navío
que anclado mueve borrascoso viento.
. . .
Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros,
. . .
y otras calles, otras playas
reconoce y otra ciudad,
y ve fantásticas torres
de su eterno pedestal
arrancarse, y sus macizas
negras masas caminar,
apoyándose en sus ángulos
que en la tierra, en desigual,
perezoso tronco fijan:
. . .
palacios, templos, se cambian
en campos de soledad,
y en un yermo y silencioso,
melancólico arenal,
sin luz, sin aire, sin cielo
perdido en la inmensidad.
. . .
La calle parece se mueve y camina,
faltarle la tierra sintió bajo el pie;

sus ojos la merta mirada fascina
del cristo que intensa clavada está en él.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*

La velocidad, fenómeno atractivo; lo que queda a los lados se confunde, se hace borroso—como en un sueño.

El corcel corría, corría sin detenerse, y árboles, rocas, castillos y aldeas pasaban a su lado como una exhalación. Nuevos y nuevos horizontes se abrían ante su vista; horizontes que se borraban para dejar lugar a otros más y más desconocidos. Valles angostos, erizados de colosales fragmentos de granito que las tempestades habían arrancado de la cumbre de las montañas; alegres campiñas cubiertas de un tapiz de verdura y sembradas de blancos caseríos; desiertos sin límites, en donde hervían las arenas calcenadas por los rayos de un sol de fuego; vastas soledades, llanuras inmensas, regiones de eternas nieves, donde los gigantescos témpanos asemejaban, destacándose sobre un cielo gris y oscuro, blancos fantasmas que extendían sus brazos para asirlo por los cabellos al pasar: todo esto, y mil y mil otros casos que yo no podré deciros, vio en su fantástica carrera hasta tanto que envuelto en una niebla oscura, dejó de percibir el ruido que producían los cascos del caballo al herir la tierra.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*Creed en Dios,*» *Leyendas*

Caminar entre sombras es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras
en el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando a la verdad mil conjeturas,

veía a lo lejos, desde el coche,
agitarse sin fin cosas oscuras,
y en torno, cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua a un lado, al otro, frío!. . .
¡Lamentos de la máquina espantosos
que agregan el terror y el desvarío
a todos estos limbos misteriosos!. . .
¡Las rocas, que parecen esqueletos!. . .
¡Las nubes con entrañas abrasadas!. . .
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!. . .
¡El horror que hace grande los objetos!. . .
¡Claridad espectral de la neblina!
¡Juegos de llama y humo indescriptibles!. . .
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes. . ., límites inciertos!. . .
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!. . .
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas!. . .
¡Acá lo turbio. . ., allá lo indiscernible. . .,
y entre el humo del tren y las tinieblas,
aquí una cosa negra, allí otra horrible!

RAMON DE CAMPOAMOR, *El tren expreso*

El Amor

En sus amores debía aspirar el poeta a un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amaba a una mujer con delirio, imaginando ver en ella a la maga de sus sueños, a la paloma del diluvio, a la rosa de Jericó; mas al cabo debía *palpar la realidad,* conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle, y *llorar sus ilusiones perdidas,* ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose a los pies de los altares y entonando plegarias a la Virgen y a Jesucristo.

JUAN VALERA

El ideal. *Lo más importante de la mujer para el romántico son los ojos. En la línea de Lope de Vega se admira a menudo el color verde. En Bécquer ese color corresponde casi siempre a la mujer peligrosa.*

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes, como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano....

...Una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos... ¡Verdes!

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo del sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
«Los ojos verdes,» Leyendas

Que aparecen tus pupilas,
húmedas, verdes e inquietas,
tempranas hojas de almendro
que al soplo del aire tiemblan.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XII

Los azules en cambio indican pureza y candor.

¿Cómo serán sus ojos? ...Deben de ser azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son

tan expresivos, tan melancólicos, tan.... Sí..., no hay duda; azules deben de ser; azules son, seguramente.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
«El rayo de luna,» Leyendas

Despierta, miras, y al mirar, tus ojos
húmedos resplandecen
como la onda azul, en cuya cresta
chispeando el sol hiere.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XXIV

Tu pupila es azul, y cuando ríes
su claridad suave me recuerda
el trémulo fulgor de la mañana
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras
las transparentes lágrimas en ella
se me figuran gotas de rocío
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo
como un punto de luz radia una idea,
me parece en el cielo de la tarde
¡una perdida estrella!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XIII

¿Qué es poesía?—dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul—.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía. . . eres tú.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XXI

Como resumen de la admiración física estalla el sentimiento. Es difícil decir en menos palabras lo que significa para el poeta Bécquer ese encuentro.

Hoy la tierra y el cielo me sonríen;
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto, la he visto y me ha mirado,
¡hoy creo en Dios!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XVII

El vulgo llama «amor romántico» al que se refiere más al espíritu que a la materia; por ejemplo, el que describe Carolina Coronado en uno de los pocos ejemplos que tenemos de lo que pensaban «ellas.»

Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
espíritu de luz, y agua formado,
tú de mi corazón eres amado,
sin recordar en tu figura al hombre.

Angel eres, tal vez, a quien no veo
ni lograré jamás ver en la tierra;
pero sin verte en tu existencia creo,
en adorarte mi placer se encierra.

CAROLINA CORONADO, *El amor de los amores, de Poesías*

Bécquer a la hora de elegir no vacila. Quizá intuye que el único amor que no lleva en sí mismo la desilusión posterior es el que no existe físicamente.

Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena,
¿a mí me buscas? —No es a ti, no.

Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternuras guardo un tesoro
¿a mí me llamas? —No; no es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte. . . . —¡Oh, ven; ven tú!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *Rima XI*

Con el espíritu o con el recuerdo, el amor está ahí presente en todos los días de nuestra vida.

¿Quieres saber lo que es el amor? Recógete dentro de ti misma y si es verdad que lo abrigas en tu alma, siéntelo y lo comprenderás, pero no me lo preguntes.

Yo solo te podré decir de él que es la suprema ley del universo; ley misteriosa por la que todo se gobierna y rige, desde el átomo inanimado hasta la criatura racional; que de él parten y a él convergen, como a un centro de irresistible atracción, todas nuestras ideas y acciones; que está aunque oculto, en el fondo de toda cosa y efecto de una primera causa: Dios; es a su vez, origen de esos mil pensa-

mientos desconocidos que todos ellos son poesía, poesía verdadera y espontánea que la mujer no sabe formular, pero que siente y comprende mejor que nadie.

MARIANO JOSE DE LARRA, *El doncel de don Enrique el Doliente*

Así nace y se desarrolla en los amantes más famosos de nuestra historia—los de Teruel—paralelo a su vida natural.

Yo creo que al darme el ser
quiso formar el Señor
modelos de puro amor
un hombre y una mujer.

Y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dio un alma en dos partida
y dijo «Vivid y amad.»

Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos
y ambos los ojos abrimos
en un día y una hora.

Desde los años más tiernos
fuimos ya finos amantes;
desde que nos vimos. . .antes
nos amábamos sin vernos;
porque el amor principió
a enardecer nuestras almas
al contacto de las palmas
de Dios cuando nos crió;
y así fue nuestro querer
prodigioso en niña y niño,
encarnación del cariño
anticipado al nacer. . . .

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, *Los amantes de Teruel, Acto I*

El ser humano vive mientras está en pie la adorada y, al desaparecer ella, su existencia no tiene razón de ser. Romeo y Julieta necesitaron del puñal y el veneno para terminar una vida ya sin objeto; a los amantes de Teruel les basta con «dejarse morir.»

ISABEL:

. . . No le mató la vengativa mora,
donde estuviera yo, ¿quién le tocara?
Mi desgraciado amor que fue su vida . . .
mi desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije: «Te aborrezco»;
él creyó la sacrílega palabra
y expiró de dolor.

MARGARITA:

¡Por todo el cielo!

ISABEL:

El cielo que en la vida nos aparta,
nos unirá en la tumba.
. . . Mansilla
un lugar a su lado me señala.
. . . Mi bien perdona
mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fui, tuya soy; en pos del tuyo
mi enamorado espíritu se lanza.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, *Los amantes de Teruel, Escena última*

Y Larra, al hacer una entusiasta crítica de la obra, se indigna contra los posibles escépticos.

Y si oyese [el autor] el cargo vulgar de que el amor no mata a nadie, responda que las pasiones y las penas han llenado más cementerios que los médicos y necios, y aún será mejor que a ese cargo

no responda, porque el que no lleva en su corazón la respuesta no comprende ninguna.

MARIANO JOSE DE LARRA, «*Crítica a Los amantes de Teruel*»

De todas maneras no importa, porque el amor auténtico no se detiene por el accidente de la muerte. El diálogo seguirá en el Más Allá.

Allí donde el sepulcro que se cierra
abre una eternidad...
todo cuanto los dos lo hemos callado
lo tenemos que hablar....

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *Rima XXXVII*

Podrá nublarse el sol eternamente;
podrá secarse en un instante el mar;
podrá romperse el eje de la tierra
como un débil cristal.

¡Todo sucederá! Podrá la muerte
cubrirme con su fúnebre crespón;
pero jamás en mí podrá apagarse
la llama de tu amor.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

La pasión. *El «otro» amor romántico es el que en vez de dejarse morir, no vacila en matar.*

Hay un amor tirano, hay un amor que mata; un amor que destruye y anonada como el rayo el corazón en donde cae, que rompe

y aniquila la existencia y que es tan fácil de encerrar en fin, en lo profundo del pecho, como es fácil encerrar en una vasija esos rayos de sol que nos alumbra.

MARIANO JOSE DE LARRA, «*Crítica a Los amantes de Teruel*»

Gil y Zárate dará dos muestras de este sentimiento. Habla el hombre en una de sus obras...

RODRIGO:

No; que harto dije ya: fuera del pecho
este ardiente volcán; fuerza es que salga.
Escúchame Florinda. Yo te adoro.
¿Y quién al verte, de amorosa llama
no se siente abrasar? ¿No ves cual corren
todos ansiosos a admirar tus gracias,
a encenderse en tu amor? ...¡Y que! ¡Yo sólo
habría de negarme a idolatrarlas!
No pienses ¡ay! que esta pasión ardiente
fácil triunfa de mí; no, sofocarla
quise, y en vano; cuanto más con ella
lucha mi triste pecho, más me abrasa,
pero ¿a qué resistir?...

GIL Y ZARATE, *Rodrigo, Acto II*

...y la mujer en otra.

MATILDE:

Jamás con mayor violencia
amor un pecho inflamó,
ni su loca vehemencia
más fiero estrago causó;
que no es amor, es demencia,
no sois mi amante en rigor,

sois mi dueño, mi señor,
que cual sierva humilde imploro;
y por decirlo mejor,
sois el Dios a quien adoro.
Os veo, y naturaleza
a desaparecer empieza;
pierde el cielo su arrebol,
no tiene el campo belleza,
ni rayos el mismo sol;
bien puede silbar el viento,
bien puede rugir el mar,
y tronar el firmamento. . . .
. . .
Si entonces llegáisme a hablar,
oigo sólo vuestro acento;
y ese acento me estremece,
y siento que al escucharlo
mi espíritu desfallece,
y sin poder remediarlo
me subyuga y me enloquece,
tierna flor, por solo estar
en vuestro pecho una hora,
me consentí marchitar,
pudiéndome aún mirar
del pensil reina y señora.

GIL Y ZARATE, *Matilde, Acto II*

En la escena de amor más popular del teatro español, los protagonistas oscilarán entre lo espiritual y lo material, entre el alma y la pasión carnal.

DON JUAN:

Cálmate, pues, vida mía;
reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.

¡Ah! ¿No es cierto, angel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?

Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;

esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?

Esa armonía que el viento
recoge entre esos millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento;
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor
de sus copas morador,
llamando al cercano día,
¿no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?

Y estas palabras que están
filtrando insensiblemente
tu corazón, ya pendiente
de los labios de don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior
un fuego germinador
no encendido todavía,
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?

Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas
convidándome a beberlas,
evaporarse a no verlas
de sí misma al calor,
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
¿no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?

¡Oh! Sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escucharme sin enojos
como lo haces, amor es;
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando, vida mía,
la esclavitud de tu amor.

DOÑA INES:

Callad, por Dios, ¡oh!, don Juan,
que no podré resistir
mucho tiempo sin morir
tan nunca sentido afán.

¡Ah! Callad, por compasión,
que oyéndoos, me parece
que mi cerebro enloquece
y se arde mi corazón.

¡Ah! Me habéis dado a beber
un filtro infernal, sin duda,
que a rendiros os ayuda
la virtud de la mujer.

Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto
que a vos me atrae en secreto
como irresistible imán.

Tal vez Satán puso en vos
su vista fascinadora,
su palabra seductora
y el amor que negó a Dios.
¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!
sino caer en vuestros brazos,
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?

No, don Juan, en poder mío
resistirte no está ya;
yo voy a ti, como va
sorbido al mar ese río.

Tu presencia me enajena;
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.

¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
arráncame el corazón
o ámame porque te adoro.

DON JUAN:

¡Alma mía! Esa palabra
cambia de modo mi ser,
que alcanzo que puede hacer
hasta que el Edén se me abra.

No es, doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios, que quiere por ti
ganarme para El quizás.

No; el amor que hoy se atesora
en mi corazón mortal,
no es un amor terrenal
como el que sentí hasta ahora;
no es esa chispa fugaz
que cualquier ráfaga apaga;
es incendio que se traga
cuanto ve inmenso, voraz.

Desecha, pues, tu inquietud,
bellísima doña Inés,
porque me siento a tus pies
capaz aún de la virtud.

Sí; iré mi orgullo a postrar
ante el buen Comendador,
y, o habrá de darme tu amor
o me tendrá que matar.

DOÑA INES:
¡Don Juan de mi corazón!

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio, Acto IV*

Amores así no toleran obstáculos a su camino. La educación moral se olvida como se olvida la religiosa. El protagonista del cuento de Bécquer se enfrenta decidido con la posible condena eterna.

—. . .¿Querrás que de crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh, no! Háblame. Yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer.

—O un demonio. . . . ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante, un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en

las de aquella mujer, y, fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

—Si lo fueses. . . te amaría. . . te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
«Los ojos verdes,» Leyendas

Toda la tradición española de respeto a la Iglesia tiene poca importancia ante el amor desbocado. Don Juan rapta a la novicia doña Inés del convento. El trovador *quiere convencer a la monja Leonor para que huya con él.*

No, Leonor; tus votos indiscretos
no complacen a Dios; ellos le ultrajan.
¿Por qué temes? Huyamos; nadie puede
separarme de ti. . . . ¿Tiemblas? ¿Vacilas?
. . . ¿Y tiemblas sí, de abandonar las aras
donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste a Dios? ¡Pues qué! ¿No fueras
antes conmigo que con Dios perjura?

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,
El trovador, Jornada III

Cuando el amor acaba. El romántico podía enfrentarse sin miedo con la muerte del hombre o de la mujer enamorados porque creía que el sentimiento superaba esa prueba. Pero cuando era el mismo amor el que moría. . . .

Puede ser sencillamente la frivolidad de ella al terminar con el juego.

¡No me admiró tu olvido! Aunque un día
me admiró tu cariño mucho más,
porque lo que hay en mí que vale algo,
eso. . . ¡ni lo pudiste sospechar!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XXXV

Otras veces es un resumen en que el poeta sale perdiendo.

Nuestra pasión fue un trágico sainete
en cuya absurda fábula
lo cómico y lo grave confundidos
risas y llantos arrancan.

Pero fue lo peor de esta historia
que, al fin de la jornada,
a ella tocaron lágrimas y risas,
y a mí sólo las lágrimas.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XXXI

Pero la tragedia es mayor cuando hay engaño.

Me ha herido recatándose en las sombras,
sellando con un beso su traición,
los brazos me echó al cuello y por la espalda
partióme a sangre fría el corazón.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima XLVI

La Edad Media

No podemos negar que al tomar la pluma para describir algún objeto de la Edad Media se apodera de nosotros un venerable entusiasmo. Sobre todo cuanto tiene referencia con la caballería suspende de antemano la fantasía y excita algún sentimiento de ternura en el corazón.

RAMON LOPEZ SOLER

El amor a la Edad Media tiene facetas diversas. Una puede ser el recuerdo de lo nacional en la gran empresa de la Reconquista.

¡Oh, cuán sencillos tiempos!
¡Cuán grata es su memoria!
¡Cuán dulce y cuán sabroso
oír en nuestra edad
las mágicas leyendas
de su olvidada historia,
sus crónicas sacando
de añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones
regida y dominada,
guiada por dos astros:
la gloria y el amor.
La España por aquélla
de moros rescatada,
por éste la hermosura
corona del valor.

La edad de los prodigios,
la edad de las hazañas
sin duda fue: nosotros
de corazón sin fe
sus crónicas leemos
llamándolas patrañas,
y en ella es donde el dedo
del Criador se ve.

Entonces juntamente
sin crimen invocaba
su Dios y sus pasiones
el rudo corazón,
y el cielo justo a oírle
tal vez no se negaba
porque mezclaba rudo
la fe con la pasión.

JOSE ZORRILLA, *La azucena silvestre, de Obras*

Los héroes están entre nosotros; no hace falta buscarlos en los mitos clásicos.

¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
hazañas busca en la remota historia?
Para asombrar a la futura gente
¿no basta acaso la española gloria?
Cuando virtud y honor tu lira intente
eternizar del mundo en la memoria,
los campos corre de la madre España,
y cada monte te dirá una hazaña.

VENTURA DE LA VEGA, *Canto al R.N.S.,*
de Prólogo al Conde de Candespina

La epopeya comenzó con la invasión árabe, un episodio de sombría belleza para el escritor.

Es un huracán de Africa que barre ejércitos como polvo; guadaña de la muerte que hoy viene segando imperios como ayer segaba cabezas; remolino del mar que se traga naciones como naves. Un puñado de sarracenos ha concluído en un día con la España visigoda. ¡Doce mil musulmanes contra cien mil godos! ¡Yo los vi! ¡Yo los vi! De Toledo acudí a Córdoba, de Córdoba a Sidonia y sólo pude alcanzar el estertor de un pueblo en agonía. ¡Yo los vi! Revueltos en el torbellino, gentes cuyo idioma y religión no tienen entre sí la menor semejanza, berberiscos y godos, árabes y romanos, los de oriente y occidente, los del norte y los del sur, día y noche han peleado sin errar el golpe ni en el furor de las batallas ni en el horror de las tinieblas. ¡Arabes y moros! ¡Ah! Su rostro atezado espanta, sus ojos despiden centellas, su sonrisa diabólica fascina, respiran fuego, arma ofensiva parece su gesto; con brazo nervudo esgrimen curvo alfanje y antes se cansa el acero de herir que el brazo de matar. De cuño semejante sus corceles, tales caballos para tales hombres: secos, duros,

ferocísimos como ellos. Ligeros como el viento relinchan alegres al eco del clarín y se lanzan al combate dejando atrás al viento en su carrera. Tigres sedientos de sangre, parecen animados del espíritu del jinete y se embriagan con el triunfo y no desmayan en la derrota. No penséis, Munio, que esas hordas salen allá de páramos helados buscando dulce clima, fértiles campos, vergeles y palacios; no vienen, como los godos, a trocar pieles por túnicas de lino, pedregales por jardines, ni carros ni tiendas de campaña por termas, alcázares y coliseos. Su semblante aterra; pero su atavío encanta. Cuando el viento de la lid ondea su manto, parecen espíritus alados que baten en bandadas su plumaje de mil colores. Esos hombres no buscan los perfumes porque vienen de la Arabia saturada de fragancia; ni perlas ni oro, porque emigran del oriente cuajados de esmeraldas y diamantes. No pelean por territorios porque nacieron ayer y hoy son dueños del Africa y del Asia. Combaten por combatir, pelean por matar; su vida es la guerra; su galardón la muerte en la batalla. Atila fue el azote de Dios contra los romanos; ellos son el azote de Dios contra los hijos de Atila. No hay remedio, Munio. Cuando pasa rodando el terreno, las más soberbias fábricas se derrumban; cuando suena el fragor del incendio, los tesoros mismos de la ciencia sirven de pábulo a las llamas; cuando llega la inundación, entre lodo ruedan los ídolos y altares. El mundo no se puede pasar sin bárbaros; cuando los godos del septentrión se civilizan, tienen que venir del sur los musulmanes.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA,
Amaya o los vascos en el siglo VIII

La canta también Espronceda.

Retumba el valle: al golpe repetido
sobre las armas de la hendiente espada,
salta el arnés al suelo sacudido,
la cimera gentil gime abollada:
no más veloz, cuando el metal ardido
labra el martillo en la caverna ahumada,
sobre el fornido yunque horrendo bate,
y forja el fiero rayo del combate.

Hombres con hombres con furor se estrellan
con golpes reciamente redoblados,
lo arrasan todo y todo lo atropellan,
hienden, rajan, destrozan irritados;
armas, muertos, caballos, carros huellan
con espantoso estruendo derribados:
yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
envuelve el Guadalete juntamente.

Así en recio rumor bramando el viento
en las hondas cavernas de la tierra,
a deshora con ímpetu violento
rompe la cárcel que su furia encierra;
retiembla al choque el duradero asiento
en que el orbe firmísimo se aferra,
abre su abismo el mar, su estrago cunde,
e imperios al no ser súbito hunde.

En confusa revuelta la batalla,
todos ardiendo en ira se encarnizan,
vuela en pedazos la rompida malla,
crudos golpes los cuerpos martirizan;
no hay ceder, no hay calmar; innoble valla
cruzados hierros mil contínuo erizan:
hiérense, a herirse tornan y desprecian
la muerte, hirviendo en cólera, y arrecien.

JOSE DE ESPRONCEDA, *Batalla del Guadalete*

Cuando llega otra invasión—la francesa—habrá que recordar como estímulo a los héroes medievales españoles.

¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
ved del Tercer Fernando alzarse airada
la augusta sombra. Su divina frente

mostrar Gonzalo en la imperial Granada,
blandir el Cid la centelleante espada,
y allí sobre los altos Pirineos
del hijo de Jimena
animarse los miembros gigantescos
en torvo ceño y desdeñosa pena.
Ved cómo cruzan por los aires vanos
y el valor exhalando que se encierra
dentro del hueco de sus tumbas frías
en fiera y ronca voz pronuncia, ¡guerra!

MANUEL JOSE QUINTANA, *Al dos de mayo*

La expedición contra la morisma—la algara—era un espectáculo de luz y de color: nobles y pueblo unidos en la misma empresa.

Apenas rayaba en el cielo la primera luz del alba, cuando empezó a oírse por todo el campo de Gómara la aguda trompeta de los soldados del conde, y los campesinos que llegaban en numerosos grupos de los lugares cercanos vieron desplegarse al viento el pendón señorial en la torre más alta de la fortaleza.

Unos sentados al borde de los fosos, otros subidos en la copa de los árboles, éstos vagando por la llanura, aquéllos coronando las cumbres de las colinas, los de más allá formando un cordón a lo largo de la calzada, ya haría cerca de una hora que los curiosos esperaban el espectáculo, no sin que algunos comenzaran a impacientarse, cuando volvió a sonar de nuevo el toque de los clarines, rechinaron las cadenas del puente, que cayó con pausa sobre el foso y se levantaron los rastrillos, mientras se abrían de par en par y gimiendo sobre sus goznes las pesadas puertas del arco que conducía al patio de armas.

La multitud corrió a golpearse en los ribazos del camino para ver más a su sabor las brillantes armaduras y los lujosos arreos del séquito del conde de Gómara, célebre en toda la comarca por su esplendidez y sus riquezas.

Envueltos en la nube de polvo que levantaban sus caballos y lanzando chispas de luz de sus petos de hierro, pasaron los hombres

de armas del castillo formados en gruesos pelotones, que semejaban a lo lejos un bosque de lanzas.

Por último, precediendo de los timbaleros, que montaban poderosas mulas con gualdrapas y penachos, rodeado de sus pajes, que vestían ricos trajes de seda y oro y seguido de los escuderos de su casa, apareció el conde.

Al verle, la multitud levantó un clamor inmenso para saludarle, y entre la confusa vocería se ahogó el grito de una mujer, que en aquel momento cayó desmayada y como herida de un rayo en los brazos de algunas personas que acudieron a socorrerla. Era Margarita que había conocido a su misterioso amante en el muy alto y muy temido señor conde de Gómara, uno de los más nobles y poderosos feudatarios de la corona de Castilla.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
«La promesa,» Leyendas

El ambiente del campamento medieval y sus personajes es reflejado por Bécquer y el Duque de Rivas.

Aquí descansaban algunos señores de las fatigas del combate, sentados en escaños de alerce a la puerta de sus tiendas y jugando a las tablas, en tanto que sus pajes les escanciaban el vino en copas de metal; allí algunos peones aprovechaban un momento de ocio para aderezar y componer sus armas rotas en la última refriega; más allá cubrían de saetas un blanco los más expertos ballesteros de la hueste, entre las aclamaciones de la multitud, pasmada de su destreza, y el rumor de los tambores, el golpear del hierro contra el hierro, los cánticos de los juglares, que entretenían a sus oyentes con la relación de hazañas portentosas, y los gritos de los farautes, que publicaban las ordenanzas de los maestres de campo, llenando los aires de mil y mil ruidos discordes, prestaban a aquel cuadro de costumbres guerreros una vida y una animación imposible de pintar con palabras.

. . .

. . . Había un extraño personaje, mitad romero, mitad juglar, que ora recitando una especie de letanía en latín bárbaro, ora diciendo una bufonada o una chocarrería, mezclaba en su interminable relación chistes capaces de poner colorado a un ballestero con oraciones devotas, historias de amores picarescos con leyendas de santos. En las inmensas alforjas que colgaban de sus hombros se hallaban revueltos y confundidos mil objetos diferentes: cintas tocadas en el sepulcro de Santiago, cédulas con palabras que él decía ser hebraicas, las mismas que dijo el rey Salomón cuando fundaba el templo y las únicas para libertarse de toda clase de enfermedades contagiosas; bálsamos maravillosos para pegar a hombres partidos por la mitad; evangelios cosidos en bolsitas de brocatel, secretos para hacerse amar de todas las mujeres, reliquias de los santos patronos de todos los lugares de España, joyuelas, cadenillas, cinturones, medallas y otras muchas baratijas de alquimia, de vidrio y de plomo.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
«La promesa,» Leyendas

Entre las estampas medievales, no podía faltar la del hechicero.

Por aquel tiempo se mostró en Castilla
un extraño y famoso personaje,
dálmata de nación, de noble aspecto,
astrólogo sublime y nigromante.

Europa estaba de su nombre lleno,
y corriendo sus varias capitales,
después de haber en Africa y Asia
dado fin a larguísimos viajes;

hizo de su saber pasmosas pruebas,
predijo con acierto a casos graves,
y ganó cuantiosísimo tesoro,
vendiendo raras drogas y brebajes.

. . . Unas veces tenaz se desdeñaba
de hacer un vaticinio, aunque rogarle
viera a sus pies a un príncipe, mas otras
vaticinaba sin pedirlo nadie.

Curaba con ensalmos las heridas,
y como por milagro enfermedades
de iminente peligro; ya exigiendo
sumas extraordinarias, y de balde

acaso regalaba generoso
amuletos, reliquias, talismanes,
y armas forjadas bajo tal aspecto,
de temples encantados y metales;

y tal vez codicioso las vendía,
exigiendo crecidas cantidades.
Irregular en fin y caprichoso,
y de contradicciones y contrastes,

tan lleno se mostraba, que imposible
era el saber de fijo su carácter,
ni el modo de lograr su amor y estima
ni el modo de tenerle y de obligarle.

DUQUE DE RIVAS, *El moro expósito*

A veces la lucha medieval era fraticida. Cristianos contra cristianos. Guerra civil en Castilla. . .

Iluminaba la luna las altas torres del castillo de Castelar, situado a corta distancia de Zaragoza, una apacible noche de las más templadas del mes de junio; sólo un centinela interrumpía con el ruido de sus pasos y el crujir de las armas el profundo silencio que reinaba en torno de la fortaleza, en tanto que el alcaide y la guarnición reposaban descuidados, pues no era de temer en el corazón del reino un ataque imprevisto.

Así lo pensaba también, sin duda, la ilustre cautiva que en él se encerraba entonces; y la siguiente conversación nos hará juzgar del desaliento y dolor a que se había entregado.

—Déjame, Leonor; déjame llorar; en esto sólo encuentro alivio.

—¿Alivio, señora? Vuestra Alteza destruye su salud.

—Y ¿qué me importa la salud ni la vida? ¿Para qué la quiero si he de pasar mis días en este miserable encierro?...

—El corazón me dice que no hemos de tardar en ver a León.

—¡A León! ¿A León, Leonor? ¡Pluguiera a Dios! Pero no lo creo.

—Vuestra Alteza pierde el ánimo, Señora, y olvida que sus leales castellanos viven....

—¿Leales los castellanos? Traidores: abandonan a su Reina y natural Señora para entregarse a mi marido, mejor diré a mi tirano.

—Aún hay castellanos que aborrecen a Alfonso....

¡Cobardes! Y ¿por qué no desnudan el acero?

—No es tarde, señora.

¿No es tarde y yo estoy cautiva? Leonor, tú has nacido para ser esclava.

—Perdone Vuestra Alteza, Señora, pero no puedo revolverme a creer que no haya uno entre tantos como hacían alarde de adorar a su reina como tal y como a la más cumplida dama....

—Leonor, me adulas.

—Vuestra Alteza sabe mejor que yo que no es lisonja lo que digo, y que los encantos de su persona han hecho acaso más vasallos que su poder.

—Verdad es que dicen que ha querido Nuestro Señor poner en mí algo de eso que llaman belleza; pero tú exageras la causa y los efectos.

—¡Ah! Señora, si estuviera aquí un caballero de Castilla, ¡qué bien respondería!

—¿Un caballero de Castilla?

—...Es don Gómez.

—¿El Conde de Candespina?

—El mismo.

¡Ah!

...

Concluídos los preparativos para la marcha, rompió su movimiento el escuadrón escogido, llevando en medio la preciosa litera. Verdaderamente era un magnífico espectáculo ver a aquellos guerreros cubiertos de fortísimas y brillantes armaduras, montados en soberbios bridones andaluces y ostentando en la diversidad de colores de los pendones, de las lanzas y de las bandas que adornaban las bruñidas corazas, las diferentes inclinaciones de sus damas, marchar con admirable concierto y uniformidad, como si todos fueran parte de una sola máquina, cuyo resorte principal fuese la voluntad de su caudillo. Flotaban a merced de los vientos las amarillas y negras plumas que adornaban la cimera del casco de éste; el fogoso alazán que montaba, pareciendo sentir el gozo de su amo y envanecerse con sus triunfos, marchaba con la cerviz erguida, hinchado el fuerte pecho, sentado apenas las manos en la tierra y cubriéndose a sí mismo de blanca espuma. La Reina manifestaba en lo placentero del semblante cuál era su interior contente; y la dirección de todos los morriones indicaba que el objeto exclusivo a que atendía aquella tropa de leales era la misma doña Urraca.

PATRICIO DE LA ESCOSURA, *El conde de Candespina*

. . . o castellanos contra aragoneses.

¿Y qué, exclamó al fin, dejárme abatir por la fortuna mientras hay tantos que conspiran a la par para eclipsar mi nombre y oscurecer los timbres que esclarecen mi familia? Antes que tal suceda preciso será que corra la sangre de los Arnaldos y Pimenteles: preciso será que se agite un dogal o brille un hacha en cada esquina para acabar con esa raza de perros que siguen las bandas del infante de Aragón. Voto a bríos que les he de acabar los pasos como un viejo lebrel, y si no bastan los escuadrones que les hicieron comer tanta tierra en la batalla de Olmedo, las yerbas han de bastar y los agudos puñales. ¿Qué se me da a mí verles expirar en el combate o sacudiendo las piernas al compás de lenta agonía mientras el cuerpo les cuelgue del extremo de una soga? Aquí soltó ruidosa carcajada, cual si saborease el placer de semejante espectáculo: movió los ojos alegre-

mente por la estancia y un vivo color animó sus tétricas facciones: después continuó su discurso. Está resuelto: sea en dorada copa, en argentado plato, con el hierro de una lanza o respirando el aire fétido de un calabozo, mis enemigos han de perecer. Años hace que los cuervos de estos campos no han envainado sus picos en tan robustos cadáveres; ¡con qué ansia espero ver los de esos mozalbetes de Aragón tendidos para arriba en derredor de mis alcázares y castillos!

La formidable línea de los aragoneses envolvió el centro de los castellanos.... Llénase el suelo de penachos, hierros de lanza, costas de malla, alfanjes corvos y acuchillados broqueles; levántase una nube de polvo sobre el campo y hácenla más densa los vapores de la sangre, el humo de las máquinas que arden y el inflamado aliento de sesenta mil guerreros. Suceden entonces al combate general mil riñas particulares, y la batalla se convierte en duelo; el jefe busca al jefe, el soldado lucha con el soldado, nadie se acuerda ya de vencer, a nadie seducen las ilusiones de la gloria, sólo se pelea para matar o vender cara la existencia porque a todos igualmente hostiga el bárbaro placer de la venganza.

RAMON LOPEZ SOLER, *Los bandos de Castilla o el caballero del cisne*

El peor ejemplo de luchas internas es la de los Trastamara. Pedro I es revindicado. Los admiradores románticos olvidan su crueldad para elogiar su valentía y arrogancia «donjuanesca.» El morir víctima de una traición extranjera añade gloria a su recuerdo.

PEDRO:

¡Mi pueblo... ¡Cuánta arrogancia
tu infame traición te inspira!
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
Tus mercenarios de Francia.
Sí, sí, vosotros señores,
que al compararos conmigo
me teméis por enemigo
porque sois unos traidores,
lo dicho, sí, no me arredro:
¿Por qué no osásteis ninguno

salir al campo uno a uno
a matar al rey Don Pedro?
Porque lo sois, ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias
son como ésta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

ENRIQUE:

Tú eres el bandido, tú.

PEDRO:

Veamos quien de los dos. . . .

ENRIQUE:

Tú, tú, maldito de Dios,
entregado a Belcebú.

(*Luchan.*)

OLIVER:

¿Cayeron entrambos?

BELTRAN:

Sí.

OLIVER:

¿Mas por quién de ellos quedó?

BELTRAN:

Debajo Enrique cayó,
por encima le volví.

RODRIGUEZ:

Y ¿es ésa, infame traidor
[*a Beltrán*]
de caballeros la ley?

BELTRAN:

Ni quito ni pongo rey;
pero ayudo a mi señor.

JOSE ZORRILLA, *El zapatero y el rey, Acto IV*

Pero el rumor de lanzas no siempre significa la guerra. La atención romántica se asomará curiosamente a la fiesta del torneo.

...Volvió entonces el incógnito su caballo y se retiró a esperar la determinación del Mantenedor.... La música guerrera dio la señal de ordenanza y ambos campeones rompieron velozmente su carrera. El choque fue tremendo; se quebraron las lanzas y los fieros cuadrúpedos llegaron a vacilar en su empuje violento. Tomando entonces los combatientes nuevas lanzas, se prepararon para un segundo encuentro.

...En el primer empuje hubo poca ventaja por parte del incógnito, aunque logró asegurar el golpe de su lanza con tanta fuerza y con tanto tino sobre el peto de su adversario que éste llegó a vacilar un breve instante al paso que aquél permanecía inmóvil como una roca.... Los veloces caballos vuelan nuevamente sobre el circo, los combatientes llegan a darse otro terrible encuentro que habría sido muy desgraciado para Ponce de León...si el buen temple de su armadura no hubiese contenido el tremendo golpe de su competidor. Las chinchas, sin embargo, se quebraron, vaciló el caballo, retrocedió y rodó, arrojando a su jinete al medio de la arena.

...Habiendo, pues, vencido a cinco campeones, se paseó bizarramente por la arena, haciendo que su obediente y fiel caballo hiciese varias y graciosas evoluciones. Adelantándose entonces de repente hacia el trono de la Reina, bajó la punta de su lanza e hizo que su brioso alazán se postrase ante ella. Pasando por delante de Leonor de Aquitania, le hizo una graciosa cortesía mientras que una lluvia de cintas de varios colores, de blancos y perfumados guantes y otras muestras de favor cayeron profusamente de las manos del bello sexo como un tributo debido a la bravura y pericia militar.

TRUEBA Y COSSIO, *Gómez Arias o los moros de las Alpujarras*

Un tema tan medieval como el de los judíos no podía faltar en el gusto de los románticos. A veces su drama es visto con simpatía, pero es más corriente la actitud hostil. Bécquer, por ejemplo, usa en relación con el pueblo de Israel todos los tópicos antisemitas.

Al rojizo resplandor de una fogata que proyectaba las sombras de aquel círculo infernal en los muros del templo, había creído que algunos hacían esfuerzos por levantar en alto una pesada cruz, mientras otros tejían una corona con las ramas de los zarzales o afilaban sobre una piedra las puntas de enormes clavos de hierro. Una idea espantosa cruzó por su mente: recordó que a los de su raza los habían acusado más de una vez de misteriosos crímenes; recordó vagamente la aterradora historia del Niño Crucificado, que ella hasta entonces había creído una grosera calumnia inventada por el vulgo para apostrofar y zaherir a los hebreos.

Pero ya no le cabía duda alguna; allí delante de sus ojos, estaban aquellos horribles instrumentos de martirio, y los feroces verdugos sólo aguardaban la víctima.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*La rosa de pasión,*» *Leyendas*

La Orden del Temple atrae la atención del escritor. El templario es caballero, viaja, conoce el lejano Oriente. Su rito está lleno de misterio. He aquí su profesión de fe.

...Cuando ya la oscuridad se derramó por la tierra, el comendador Saldaña y otro caballero vinieron a buscar a don Alvaro, que los aguardaba armado con una riquísima armadura negra con veros de oro, un casco adornado de un hermoso penacho de plumas encarnadas; en la cinta, una espada y puñal con puño de pedrería y calzadas unas grandes espuelas de oro. El que aspiraba entrar en el Temple se ataviaba con todas las galas del siglo para dejarlas al pie de los altares. Condujeron, pues, a don Alvaro ambos caballeros a la hermosa capilla del castillo, a cuya puerta se pararon un momento, llamando en seguida con golpes mesurados y acompasados.

—¿Quién llama a la puerta del templo?—preguntó desde dentro una voz hueca.

—El que viene poseído de celo hacia su gloria, de humildad y de desengaño—respondió Saldaña como primer padrino.

Entonces abrieron las puertas de par en par y presentó a su vista la iglesia tendida de negro, con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde encendidos en el altar. En sus gradas estaba el maestre sentado en una especie de trono rodeado de los comendadores de la Orden, y más abajo, en una especie de semicírculo, se extendían los caballeros profesos, únicos que a esta ceremonia se admitían y que, envueltos en sus mantos blancos, parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos. Don Alvaro, en cuya imaginación ardiente y exaltada hacía gran impresión este aparato, atravesó por medio de ellos acompañado de sus dos ancianos padrinos y fue a arrodillarse ante las gradas del trono del maestre. Extendió éste su cetro ante él y le preguntó sus deseos. Don Alvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: «El que quiera ser de mi grey, tome su cruz y sígame,» yo, aunque indigno y pecador, he aspirado a tomar la del templo de Salomón para seguirla.

—Grave es la carga para vuestros hombros jóvenes— respondió el maestre con voz reposada y sonora.

—El Señor me dará fuerzas para llevarla, como me ha dado resolución y valor para pedirla a pesar de mis culpas—respondió el neófito.

...Arrodillóse...don Alvaro sobre un cojín de terciopelo negro con flecos y borlas de oro y, desarrollando un gran pergamino que tenía por cabeza la cruz del Temple en campo de oro y, a la luz de una bujía con que alumbraba Saldaña, leyó su profesión, concebida en estos términos:

—Yo, don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre y de las montañas del Boeza, prometo obediencia ciega al maestre de la Orden del Templo de Salomón y a todos los caballeros constituídos en dignidad; castidad perpetua, y pobreza absoluta. Prometo, además, guardar riguroso secreto sobre todos los usos, ritos y costumbres de esta religión; procurar su honra y crecimiento por todos los medios que no estén reñidos con la Ley de Dios y sobre todo trabajar sin tregua en la conquista de la Jerusalén celestial. Prémieme Dios en proporción de mis obras y vosotros como delegados suyos.

Entonces los padrinos comenzaron a desarmarle y, los circunstantes a cantar el salmo *Nunc dimitis servum tuum, Domine* con voces vigorosas y solemnes. Calzáronle espuelas de acero y de acero bruñido también fueron las grebas, peto, espaldar y manoplas con que sustituyeron su armadura; por último le ciñeron una espada de Damasco y le pusieron en la cinta un puñal buído de fino temple, pero sin ningún género de adorno. Echáronle por fin el manto blanco de la

Orden y entonces le vendaron los ojos, en seguida de lo cual se postró en el suelo mientras la congregación cantaba los salmos penitenciales con que los cristianos se despiden de sus muertos. Acabóse por fin el cántico. . . y entonces sus padrinos acudieron a levantarle y le destaparon los ojos. . . . Las colgaduras negras estaban recogidas y los altares todos resplandecían con infinitas antorchas: el aire estaba embalsamado con delicioso incienso que en vagos e inciertos festones se perdía entre los arcos y columnas y los caballeros todos tenían en las manos velas blanquísimas de cera encendida. En cuanto descubrieron a don Alvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el salmo *Magnificat anima mea Dominum,* durante el cual, conducido por sus padrinos, fue abrazando a todos sus hermanos y recibiendo de ellos el ósculo de paz y fraternidad.

ENRIQUE GIL Y CARRASCO, *El señor de Bembibre*

Espronceda canta la vuelta del cruzado.

En tanto el guerrero que el cántico oía,
con fuerza en las puertas su lanza chocó,
y allá en las almenas, al punto el vigía
«¿Quién llama a estos muros?» audaz preguntó.

«Asilo en la noche desea un guerrero
que errante camina,» gritó el paladín.
«Abridle—de adentro mandó un caballero—
y encuentre acogida y asiento al festín.»

Las gruesas cadenas que el puente suspenden
con ronco bramido se sienten crujir,
y bajan el puente, y algunos descienden
armados guerreros las puertas a abrir.

Su nombre preguntan; responde el soldado:
«Mi nombre, aunque ilustre, me es fuerza ocultar;
saber es bastante que soy un cruzado
que vuelve de tierras de allende la mar.»

So un manto sencillo de cándido lino,
de rojo aparece la espléndida cruz;
su rostro y sus armas cubrió el paladino,
los ojos tan sólo quedando a la luz.
. . .
En tanto dos pajes, sirviendo de guía,
conducen al huésped adentro el salón,
y sale a su encuentro con faz de alegría,
dejando el banquete, gallardo infanzón.

JOSE DE ESPRONCEDA, *La vuelta del cruzado*

La Edad Media tiene otro aspecto amable y sonriente. Es el de los bardos viajeros, los trovadores.

Yo soy el trovador que vaga errante,
si son de vuestros parques estos linderos,
no me dejéis pasar, mandad que cante.
Venid a mí, yo canto los amores,
yo soy el trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines;
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Stambul en los confines,
y el lirio azul, incógnito y campestre,
que nace y muere en el pino silvestre.

Ven a mis manos, ¡ven, arpa sonora!
baja a mi mente inspiración cristiana
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del Querub emena.

Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana.
Mi voz, mi corazón y fantasía,
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia;
respetaré su ley y sus altares;
en su desgracia a par que en su opulencia
celebraré su fuerza o sus azares,
y, fiel maestro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias
y hollada asaz por la fortuna impía!

Yo cantaré tus olvidadas glorias,
que en alas de la ardiente poesía
no aspira a más laurel ni a más hazaña
que a una sonrisa de mi dulce España.

JOSE ZORRILLA, *Cantos del trovador*

Era de noche; debajo
de la gótica ventana
de su hermosa castellana
suspiraba un trovador,
y al lánguido son del arpa
así cantando decía:
Vuele a ti, querida mía,
este suspiro de amor.
...
Ven, ¡oh hermosa! No hay ninguno
que te adore cual te adoro;
yo he lidiado contra el moro
en los campos del honor.
A mi lira no hay ninguna
que la exceda en armonía,
y contínuo el alma mía
por ti suspira de amor.

Yo triunfé de cien valientes
en las justas del Viseo;
tú eras reina del torneo
y yo quedé vencedor.
Suspiraste cuando en lauro
coronabas mi cabeza. . . .
¿Fue un suspiro de tristeza
o fue un suspiro de amor?

EUGENIO DE OCHOA, *Suspiros de amor (Ecos del alma), de El iris*

Una sonrisa, al evocar tiempos felices, en los labios de Espronceda . . .

De los pasados siglos la memoria
trae a mi alma inspiración divina,
que las tinieblas de la antigua historia
con sus fulgentes rayos ilumina.
. . .
Tornan los siglos a emprender su giro
de la sublime eternidad saliendo,
y antiguas gentes y ciudades miro
súbito ante mi vista apareciendo;
de ellos a par en mi ilusión respiro,
oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
y lleno el pecho de agradable gusto
contemplo el brillo del palacio augusto.

Al blando son de la armoniosa lira
oigo la voz de alegres trovadores,
el aura siento que fragancia espira
y el eco escucho murmurando amores.

Al sol contemplo que a occidente gira
reverberando fúlgidos colores,
do la corte del godo poderío
se alza orgullosa sobre el áureo río.

JOSE DE ESPRONCEDA, *Pelayo*

. . .y un lamento nostálgico en los de Bécquer.

. . .Porque, no hay duda, el prosaico rastrero de la civilización va igualándolo todo. Un irresistible y misterioso impulso tiende a unificar los pueblos con los pueblos, las provincias con las provincias, las naciones con las naciones y quién sabe si las razas con las razas. A medida que la palabra vuela por los hilos telegráficos, que el ferrocarril se extiende, la industria se acrecienta y el espíritu cosmopolita de la civilización invade nuestro país, van desapareciendo en él sus rasgos característicos, sus costumbres inmemoriales, sus trajes pintorescos y sus rancias ideas. A la inflexible línea recta, sueño dorado de todas las poblaciones de alguna importancia, se sacrifican las caprichosas revueltas de nuestros barrios moriscos, tan llenos de carácter, de misterio, de fresca sombra. De un retablo al que vivía unida una tradición no queda aquí más que el nombre escrito en el azulejo de una bocacalle; a un palacio histórico, con sus arcos redondos y sus blasonados, substituye más allá una manzana de casas a la moderna; las ciudades, no cabiendo ya dentro de su antiguo perímetro, rompen el cinturón de fortaleza que las ciñe y, una tras otra, vienen al suelo más murallas fenicias, romanas, godas o árabes.

¿Dónde están los corceles y las celosías morunas? ¿Dónde los pasillos abovedados, los aleros salientes de maderas labradas, los balcones con su guardapolvo triangular, las ojivas con estrellas de vidrio, los muros de los jardines por donde rebosa la verdura, las encrucijadas medrosas, los carasoles de las tafurerías y los espaciosos atrios de los templos. . .? No busquéis ya los cosos donde justaban galanes, las piadosas ermitas albergue de los peregrinos o el castillo hospitalario para el que llamaba de paz a sus puertas. Las almenas caen unas tras otras de lo alto de los muros, y van cegando los fosos; de la picota feudal sólo queda un trozo de granito informe, y el arado abre un profundo surco en el patio de armas.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *Desde mi celda*

El Siglo de Oro

A los españoles a pesar de las sátiras, de los preceptos y de los ejemplos de Leandro Moratín, nos han gustado y nos gustan más las comedias de capa y espada que las de Terencio y Molière, y los romances y las coplas más que las odas.

JUAN VALERA

El ambiente de los siglos XVI y XVII es de gloria, aventura y soberbia. El romántico gusta de describir el traje y apostura de sus hombres...

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.
Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera
y sin pluma el diestro lado,
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.
Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.
Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.
...
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñona,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido,
con cuatro lazos de plata,
un pie delante de otro
y el puño en el de la espada.

JOSE ZORRILLA, *A buen juez mejor testigo*

En un tordillo fogoso,
de africana yegua parto,
que de alba espuma salpica
el petral, el pecho y brazos;
que desdeñosa la tierra
hiere a compás con los cascos;
que una púrpura gualdrapa
con primorosos racimos
de felpa y ante la silla,
en el testero un penacho,
la cabeza y rendaje
de oro y seda roja, y lazos
en el cordón y en las crines
soberbio ostenta ufano,
a combatir con el toro
sale aquel señor gallardo.
Viste con capa y ropilla
de terciopelo más blanco
que la nieve, de oro y perlas
trencillas y pasamanos;
las cuchilladas, aforros,
vueltas y faja, de raso
carmesí; calzas de punto,
borceguíes datilados,
valona y puños de encaje;
esparcen reflejos claros
en su pecho los rubíes
de la Cruz de Santiago.
Un sombrero con cintillo
de diamantes, sujetando
seis blancas, gentiles plumas,
corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
en la diestra lleva en alto
un pequeño rejoncillo
con la cuchilla de a palmo.

Acompáñanle dos pajes
a pie; de uno a otro lado;
y llevan las rojas capas
prontas al lance en la mano;
síguenle sus escuderos
y un gran tropel de lacayos
los que por respeto al toro
se van haciendo reacios.

DUQUE DE RIVAS, *Romance*

. . .y el torneo en la misma centuria.

Este en un caballo blanco
cuya crin el oro enlaza
ostenta un rico vestido
de terciopelo escarlata.
El arnés de ojuelas de oro
y de rica seda blanca,
con brillantes bordaduras
las afollados y faja.
Unidas las dos cuadrillas
hacia el regio balcón ambas,
al paso, la pista siguen
de los jefes que las mandan.
Y el concurso en gran silencio
curioso la vista clava
de los gallardos condes
en las brillantes adargas.
Pues logrando de discretos
y de enamorados fama,
interesa a todo el mundo
ver las empresas que sacan.
Es la de Orgaz una hoguera
de la que el suelo levanta

el fénix con este mote:
«Me da vida quien me abrasa.»
Un letrero solamente
en la villa de Villamediana
que dice: «Son mis amores
y luego reales de plata
puestos cual si fueran letras
en que aquel renglón acaba.»

DUQUE DE RIVAS, *El conde de Villamediana*, de *Revista de teatros*

Aún atraídos por la atmósfera del Siglo de Oro, los románticos, liberales en su mayoría, se enfrentan con los reyes autoritarios de la casa de Austria con recelo y antipatía. Carlos V es presentado a veces como víctima de su propio poder.

En una anchurosa cuadra
del Alcázar de Toledo,
cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos.
Al lado de una gran mesa
que cubre de terciopelo
napolitano tapete
con borlones de oro y flecos;
ante un sillón de respaldo
que entre bordado arabesco
los timbres de España ostenta
y el águila del imperio.
En pie estaba Carlos Quinto
que en España era el primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.
De brocados de oro y blanco
viste tabardo tudesco;

de rubias martas orlado
y desabrochado y suelto,
dejando ver un justillo
de raso jade, cubierto
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos;
y la excelsa y noble insignia
del Toisón de oro, pendiendo
de una preciosa cadena
en la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo.
Descubre por ambos lados,
tanta majestad cubriendo
rubio cual barba y bigote,
bien atusado el cabello.
Apoyado en la cadena
la potente diestra ha puesto
que aprieta guantes de ámbar
y un primoroso mosquero.
Y con la siniestra halaga
de un mastín muy corpulento
blanco y las orejas rubias,
el ancho y carnoso cuello.

DUQUE DE RIVAS, *Un castellano leal, de Romances*

EMPERADOR:

Fuerza es dejar la relevante esfera
de la alta majestad, del sumo mando,
para poder gozar de cuando en cuando,
los bienes de la vida placentera.
El blando amor y la amistad sincera
huyen del trono y del poder temblando;

aunque en el trono y el poder, ansiando
dulce amor y amistad, un hombre muera.
De la vida común, yo, así encubierto
mi nombre y mi dominio sin segundo,
vengo a besar el sosegado puerto;
¿pues qué sin amistad y amor, el mundo,
un ciego abismo, un piélago profundo,
es para el hombre? Un árido desierto.

DUQUE DE RIVAS, *Solaces de un prisionero o tres noches de Madrid, Jornada I*

Pero el poeta romántico estará de corazón con los rebeldes de aquel tiempo; por ejemplo, con los de las Germanías, las sociedades laborales que se sublevaron contra Carlos I.

LORENZO:

Cerca tenemos al rey;
en Barcelona.

SOROLLA:

¿Osarás
hablarle?

LORENZO:

Tendré valor
para decirle: ¡Señor:
tu pueblo no puede más!
No quebranta tu obediencia
aunque justicia reclame
ni al romper su yugo infame
te desconoce Valencia.
Pero quiere averiguar
en sus tormentos prolijos
si no nos llamas tus hijos
¿qué nombre nos quieres dar?

SOROLLA:

El de esclavos.

LORENZO:

Es muy bravo
el corazón que sustento
para sufrir un momento
ni la apariencia de esclavo.
Pero ese temor te engaña;
conoce el rey nuestra historia,
y sabe que no hay memoria
de tal oprobio en España.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,
Juan Lorenzo, Acto II

El jefe de los «agermanados» se adelanta a su tiempo. Sus palabras son típicas de un liberal del siglo XIX.

LORENZO:

...Lo que niego
no es la razón con que gozan
los bienes de sus abuelos
ni me importan sus blasones
ni de su orgullo me ofendo;
lo que me ofende es que toquen
a mis naturales fueros.
Me indigna que ante la absurda
invención del privilegio
prevarique la justicia
y retroceda el derecho.
...
¿Qué hermana, qué hija, qué esposa
guardan nuestros pobres techos
que pueda decir mañana:
Honrada soy, quiero serlo?
Tu honor, tu caudal, tu fama,

nada es tuyo, todo es de ellos;
y quéjate y pide amparo
a jueces que tienen miedo.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,
Juan Lorenzo, Acto I

LORENZO:

¿Cuál es de mi afán el móvil?
...
¡Libertad tiene por nombre!
Aclamadla y que del seno
de nuestras desdichas brote,
acabe la inútil queja
y los cobardes clamores;
males que tanto lastiman
no se remedian con voces.
Cuando la justicia calla
y la razón se desoye
la fuerza, Guillén, la fuerza
es el único resorte.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,
Juan Lorenzo, Acto II

Igualmente son elogiados los comuneros que la perspectiva histórica del tiempo veía—equivocadamente—como símbolo de la libertad frente a la opresión monárquica.

Bajo el morado episcopal vestido,
violento late el corazón de Acuña;
cuando su mano el pectoral empuña
fue un acero tal vez lo que buscó.

«Padilla» sin cesar suena en su labio,
y un ¡ay! le sigue, y el prelado llora,
y es el audaz prelado que en Zamora
«Santiago y Libertad» apellidó.
¿Por qué, Señor—arrodillado dice,
delante de un ebúrneo crucifijo—
por qué, Señor, tu cólera maldijo
la jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendón de iniquidad acaso
la bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿no es lícito la espada desnudar?
Sí, entronizado, el codicioso belga
saqueaba el palacio y la cabaña,
y, desangrando a la infeliz España,
ríos de oro enviaba a su nación;
si reía en espléndido banquete,
sirviéndole de música el gemido
de un pueblo que, por él empobrecido,
moribundo imploraba compasión.
Sí, al pedirle justicia el triste padre,
padre a quien deshonró vil cortesano,
decía el extranjero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendrás,
¿debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
y gritar a la chusma advenediza:
No reinaréis sobre mi suelo más?
...
Lo veo, sí, nuestra fatal caída
quisiste que enseñara a las naciones
en dos tremendas, útiles, lecciones
lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo, que agobiado llora,
sólo de sí, pues que tolera el yugo;
mas sepa, si combate a su verdugo,
que sin unión es fuerza perecer.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, *El alcalde Ronquillo y el obispo Acuña, de Obras escogidas*

Felipe II es la figura odiada por todos los románticos. Su aspecto retraído, su vida burócrata, su dureza dogmática le hacen generalmente antipático. El prerromántico Quintana le acusa del asesinato de su propio hijo.

Un alarido agudo, lastimero,
el silencio rompió que hondo reinaba,
mientras la urna lánguida alumbraba
pálida luz de fósforo ligero.
Levantó al grito la aterrada frente,
y en medio de la estancia pavorosa
un jóven se presenta augusto y bello.
En su lívido cuello
del nudo atroz que le arrancó la vida
aún mostraba la huella sanguinosa;
y una dama a par de él también se via,
que, a fuer de astro benigno, entre esplendores
con su hermosura celestial sería
del mundo todo adoración y amores.
¿Quién sois? Iba a decir, cuando a otra parte
alzarse vi una sombra, cuyo aspecto
de odio a un tiempo y horror me estremecía.
El insaciable y velador cuidado,
la sospecha alevosa, el negro encono,
de aquella frente pálida y odiosa
hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía,
en sed de sangre y de dominio ardiendo,
en sus ojos de víbora lucía;
el rostro enjuto y míseras facciones
de su carácter vil eran señales,
y blanca y pobre barba las cubría
cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron;
paráronse, y el joven indignado,
«¿Qué te hicimos? ¡oh bárbaro!» exclamaba;
«¿conoces a tus víctimas?» «Respeta,»
dijo el espectro, «a quien el ser debiste;

por el bien del Estado al fin moriste.
Resígnate.»

EL PRINCIPE CARLOS:

«¡Oh hipócrita! La sombra
de la muerte te oculta, ¿y aún pretendes
fascinar, engañar? Cuando asolados
por tu superstición reinos enteros
yo los osé compadecer, tú entonces
criminal me juzgaste, y al sepulcro
me hiciste descender. Mas si en el pecho
de un hijo del fanático Felipe
no pudo sin delito haber clemencia,
¿cuál fue, responde, la secreta culpa
de esta infeliz para morir conmigo?
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,
ni su noble candor, ni su hermosura,
de ti pudieron guarecerla.»
Un hondo
gemido entonces penetró los aires,
que al desplegar sus labios dio la triste.

FELIPE II:

«Cesa, cruel, de atormentarme,» dijo;
«tu muerte injusta fue; pero el Estado
con ella respiró. Si tú vivieras,
rota la paz, turbada la armonía
de un imperio hasta allí quieto y sereno,
tú profanarías su inocente seno
con la atroz sedición, con la herejía.»

EL PRINCIPE CARLOS:

«Mandar, sólo mandar, que se estremezca
la tierra a vuestro arbitrio, éste es el orden,
está la ley con que regís al mundo
tú y tus iguales, y al ahogar la vida
de las naciones míseras que os sirven,
dais el nombre de paz al desaliento
de la devastación. ¡Oh de Felipe
hijos, nietos imbéciles, decidle

que resta ya de la nación que un tiempo
al mundo dominó como señora.
Alzaos del polvo, y respondedle ahora.»

A los tremendos ecos
de la imperiosa voz, que resonando
fue como trueno bronco por los huecos
de aquellas tumbas, de repente abiertos
sus mármoles, tres sombras abortaron,
que en vez de amor u horror, desprecio solo,
impiedad injuriosa me inspiraron.
Alzaba al cielo sin cesar los ojos
con apariencia mística el primero,
dejando el cetro en tanto por despojos
a un mercenario vil, cuya avaricia
mientras más atesora, más codicia.
En juegos, danzas, farsas distraído,
y al crótalo procaz dando el oído,
el segundo se entrega a los placeres
y el reino y el deber pone el olvido.
Trémulo el otro respiraba apenas.
¡Oh Dios! ¿Y esto era rey a tanto imperio?
Nulo igualmente a la virtud que al vicio,
indigno de alabanza o vituperio,
la estrella ingrata que su ser gobierna
le destinó en el mundo
a impotencia oprobiosa, a infancia eterna.

JOSE MANUEL QUINTANA, *El panteón del Escorial, de Poesías selectas*

La enemiga a Felipe II está clara también en los versos del Duque de Rivas. Lanuza, el justicia de Aragón, representa el defensor de las libertades locales amenazadas por el tirano.

VARGAS:

. . . Sí, con su muerte
se asegure Aragón.

ELVIRA:

¡O Dios eterno!
Padre, ¿qué pronunciáis? ¡Mísera suerte!
¡En un cadalso! ¡En un cadalso! ¡Cielos!

LANUZA:

El cadalso es infame solamente
para el que ante la ley se encuentra reo;
pero cuando venganza de tiranos
el mundo le contempla, es monumento
de gloria, es un altar honroso y santo.

VARGAS:

Amigos, ya lo veis; aseguremos
del rey el trono con su muerte. Sea.

LANUZA:

¿Piensas que al morir yo, todos los buenos
mueren también?... Al punto conducidme,
[*a Vargas*]
y tú sal y presencia como muero,
y ve a decirle a tu feroz monarca,
para que tiemble en su dosel soberbio,
que en mí no se concluyen los valientes,
ni va a extinguirse, al dividir mi cuello,
la estirpe generosa de esforzados
que ansían dar la libertad al suelo.
Si el fuego de honor que ardió en Padilla
tornó a inflamarse en mi ardoroso seno,
también mi pura sangre derramada
se verá renovada en otros pechos,
que acaso lograrán la insigne empresa
de hacer a España libre. Si, mis restos,
mis restos gloriosos tal vez pueden
germinar una raza de alto esfuerzo
que humille al ominioso despotismo;
y un día llegará, yo lo preveo,
que venzan la razón y la justicia,
y en que de la maldad triunfen los buenos,
y, rotas las cadenas del oprobio,

goce la libertad el orbe entero.
¡Oh placer! Ya se acerca presuroso
este anhelado y venturoso tiempo,
y la gloriosa España la primera
dará el grito que salve el universo.
¡Oh esperanza feliz y deliciosa!
¡Qué cumplida serás! piadoso el cielo
me lo asegura. Entonces, ¡patria mía!
recuerda que por ti gozoso he muerto.

VARGAS:

Al punto sea.

ELVIRA:

(*Cayendo en brazos de Vargas.*)
¡Bárbaro!

VARGAS:

¡Hija mía! . . .

DUQUE DE RIVAS, *Lanuza, Acto V*

Con el mismo espíritu, Nuñez de Arce considera a Felipe II capaz de atender a estos consejos de dureza contra los protestantes . . .

CARDENAL:

. . . En él
(*dictamen de los obispos de Canarias y Orihuela*)
exponen que Vuestra
Majestad, firme columna
de la Iglesia y del Estado
cuyo sosiego perturban
la herética pravedad
y la rebelión injusta
debe ahogar los sentimientos
de su alma, y con mano dura
allí donde el fuego asome

no consentiré que cunda.
Que la salvación del reino
expuesto a sangrantes luchas
y la paz de las comarcas
alteradas como una
exijen pronto remedio
sin que sirvan de disculpa
ni los lazos de la sangre
ni la grandeza y alcurnia
de los que delincan.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE, *El haz de leña, Acto I*

. . .y no le regatea insultos.

CISNEROS:

Llora, el gozo me enajena.
¡Bien, histrión! Hazte aplaudir,
¿qué no podrás conseguir
si haces llorar a una hiena?

GASPAR NUÑEZ DE ARCE, *El haz de leña, Acto I*

El príncipe Carlos, de sensibilidad moderna, se ha horrorizado ante el episodio de El haz de leña.

DON CARLOS:

. . .Si propicio
premia el cielo mis afanes
yo atajaré los desmanes
y horrores del Santo Oficio,

que en vano del alma quiero
borrar una cruel historia.
...
Vi indiferente cruzar
prelados, inquisidores,
grandes, títulos, doctores
y ministros del altar.
Mas cuando escuché los gritos
de horror, y mal ordenados
vi pasar los sentenciados
con velas y sambenitos
y miré entre aquellos seres
a los fúnebres reflejos
de la luz, niños y viejos
hasta débiles mujeres,
y observé su agitación
y vi su faz descompuesta
¡tuve miedo de la fiesta
que daba la inquisición!
Mi padre impasible y frío
con trémula voz rezaba
...y vagos temores
me hirieron y con pavor
le oí: ¡Buen premio, señor,
sois a vuestros servidores!
«Si como vos mi hijo fuera,
dijo el rey, no dudaría;
el haz de leña echaría
para quemarle en la hoguera.»

GASPAR NUÑEZ DE ARCE, *El haz de leña, Acto II*

La muerte

El *Edipo,* de Sófocles, no se avergüenza de confesar que le duele el abandonar la vida, y nos interesa entonces más que otros, a quienes la muerte no arranca tampoco un solo lamento, como en general los héroes de las tragedias francesas. En cuanto a los modernos pondremos, por ejemplo, la sola tragedia de Shakespeare, titulada *La muerte de César,* que basta para persuadir de la inmensa distancia que media entre los poetas hijos de las escuelas, que todo lo han aprendido por las reglas aristotélicas, a los inmortales hijos del genio, que todo lo sacan de la Naturaleza y del corazón.

LUIS MONTEGGIA

La meditación ante la muerte es tema familiar para el romántico.

Si al término de todos los caminos
hay un despeñadero que rodar,
¿por qué en la hondura amontonar espinos?
Plumas donde caer conviene echar.

¿Y qué es morir? ¿Qué es eso que desvela
tanto al hombre que eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela,
y un vestido prestado devolver.

No es el hombre la caja quebradiza,
forma perecedera si gentil,
que la mano del tiempo pulveriza
y restituye a su principio vil.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,
La muerte, de Obras escogidas

Como Hamlet, Zorrilla reflexiona ante el recuerdo.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,
espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿quién alcanzó jamás a comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,
jeroglífico audaz, testigo mudo,
que incrustó en los dinteles de la tierra
quien sostenerse a su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa,
tus huecos ojos y tu calva frente,
aguardando tal vez la última brisa
que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿Ríen de los humanos desvaríos
con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
crédito del que fue, prenda de alguno
que por ser una prenda de cualquiera
no como suya te querrá ninguno?

¿Fuiste hermosa y joven y adorada,
fuiste grande, feliz, rica y temida,
o cruzaste el mundo despreciada
mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?
¿Quién tu nobleza y tu poder abona
del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana
que dobla por los vivos que murieron?
Al eco de su voz triste y lejana,
¿sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
acaso algunos monjes te llevaron
a un templo, donde en pompa lastimera
sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada obscura,
¡sin duda que gozaras cuando vieras
tantas cabezas que la tierra impura
ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿no te halagaba en la mortuoria fiesta
en recinto común tener contigo,
un pueblo, un trono, un ara y una orquesta?

JOSE ZORRILLA, *A una calavera, de Obras*

Fatalismo ante el fin.

Todo hombre que viene al mundo
trae un letrero en la frente
con letras de fuego escrito,
que dice: «Reo de muerte.»

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *La soledad, de Obras*

¿Por qué ese título falso
del rey, hombre, se te da,
si eres un reo que va
de la cárcel al cadalso,

cuya muerte a proporción
se retarda o se acelera
según dura la carrera
según aguija el sayón?

¡Ay! para haber de arrastrar
tan efímera existencia,
esclavo de una sentencia
que no se puede evitar,

yo, en el caso de elegir,
hubiera dicho: «Primero
quedarme en la nada quiero,
que nacer para morir.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,
La muerte, de Obras escogidas

Lo fúnebre como ambiente y presagio, rodeando al protagonista de terror.

El teatro representa el panteón de la familia Morosino; vense a entrambos lados varios sepulcros con estatuas y emblemas fúnebres; en el fondo se descubre una pequeña capilla, cerrada con una verja de hierro y alumbrada con una lámpara.

LAURA:

¡Qué silencio, Dios míos!... Hasta el ruido de mis pasos me da pavor.... Mucho tienes que agradecerme, Rugiero, mucho.... Por quién en el mundo haría yo otro tanto? Yo, tan tímida, tan cobarde, que ni siquiera osaba antes bajar sola al jardín, atravieso ahora a media noche las galerías y salones y oso penetrar en este sitio donde todo anuncia la muerte!... La vista de estos sepulcros me intimida aún más que otras veces; me parece que hasta las estatuas fijan en mí los ojos, me reprenden y me amenazan.... «¡Laura, infeliz Laura!» *(Oyese hacia el fondo un débil eco que repite «¡Laura!»)* ¡Válgame Dios! ...Creí que repetían mi nombre y es sin duda el eco de estas bóvedas.... La sangre toda se me ha helado en las venas y el cabello se ha erizado en mi frente.... Infeliz Laura, ¿qué será de ti?... Un presentimiento fatal me estrecha el corazón y ni me deja respirar siquiera. Ven esposo mío, ven; cerca de ti nada temo en el mundo.... *(Abre una ventana.)* No descubro ningún objeto, ¡está la noche tan oscura!...

Ni una estrella se divisa en el cielo y sólo se oye el murmullo del viento en este canal solitario.... ¡Si no vendrá! ¡Si le habrá sucedido alguna desgracia! No, Dios mío, no, harto infeliz es ya!

...Me parece que oigo a lo lejos como un ruido de remos.... ¿Si será ilusión? No, no hay duda; los latidos de mi corazón me anuncian ya mi dicha y el temblor se apodera de todos mis miembros. El es, él es, voy a verle, a oírle, a estrecharle en mis brazos.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,
La conjuración de Venecia

La muerte se anuncia a veces antes de ocurrir como en El caballero de Olmedo. *En varios casos el protagonista de las obras románticas contempla su propio entierro.*

Miró la visión horrenda
una y otra y otra vez,
y nunca más que a sí mismo
en aquel féretro ve.
Aquel es su mismo entierro,
su mismo semblante aquel:
no puede quedarle duda,
su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
los ojos cierra, por ver
si la ilusión se deshace,
si obra de sus ojos fue.
Ase su doble figura,
la agita, ansiando creer
que es máscara puesta en otro
que se le parece a él.
Vuelve y revuelve el cadáver
y le torna a revolver;

cree que sueña, y se sacude
porque despertarse cree,
y tiende el triste los ojos
desencajados, doquier.
Mas ¡nuevo prodigio! Mira
a las puertas, y al dintel
ve que despiden el duelo,
de duelo henchidos también,
don Fadrique y doña Diana,
que arrastran luto por él.

Baja, les tiende los brazos,
les nombra, cae a sus pies.
—¡Miradme!—les dice atónito,—
Montoya soy, vedme bien.
Y ellos le miran estúpidos
sin poderle conocer,
e inclinando las cabezas,
replican: —Montoya fué.—
Entonces, desesperado
con angustia tan cruel,
vase otra vez hacia al muerto
demandándole quién es.
—¿No hay quién sepa aquí quién soy?
¿No hay a salvarme poder?—
Y allá desde el presbiterio,
de las rejas a través,
oyó una voz que decía:
—Sí, te conozco, mi bien,
abre; ¿qué tardas? Partamos;
yo soy tu amor, soy tu Inés.—
Y los brazos le tendía
la de Alvarado también,
de la reja tentadora
tras el cuádruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
que le persigue a su vez,
gritaba él: —¡Aparta, aparta!
¿Que soy cadáver no ves?—
Y apenas palabras tales

pronunció cuando tras él
vio llegarse aquel fantasma
cuyo gesto de hediondez
le hizo miedo, y no le pudo
recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito,
le asió del brazo después,
y así con voz espantosa
vio que le dijo: —¡Pardiez!
Tú eres quien cambia conmigo
a mi sepultura ven.—
Y a esta horrorosa sentencia,
ya sin poderse valer,
cayó en el suelo Montoya,
falto de aliento y de pies.

JOSE ZORRILLA, *El capitán Montoya, de Leyendas y tradiciones*

ESTATUA:

...Don Juan
un punto de contrición
da a un alma la salvación
y ese punto aún te le dan.

DON JUAN:

¡Imposible! En un momento
borrar treinta años malditos
de crímenes y delitos!

ESTATUA:

Aprovéchale con tiento
(*Tocan a muerto.*)
porque el plazo va a expirar,
y las campanas doblando
por ti están, y están cavando
la fosa en que te han de echar.
(*Se oye a lo lejos el oficio de difuntos.*)

DON JUAN:

¿Con que por mí doblan?

ESTATUA:

—Sí.

DON JUAN:

¿Y estos cantos funerales?

ESTATUA:

Los salmos penitenciales
que están cantando por ti.
(*Luces de hachones por la izquierda y se oyen rezos.*)

DON JUAN:

¿Y aquel entierro que pasa?

ESTATUA:

Es el tuyo.

DON JUAN:

¿Muerto yo?

ESTATUA:

El capitán te mató
a la puerta de tu casa.

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio, Acto III*

Llegó de don Félix luego a los oídos
y luego cien luces a lo lejos vio,
y luego en hileras largas divididos
vio que murmurando con lúgubre voz,

enlutados bultos andando venían:
y luego más cerca con asombro ve,

que un féretro en medio y en hombros traían
y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Calado el sombrero y en pie, indiferente
el féretro mira don Félix pasar,
y al paso pregunta con aire insolente
los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa! su asombro cuál fuera,
cuando horrorizado con espanto ve
que el uno don Diego de Pastrana era,
y el otro, ¡Dios santo! ¡y el otro era él!
...
El mismo, su imagen, su misma figura,
su mismo semblante, que él mismo era en fin:
y duda y se palpa y fría pavura
un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
los nervios del hombre, y un punto temió;
mas pronto su antiguo vigor recobraron,
pronto su fiereza volvió al corazón.

—Lo que es, dijo, por Pastrana,
bien pensado está el entierro;
mas en diligencia vana
enterrarme a mí, y mañana
me he de quejar de este yerro.

Diga, señor enlutado,
¿a quién llevan a enterrar?
—Al estudiante endiablado
don Félix de Montemar—
respondió el encapuchado.

—Mientes, truhán. —No por cierto.
—Pues decidme a mí quién soy,
si gustáis, porque no acierto
como a un mismo tiempo estoy
aquí vivo y allí muerto.

—Yo no os conozco. —Pardiez,
que si me llego a enojar,
tus burlas te haga llorar
de tal modo, que otra vez
conozcas ya a Montemar.

Ruido de pasos de gente que viene
a compás marchando con sordo rumor,
y de tiempo en tiempo su marcha detiene
y rezar parece en confuso son.

¡Villano! . . . Mas esto es
ilusión de los sentidos,
el mundo que anda al revés,
los diablos entretenidos
en hacerme dar traspiés.

¡El fanfarrón de don Diego!
De sus mentiras reniego,
que cuando muerto cayó,
al infierno se fue luego
contando que me mató.

Diciendo así, soltó una carcajada,
y las espaldas con desdén volvió:
se hizo el bigote, requirió la espada,
y a la devota dama se acercó.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*

. . . Y cerrando los ojos intentó dormir . . ., pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Ya no era una ilusión; los colgadores de brocado de la puerta habían rozado al separarse y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaba, se acercaba, y se

movió el reclinatorio que estaba a la orilla de la cama. Beatriz lanzó un grito agudo y arrebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento. El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

...Cuando sus servidores llegaron despavoridos a notificarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del monte de las Animas, le encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta, ¡muerta de terror!

...

Un cazador que pasó la noche de difuntos sin poder salir del monte de las Animas y que al otro día antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como unas fieras a una mujer hermosa, pálida y desmelenada que, con los pies desnudos y sangrientos y arrojando gritos de terror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*El monte de las ánimas,*» *Leyendas*

La muerte o la soledad.

Al ver mis horas de fiebre
e imsomnio lentas pasar,
a la orilla de mi lecho,
¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano
tienda, próximo a expirar
buscando una mano amiga,
¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie
de mis ojos el cristal,
mis párpados aún abiertos,
¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene
(si suena en mi funeral),
una oración al oírla,
¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
oprima la tierra ya,
sobre la olvidada fosa,
¿quién vendrá a llorar?

Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo
¿quién se acordará?
...
Cerraron sus ojos,
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
y otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase a intervalos,

dibujarse rígida,
la forma del cuerpo.
...
Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo.

Allí la acostaron,
tapiáronla luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
el sepulturero
cantando entre dientes
se perdió a lo lejos.

La noche se entraba,
reinaba el silencio;
perdido en la sombra,
medité un momento:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.

Del húmedo muro
tendida en el hueco,

acaso del frío
se hielan sus huesos!
...
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?

No sé; pero hay algo
que explicar no puedo
que al par nos infunde
repugnancia y duelo
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rima LXI

La muerte como compañía.

Yo, poeta que al mundo fue evocado
del fondo de una abierta sepultura,
camino de fantasmas rodeado,
sueños de mi creencia y mi locura.
Manes que sus sepulcros han dejado
para seguirme por la tierra oscura
conmigo van y con mi aliento aspiran
do quier me cercan y do quier me inspiran.

JOSE ZORRILLA, *Recuerdos y fantasías*

La muerte, pesando sobre el mundo, presente en todas partes.

El bronce herido que anunciaba con lamentos de clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiare su propia muerte.

...El cementerio está dentro de Madrid..., cada casa es el nicho de una familia; cada calle el sepulcro de un acontecimiento; cada corazón la urna cineraria de una esperanza o un deseo.

...¿Os movéis para ver muertos? ¿No tenéis espejos, por ventura?... Vosotros sois los muertos. Ellos viven, porque ellos tienen paz, la única posible sobre la tierra, la paz de la muerte.

...Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi pobre corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos. ¡Santo cielo! También otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos: ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! Aquí yace la esperanza. ¡Silencio! ¡Silencio!

MARIANO JOSE DE LARRA,
Día de difuntos de 1836

Espronceda la presenta deslizándose en la oscuridad con resonar de huesos...

Era más de media noche,
antiguas historias cuentan
cuando en sueño y en silencio
lóbrega envuelta la tierra,
los vivos muertos parecen,
los muertos la tumba dejan.

Era la hora en que acaso
temerosas voces suenan
informes, en que se escuchan
tácitas pisadas huecas,
y pavorosas fantasmas
entre las densas tinieblas
vagan, y aullan los perros
amedrentados al verlas:

en que tal vez la campana
de alguna arruinada iglesia
de misteriosos sonidos
de maldición y anatema,
que los sábados convoca
a las brujas a su fiesta.

El cielo estaba sombrío,
no vislumbraba una estrella,
silbaba lúgubre el viento,
y allá en el aire, cual negras
fantasmas se dibujaban
las torres de las iglesias,
y del gótico castillo
las altísimas almenas
donde canta o reza acaso
temeroso el centinela.

Todo en fin a media noche
reposaba, y tumba era
de sus dormidos vivientes
la antigua ciudad que riega
el Tormes, fecundo río,
nombrado de los poetas,
la famosa Salamanca,
insigne en armas y letras,
patria de ilustres varones,
noble archivo de las ciencias.

Súbito rumor de espadas
cruje y un ¡ay! se escuchó:
un ¡ay! moribundo, un ¡ay!
que penetra el corazón,
que hasta los tuétanos hiela
y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
pronuncia el último a Dios.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*

. . .y en contraste con la vida alegre y bulliciosa.

Dio la vuelta a la esquina
y en la casa del baile y la jarana
vio con sorpresa que a calmar no atina
de par en par abierta una ventana,
y en una estancia solitaria y triste
entre dos hachas de amarilla cera
un fúnebre ataúd, y en él tendida
una joven sin vida
que aún en la muerte interesante era.
. . .
Una mujer la vela,
vieja la pobre, y llora dolorida
junto al cadáver y volver anhela
con besos a la vida:
y ora llorando olvida:
hasta el estruendo y fiesta bulliciosa
que a alterar de la estancia dolorosa
la lúgubre paz viene,
y en darla dulces nombres cariñosos
y en besar a la muerta se entretiene;
y a veces abren súbito la puerta
que adentro lleva donde suena danza,
y sin respeto y de tropel se lanza
un escuadrón de mozos que la muerta
con impureza loca contemplando
búrlanse de la vieja, profanando
con torpes agudezas la sombría
mísera imagen de la muerte fría.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

Pero la gloria sobrevive a la muerte.

Y ya va cayendo de la Parca al filo,
cual se fenece el sol en occidente,

va del sepulcro al sosegado asilo.
Gemidos oigo y lamentar doliente
y el ronco son de parches destemplados
y el crujir de las armas juntamente.
Marchan en pos del féretro soldados
con tardo paso y armas funerales,
al arco de los bronces disparados.
Y entre fúnebres pompas y marciales,
en la morada de la muerte augusta
las bóvedas retumban sepulcrales.
¡Ay! para siempre ya la losa adusta,
¡oh caro Albino! le escondió a tus ojos;
mas no el bueno murió, la Parca injusta
roba tan solo efímeros despojos,
y alta y triunfante de alcanzada gloria
guarda en eternos mármoles la historia.

JOSE DE ESPRONCEDA, *A don Diego de Alvear, a la muerte de su amado padre*

Y si la corrupción es cierta, también lo es la esperanza de otra vida mejor.

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
sin oír las palabras de un amigo?
Si al menos ¡ay! los días que me restan,
bajo la húmeda losa
pasara yo contigo.
Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
cuando la lluvia fría penetrara
la piedra que te oculta de mis ojos,
y el cierzo de la noche
tus sienes no tocara.
Y mis manos la hierba arrancarían
que creciera en la tumba abandonada,

y alejaría el fétido gusano
que se arrastrara hambriento
con su sorda pisada.
Mas tú, ¡alma mía! por tus rubias trenzas
bullir le sentirás y por tu frente
sin poder rechazarle, mientras el hombre
contemplará tu tumba con ojo indiferente.
Si al fin quedaran las almas
velando el difunto cuerpo,
en pláticas amorosas
con las almas de otros muertos;
si al fin así descansaras
bajo el pabellón del cielo
sin que el tumulto del mundo
turbara nunca tu sueño;
si el amor que se hubo en vida
muriera en el cementerio,
y si no hubiera otro mundo
memoria del mundo nuestro.
...
Mas habrá un cielo, por dicha,
detrás de ese cielo azul,
donde irán, paloma mía,
los que mueren como tú.
Allí viviréis tranquilos,
en alcázares de luz,
con los ángeles que velen
por vuestra santa quietud;
en pabellones de estrellas
alfombrados de tisú
libres de ingratos recuerdos
de la desdicha común;
porque al abrirse las puertas
del misterioso ataúd,
hallan paz, vida y contento
los que mueren como tú.

JOSE ZORRILLA, *A la muerte de ...*

Junto a un cadáver, el de Larra, nace la gloria de Zorrilla con esta composición.

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana;
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.
Acabó su misión sobre la tierra
y dejó su existencia carcomida,
como una virgen al placer perdida
cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el templo el porvenir vacío,
vacío ya de ensueños y de gloria,
y se entregó a ese sueño sin memoria,
que nos lleva a otro mundo a despertar.
...
Si existe un remoto cielo
de los poetas mansión,
y sólo le queda al suelo
ese retrato de hielo
fetidez y corrupción,
¡digno presente, por cierto,
se deja a la amarga vida!
Abandonar un desierto
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto.
Poeta, si en el no ser
hay un recuerdo de ayer,
una vida como aquí,
detrás de ese firmamento
conságrame un pensamiento
como el que tengo de ti.

JOSE ZORRILLA, *A la memoria desgraciada del joven literato don Mariano José de Larra*

Los mismos y doña Leonor vestida con un saco y esparcidos los cabellos; pálida y desfigurada aparece a la puerta de la gruta y se oyen repicar a lo lejos las campanas del convento.

LAURA:

Huid, temerario; temed la ira del cielo.

DON ALVARO:

(Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.) ¡Una mujer! ¡Cielos! ¡Qué acento! ¡Es un espectro!... ¡Imagen adorada!... ¡Leonor! ¡Leonor!

DON ALFONSO:

(Como queriéndose incorporar.) ¡Leonor! ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!

LEONOR:

(Corriendo detrás de don Alvaro.) ¡Dios mío! ¡Es don Alvaro! Conozco su voz.... El es.... ¡Don Alvaro!

DON ALFONSO:

¡Oh furia! Ella es.... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡Hipócritas! ¡Leonor!

LEONOR:

¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... Mas, ¿qué veo? *(Se precipita hacia donde ve a don Alfonso.)*

DON ALFONSO:

¡Ves al último de tu infeliz familia!

LEONOR:

(Precipitándose en los brazos de su hermano.) ¡Hèrmano mío!... ¡Alfonso!

DON ALFONSO:

(Hace un esfuerzo, saca un puñal e hiere de muerte a Leonor.) Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra.... Muero vengado. *(Muere.)*

DON ALVARO:

¡Desdichado! ¿Qué hiciste? ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas? ¡Ay! *(Sin osar acercarse a los cadáveres.)* Aún respira, aún palpita aquel corazón todo mío...ángel de mi vida..., vive, vive, yo te adoro.... Te hallé por fin, sí, te hallé...¡muerta! *(Queda inmóvil.)*

Escena última. Hay un rato de silencio; los truenos resuenan más fuertes que nunca, crecen los relámpagos y se oye cantar a lo lejos el Miserere a la Comunidad que se acerca lentamente.

VOZ:

(Dentro.) ¡Aqui, aquí, qué horror! *(Don Alvaro vuelve en sí y luego huye hacia la montaña. Sale el padre Guardián con la Comunidad que queda asombrada.)*

GUARDIAN:

¡Dios mío!... ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES:

¡Una mujer!... ¡Cielos!

GUARDIAN:

¡Padre Rafael!

DON ALVARO:

(Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice.) Busca, imbécil, al Padre Rafael. Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador.... Huid, miserables.

TODOS:

¡Jesús! ¡Jesús!

DON ALVARO:

Infierno, abre tu boca y trágame. Húndase el cielo, perezca la raza humana, exterminio, destrucción.... *(Sube a lo más alto y se precipita.)*

EL GUARDIAN Y LOS FRAILES:

(Aterrados y en actitudes diversas.) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

DUQUE DE RIVAS, *Don Alvaro o la fuerza del sino, Jornada V*

A veces la cercanía de la muerte libera al alma de escrúpulos y timideces. La protagonista de Campoamor encuentra en la agonía fuerza para declarar un amor.

Mi carta que es feliz pues va a buscaros
cuenta os dará de la memoria mía.
Aquel fantasma soy que, por gustaros,
juró estar viva a vuestro lado un día.
Cuando llegue esta carta a vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo las flores.
Para no dar fin a la ventura mía
la escribo larga..., casi interminable.
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.
Me rebelo a morir pero es preciso.
El triste vive y el dichoso muere.
Cuando quise morir, Dios no lo quiso;

hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere.
¡Os amo, sí! dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapan de mis labios con mi vida.
Hasta furiosa, a mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna;
y si aquella mujer de aquella historia
vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria
¡yo os habría también amado tanto!
Mas tal vez allí arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida a la estación postrera.
¡Ya me siento morir! . . . El cielo os guarde;
cuidad, siempre que nazca o muera el día,
de mirar el lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.
Pues yo desde ella os estaré mirando;
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.
Nunca olvidéis a esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo.
Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo.
¡Oh padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
Amé, mucho, Señor, y muchas horas;
¡mas sufrí por más tiempo todavía!
¡Adiós, adiós! como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero,
ya sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba y que me muero.

RAMON DE CAMPOAMOR, *El tren expreso*

La Religión

No nos cansemos: faltaba a los antiguos una religión como la nuestra que desarrollase los delicados sentimientos del alma y la diese por este medio más extensión: ¿qué son sus náyades, sus sátiros, sus ninfas y sus temerarios guerreros en comparación del silencio del claustro, de la virgen cristiana encerrada en él, de los lóbregos castillos, del pundonor, de la religiosa piedad y valentía de los aventureros?

RAMON LOPEZ SOLER

Lo divino tiene interés en cuanto se relaciona con lo humano, con el individuo centro del mundo que es el escritor romántico. Dios puede presentarse como en el caso de Zorrilla como el tremendo Patriarca del Antiguo Testamento, que descarga su ira—aquí la tormenta —sobre la humanidad.

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga.
. . .
Si está lloviznando hielo.
Cuán grande a Dios se concibe
en aquesta soledad.
¿De quién si no de *El* recibe
su aliento la tempestad?
¿Cuyo es el terrible acento
y el fulgor que centellea
cuando zumba airado el viento
y el cénit relampaguea?
¿Quién penas y árboles hiende
sobre las nubes sereno
cuando en las nubes revienta
el fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
de tu omnipotencia ves
a tus pobres criaturas
que se arrastran a tus pies;
detén, Dios bueno, tus iras,
detén tu justo furor
si justa saña respiras
contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla,
y tu inmensa potestad
puede en otro deshacerla,
si tal es tu voluntad;
mas considera, Dios mío,
que vas a igualar así
al que se te aparta impío
y al que se postra ante ti.

JOSE ZORRILLA, *El puñal del godo, Acto I*

Otras veces la religión tiene valor estético. El escritor en la iglesia sombría se siente invadido de emoción sensual.

¡La catedral de Toledo! Figuraos un bosque de gigantescas palmeras de granito que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive, con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales.

Figuraos un caos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas, donde lucha y se pierde con la oscuridad del santuario el fulgor de las lámparas.

Figuraos un mundo lleno de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado a porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.

En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra.

La consunción material se alivia respirando el aire puro de las montañas: el ateísmo debe curarse respirando su atmósfera de fe.

Pero si grande, si imponente se presenta la catedral a nuestros ojos a cualquiera hora que se penetra en su recinto misterioso y sagrado, nunca produce una impresión tan profunda como en los días en que despliegan todas las galas de su pompa religiosa, en que sus tabernáculos se cubren de oro y pedrería, sus gradas de alfombra y sus pilares de tapices.

Entonces, cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata; cuando flota en el aire una nube de incienso, y las voces del coro y la armonía de los órganos y las campanas de la torre estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que lo coronan, entonces es cuando se comprende al sentirla, la tremenda majestad de Dios, que vive en él y lo anima con un soplo, y lo llena con el reflejo de su omnipotencia.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
«La ajorca de oro,» Leyendas

La religión como refugio.

Oh religión consoladora y bella,
feliz mil veces quien a ti se acoje
y el norte sigue de tu fija estrella,
y tu divina luz constante adora;
que en la fiera borrasca asoladora
de esta vida de llanto y de pesares
nunca extraviado perderá la huella
del más allá que empieza en los altares.

Sí, misteriosa religión, tú tienes
consuelo para el triste, y alegrías
para quien cuenta sus tranquilos días
por venturas y bienes.

Tú tienes el azote del malvado,
la corona del justo,
la palma de la virgen inocente,
y esperanza del náufrago postrado,
y ánimo del soberbio delincuente,
siempre se ve brillar allá la altura
el vivo lampo de tu lumbre oscura.

Si Jehová soberano
indignado recorre el mundo inicuo
y aparta de él su poderosa mano
y las razas maldice
torpemente mezcladas,
de su Dios y su origen olvidadas;
si agita sus caballos iracundos
y su carro de fuego airado lanza
por medio de los mundos,
y encima de las turbas insensatas
revienta las henchidas cataratas,
el justo salva, y luego
tornando compasivo a la mudanza
de su ira celestial matando el fuego

en prenda de salud y de sosiego
tiende el iris de paz y de esperanza.

JOSE ZORRILLA, *Margarita la tornera,*
de Leyendas

En mi modesto hogar guardo de talla
una imagen de Dios, tres veces fuerte,
cuando, puesto en la cruz, sufre y batalla
con las hondas angustias de la muerte.

Sin forma escultural, tosco, mal hecho;
pero la sola herencia que en el mundo
mi madre, acongojada al pie del lecho,
recibió de su padre moribundo;
ese Cristo, sin arte y sin historia,
fue para el pobre hogar que le dio abrigo
mina de bendición, fuente de gloria,
y mudo, sí, pero inmutable amigo.

El en la adversa y próspera fortuna
avivó la piedad de mis mayores,
doró sus dulces sueños en la cuna
y consagró sus púdicos amores.

El les dio un corazón entero y sano,
nunca sobresaltado por el grito
de ese feroz remordimiento humano
que azota al criminal con su delito;
y en esa inalterable bienandanza
con que la paz del ánimo convida,
salvando su virtud y su esperanza
de las sordas tormentas de la vida,
la augusta ancianidad llamó a su puerta
sin la duda brutal que labra el nido,
como gusano entre la carne muerta,
en todo corazón seco y podrido.

Y El calmó su angustiado pensamiento
en las horas sin luz de la agonía,
y recogió su postrimer aliento
y su última mirada incierta y fría.
Por El, cuando la hambrienta sepultura
aquel honrado hogar dejó vacío
tuvieron ¡ay! sus hijos sin ventura
a quien llamar, llorando, «Padre mío.»

GASPAR NUÑEZ DE ARCE, *El Cristo en mi hogar*

Para Larra los tiempos han cambiado. La religión debe acompañarse de la tolerancia.

La necesidad de una religión en todo estado social [es] necesidad innegable, puesto que la experiencia no nos presenta en el transcurso de los tiempos un solo caso de un pueblo ateo.

La religión cristiana apareció en el mundo estableciendo la igualdad entre los hombres, y esta gran verdad, en la que se apoya, ha sido la base de su prosperidad. Los reyes en cuyo interés no estaba interpretarla de esta suerte, experimentaron el instinto de torcerla a sus fines, y muchos malos ministros de ella, que para consolidar su triunfo verdadero duradero deberían haberse puesto de parte de los pueblos, sacrificaron el porvenir a una brillante existencia precaria y a honores pasajeros, prestándose a convertir esa misma religión tan pura en instrumento de tiranías. O estorbaron la vulgarización de las Sagradas Escrituras o las interpretaron a su manera, tornándolas palanca política; substituyeron en provecho suyo y en el de los gobiernos, a la religión la superstición, a la creencia el fanatismo, artería a que desgraciadamente se prestaba demasiado la ignorancia de los siglos medios.

De ahí resultó que cuando los filósofos del siglo pasado quisieron minar el edificio social, tan injustamente organizado, tuvieron que atacar la superstición y el fanatismo; empero, confundidos

ya la superstición y el fanatismo con la religión, apareció esta atacada en sus escritos; los discípulos de los enciclopedistas exageraron, como en tales casos sucede, los principios de sus maestros, y así como los pueblos seducidos habían pasado de la religión al fanatismo, así desengañados pasaron del fanatismo a la impiedad.

...El protestantismo hermanó la libertad con la religión. Aunque más tarde, ¿por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo?

...Religión pura, fuente de toda moral, y religión como únicamente puede existir acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia....

MARIANO JOSE DE LARRA,
Traducción de Lamennais

El dolor por la fe perdida en Tristezas, *de Núñez de Arce. La ciencia no puede llenar este vacío.*

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde prostrado ante la cruz, de hinojos,
alzaba a Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales.
...
Hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.
¡Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,

de mudo asombro, de terrible espanto.
Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
a un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;
las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del aire a lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito;
haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor la multitud que ruega,
cuando a los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;
en el gótico altar inmoble y fijo
el santo crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos;
el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre o sueña;
todo eleva mi ánimo intranquilo
a más sereno asilo:
religión, arte, soledad, misterio,
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía
como vibran las cuerdas de un salterio.
Y a esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,

envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba a las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño,
su rauda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
tragábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.
¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo que antes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo!
Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pie de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar a ti perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.
Voy espantado sin saber por dónde;
grito y nadie responde
a mi angustiada voz; alzo los ojos
y al penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.
Hijo del siglo, en vano me resisto
a su impiedad, ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime.
¡Y ese Dios no eres tú! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío;
sacerdote, el error; ley, el acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde a tu voz, más atrevido;
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel, caído.
A medida que marcha y que investiga
es mayor su fatiga,
en su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
como en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.
Como la nave sin timón y rota
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo—coloso
con la luz que le abrasa—resplandece.
¡Y está la playa mística tan lejos!
...
A los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.
¿Qué es la conciencia sin fe? Corcel sin freno,
a todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y a través de intrincadas espesuras,
desbocado y a oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.
¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha, en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la esfinge.
¡Sálvanos, Cristo, sálvanos si es cierto
que tu poder no ha muerto!

Salva a esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo
acaso más enferma que culpada.
La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hacia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el seno de las flores.
Si en esta confusión honda y sombría
es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
di a nuestra fe desalentada y yerta:
—¡Anímate y despierta!
como dijiste a Lázaro: —¡Levanta!

GASPAR NUÑEZ DE ARCE, *Tristezas*

Espronceda es quizá el menos religioso de los románticos: Si el mundo está mal Dios solo es responsable.

¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
de eterna luz que altísima se ostenta,
tal vez en trono de celeste lumbre
su incomprensible majestad se asienta:
de mundos mil la inmensa pesadumbre
con su mano tal vez rige y sustenta,
sempiterno, infinito, omnipotente,
invisible do quier, do quier presente.
...
¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
y hierve el rayo en su irritada mano,
y la angustia, el dolor, la muerta, lanza
al inocente que le implora en vano?

¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
frívolo, injusto y sin piedad tirano,
del corazón del hombre y le encadena
y a eterna muerte al pecador condena?
Embebido en su inmenso poderío,
¿es Dios el Dios que goza en su hermosura,
que arrojó el universo en el vacío,
leyes le dio y abandonó su hechura?
¿Fue vanidad del hombre y desvarío
soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
no vio su llanto ni escuchó su ruego?

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

El héroe romántico desafía al temor religioso si se pone en su camino; así don Félix de Montemar.

Y he de saber donde vais
y si sois hermosa o fea,
quién sois y cómo os llamáis.
Y aún cuando imposible sea,
y fuérais vos Satanás
con sus llamas y sus cuernos,
hasta en los mismos infiernos,
vos delante y yo detrás,
hemos de entrar ¡vive Dios!
y aunque lo estorbara el cielo,
que yo he de cumplir mi anhelo
aún a despecho de vos;
y perdonadme, señora,
si hay en mi empeño osadía,
mas fuera descortesía
dejaros sola a esta hora:
y me va en ello mi fama,

que juro a Dios no quisiera
que por temor se creyera
que no he seguido a una dama.
...
Hay riesgo en seguirme. ¡Mirad que reparo!
—Quizá luego os pese. —Puede que por vos.
—Ofendéis al cielo. —Del diablo me amparo.
—Idos caballero, no tentéis a Dios.
—Siempre me enamora más vuestro despego,
y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego,
—¡Vuestra última hora quizá ésta será!
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.
—Hola, me conoce. —¡Ay! ¡temblad por vos!
Temblad no se truequen deleites livianos
en penas eternas! —Basta de sermón,
que yo para oírlos la cuaresma espero;
y hablemos de amores que es más dulce hablar;
dejad ese tono solemne y severo,
que os juro, señora, que os sienta muy mal.
La vida es la vida; cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
De inciertos pesares, ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.
Si mañana muero, que sea en mala hora
o en buena, cual dicen, ¿qué me importa a mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora
y el diablo me lleve, siquiera al morir.
...
Esa voz con que hacéis miedo,
de vos me enamora más;
juzgad si me dará un bledo
de Dios ni de Satanás.
...
Seguid, señora, y adelante vamos:
tanto mejor si sois el diablo mismo,
y Dios y el diablo y yo nos conozcamos
y acábese por fin tanto embolismo.
Grandiosa, satánica figura,
alta la frente, Montemar camina,

espíritu sublime en su locura
provocando la cólera divina.
Fábrica frágil de materia impura,
el alma que la alienta y la ilumina,
con Dios le iguala y con osado vuelo
se alza a su trono y le provoca a duelo.
Segundo Lúcifer que se levanta
del rayo vengador la frente herida,
alma rebelde que el temor no espanta,
hollada, sí, pero jamás vencida:
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
su límite a la cárcel de la vida,
y a Dios llama ante él a darle cuenta
y descubrir su inmensidad intenta.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*

Tampoco para don Juan Tenorio, la religión resultará barrera a su egoísmo.

DON DIEGO:

Don Juan, en brazos del vicio
desolado te abandono;
me matas. . ., mas te perdono
de Dios en el santo juicio.

DON JUAN:

Largo el plazo me ponéis;
mas ved que os quiero advertir
que yo no os he ido a pedir
jamás que me perdonéis.
Con que no paséis afán
de aquí adelante por mí,
que como vivió hasta aquí
vivirá siempre don Juan.

Sólo concede a Dios una posibilidad de ayudarle. Si El no la aprovecha, no es culpa suya.

DON JUAN:

Míralo bien, don Gonzalo,
que vas a hacerme perder
con ella hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.

DON GONZALO:

¿Qué tengo yo, don Juan,
con tu salvación que ver?
. . .

DON JUAN:

Y venza el infierno, pues,
Ulloa, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio;
cuando Dios me llame a juicio,
tú responderás por mí.
. . .
Llamé al cielo y no me oyó
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responde el cielo y no yo.

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio, Parte primera, Acto IV*

Y pues le quitan su herencia
para enterrar a estos bien,
a él es muy justo también
que le entierren con decencia.

ESCULTOR:

Sólo a él le está prohibida
en este panteón la entrada.

DON JUAN:

Trae don Juan muy buena espada,
y no sé quién se lo impida.

ESCULTOR:

¡Jesús! ¡tal profanación!

DON JUAN:

Hombre es don Juan que a querer
volverá el palacio a hacer
encima del panteón.

ESCULTOR:

Pero, ¿no tiene conciencia
ni alma ese hombre?

DON JUAN:

Tal vez no,
que al cielo una vez llamó
con voces de penitencia,
y el cielo en trance tan fuerte
allí mismo le metió,
que a dos inocentes dio,
para salvarse, la muerte.

ESCULTOR:

¡Qué monstruo, supremo Dios!

DON JUAN:

Podéis estar convencido
de que Dios no le ha querido.

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio,*
Parte segunda, Acto I

Más tarde Don Juan acude angustiado a Dios, todavía no muy convencido de su existencia.

DON JUAN:

Dios te crió por mi bien;
por ti pensé en la virtud;
adoré su excelsitud
y anhelé su santo Edén.
Si esa voz con quien deliro
es el postrimer suspiro
de tu eterna despedida;
si es que de ti desprendida
llega esa voz a la altura,
y hay un Dios tras de esa anchura
por donde los astros van
dile que mire a don Juan
llorando en tu sepultura.

Luego reacciona el bravucón.

¿Duda en mi valor ponerme,
cuando hombre soy para hacerme
platos con sus calaveras?
Yo a nada tengo pavor:
tú eres el más ofendido,
mas si quieres te convido
a cenar, Comendador.

Luego, niega otra vez la vida eterna . . .

DON JUAN:

. . . Brindemos.

CENTELLAS:

A que Dios le dé su gloria.

DON JUAN:

Mas yo que no creo que haya
más gloria que esta mortal,
no hago mucho en brindis tal;
mas por complaceros ¡vaya!
Y brindo a que Dios te dé
la gloria, Comendador.

. . .ya convencido ante la aparición.

Mas si éstas que sombras creo
espíritus reales son
que por celestial empleo
llaman a mi corazón,
entonces, para que iguale
su penitencia don Juan
con sus delitos, ¿qué vale
el plazo ruin que le dan?
Dios me da tan solo un día.
. . .
Si fuera Dios en verdad,
a más distancia pondría
su aviso a mi eternidad.

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio, Parte segunda, Acto II*

Tras el desafío con los amigos, el monólogo es ya un mea culpa.

DON JUAN:

Jamás mi orgullo concibió que hubiere
nada más que el valor. . .; que se aniquila
el alma con el cuerpo cuando muere
creí. . ., mas hoy mi corazón vacila.
¡Jamás creí en fantasmas! . . ., ¡desvaríos!

(Viendo los espectros.)
¿Con que hay otra vida más
y otro mundo que el de aquí?
¿Con que es verdad ¡ay de mí!
lo que no creí jamás?
¡Fatal verdad que me hiela
la sangre en el corazón!
¡Verdad que mi perdición
solamente me revela!
¿Y ese reloj
...
y esos me quedan no más?
...
¡Injusto Dios! tu poder
me haces ahora conocer,
cuando tiempo no me das
de arrepentirme.

ESTATUA:

Don Juan:
un punto de contrición
da a un alma la salvación,
y ese punto aún te lo dan.

DON JUAN:

¡Imposible, en un momento
borrar treinta años malditos
de crímenes y delitos¡
...
Tarde la luz de la fe
penetra en mi corazón,
pues crímenes mi razón
a su luz tan sólo ve.
Los ve. . . y con horrible afán,
porque al ver su multitud,
ve a Dios en su plenitud
de su ira contra don Juan.

La conversión.

DON JUAN:

...
Suelta, suéltame esa mano
que aún queda el último grano
en el reloj de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
que un punto de contrición
da a un alma la salvación
de toda una eternidad,
yo, Santo Dios, creo en ti;
si es mi maldad inaudita
tu piedad es infinita.
...
¡Señor, ten piedad de mí!

Zorrilla no podía dejar condenar a héroe tan admirado por el público, aunque reconoce la dificultad de explicar su salvación.

INES:

Su fé nos salva. . . volveos
a vuestros sepulcros, pues.
La voluntad de Dios es;
de mi alma con la amargura
purifique su alma impura,
y Dios concedió a mi afán
la salvación de don Juan
al pie de la sepultura.
Yo mi alma he dado por ti
y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.

Misterio es que en comprensión
no cabe de criatura,
y sólo en vida más pura
los justos comprenderán
que el amor salvó a don Juan
al pie de la sepultura.

DON JUAN:

...
Clemente Dios, ¡gloria a ti!
...
Mas es justo; quede aquí
al universo notorio
que pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia
el Dios de don Juan Tenorio.

JOSE ZORRILLA, *Don Juan Tenorio, Escena final*

El Oriente

¡Y el Oriente! . . . El Oriente es tan poético con sus cosas actuales como la misma Edad Media con sus recuerdos. . . . Nada descubre uno en él de prosaico, porque nada refleja lo que somos. . . . Por estos los poetas aman tanto el Oriente: allí está el cielo de las inspiraciones, allí se embriagan de este éxtasis que revela a los iniciados la existencia de un mundo más vaporoso que aquel por donde arrastramos, crisálidas incompletas.

. . . ¿Hay algo más poético que esas mismas caravanas y esas tribus vagabundas y nómadas que, sin más patria que la tierra que pisan, fijan cada día en un lugar distinto sus tiendas ambulantes? . . . La fantasía ¿puede crear algo parecido en belleza y majestad a esas gigantescas datileras, salamandras del reino vegetal que resisten sin perder su gallardía el soplo abrasador de los vientos del desierto?

ANTONIO RIBOT Y FONTSERE

La atención al mundo oriental descrita por Aribau.

Cada uno de los grandes acontecimientos que han hecho tomar un nuevo aspecto al mundo político o moral ha influído notablemente sobre la literatura. Las conquistas de Hernán Cortés y de Pizarro en el Nuevo Mundo llevaban el oro y las piedras preciosas, no solamente a las arcas y a la cabeza y dedos de las damas, sino también a las obras de nuestros poetas españoles del siglo XVI y posteriores, que, deslumbrados por tanto resplandor, empezaron a encontrar una perla en cada gota de rocío, una veta de plata en cada arroyuelo y un pavimento de esmeralda en cada pradería; falsa riqueza y ridícula magnificencia que apenas se ha desterrado de nuestra literatura. Al mismo tiempo, los portugueses habían doblado el cabo de Buena Esperanza, y al paso que ellos y después los ingleses y otras naciones buscaban en las costas del Asia nuevos goces y nuevas necesidades para los europeos, preparaban también a su fantasía, siempre ávida de la novedad, sensaciones nunca experimentadas, poco menos que desconocida era para nosotros la literatura de aquellas regiones, a pesar de lo que nos habían transmitido los árabes. Entre las ricas importaciones recibimos un sin número de monumentos y escritos: entre los establecimientos de comercio se erigieron también sociedades de sabios, como la de Calcuta, que fundada y presidida por William Jones, dio tanta luz sobre la historia de la filosofía asiática; y he aquí introducido en Europa un nuevo sistema de escribir, tan interesante por su lenguaje misterioso como por la diferencia que guardan con nuestras costumbres las de los habitantes que lo hablan, y por los altos recuerdos que excitan en nosotros aquellos países, cuna del linaje humano. Desde entonces, una multitud de talentos se ensayaron en este género; se introdujo el gusto a los cuentos de hadas y encantadoras: se censuraron nuestras costumbres europeas, o trasladando la escena en la India o el Mogol, o haciendo viajar por Europa a príncipes o filósofos del Asia, hasta que de las traducciones e imitaciones más o menos felices pudo ya componerse una grande biblioteca.

Es en Inglaterra muy conocida la obra de *Asiatic Research (Indagaciones asiáticas)* en que se leen fragmentos interesantísimos y disertaciones de la mayor profundidad escritas por el citado William Jones, Wilkens y otros sabios de primera jerarquía. Casi todas las

naciones han trasladado a su lengua las traducciones inglesas, de manera que apenas hay alguna que pueda gloriarse de una versión inmediata, si no es la francesa, por haber M. Hagemann traducido de la lengua sánscrita el *Svetabadha o la muerte de Sveta,* episodio del canto de Bhishma sacado de la epopeya indiana de Bharata, que parece indudable ser más antigua que las de Homero.

Distinguimos las poesías orientales por ciertos rasgos sublimes llenos de énfasis y exaltación, por un tránsito instantáneo de una idea a otra enteramente diferentes y hasta cierto punto inconexas, y por una valentía y exageración en sus metáforas, que no tienen ejemplo entre los autores que se proponen por modelo a nuestra juventud. Sin embargo, M. Hagemann, en los fragmentos que tradujo del poema de Bharata, encontró con agradable sorpresa más relación con Homero de la que había esperado, no solamente en su método, sino aún en la construcción de las frases y en la colocación de los epítetos. En efecto, en un episodio del mismo poema vemos pintada con colores de una maravillosa semejanza una escena igual a la que describe Homero en el libro décimoctavo de la Ilíada, en que Tetis logra de Vulcano una armadura completa para Aquiles, lo cual sería tal vez una parte integrante y necesaria de la epopeya antigua, pues en Virgilio vemos igualmente a Vulcano fabricando las armas para el hijo de Venus. Seguramente que la extrañeza que nos causan los giros, al parecer violentos, de los poetas orientales cesaría en mucha parte si estuviéramos instruidos en la mitología de aquellos pueblos como lo estamos de la Grecia e Italia. Tal vez ellos encontrarían oscuros, por la misma razón, muchos pasajes de nuestros poetas.

...La sociedad de Calcuta no ha cesado, aún después del fallecimiento de su fundador, acaecido en 1790, de proporcionarnos admirables fragmentos y obras enteras de esta clase; y aunque algunos que han querido imitar su estilo han hecho de él un abuso, otros, íntimamente embebidos del espíritu que animaba a los Sufis, y guiados al mismo tiempo por los principios del gusto más refinado, sacaron todo el partido posible, así del clima en que fijan la escena como del carácter, creencia y lenguaje de los interlocutores. Entre ellos merece un lugar muy distinguido William Collins por sus Eglogas orientales, que merecen ser conocidas por todas las naciones, y puede que un día demos la traducción de algunas de ellas, pues no sabemos que nuestra literatura se haya todavía enriquecido con esta adquisición ni con otras muchas de este género. Estamos muy lejos de querer examinar si la introducción de semejantes sistemas de escribir ha sido una des-

ventaja o un verdadero bien para la literatura europea; y bien ajenos de la preocupación, o tal vez la mala fe que ha reinado en las contiendas entre homérida y osiánicos, clasicistas y románticos, somos de parecer que toda introducción de un género nuevo de literatura es un verdadero adelantamiento y un punto de vista más desde el cual las cosas pueden ser consideradas. Buscar la perfección en general sin concretarnos a una producción determinada, es lo mismo que preguntar a uno si le gusta más un templo que un palacio o un jardín; pues siempre responderá que prefiere un buen palacio a un templo mal construído, o a un jardín mal ordenado, y así respectivamente. No despreciamos, pues, el género oriental; busquemos las bellezas que puede dar de sí semejante hipótesis; aprovechémonos de ellas, añadamos este ramo de literatura a los demás que conocemos, sin confundir con otras las producciones que le pertenecen; coloquemos a cada una en la altura que le corresponde y gocemos de esta nueva sensación, pues no es único el camino de la gloria ni única la copa de los placeres.

Y si de las artes de imaginación y placer subimos a los conocimientos de razón y utilidad no podemos menos de recomendar la afición a las investigaciones que se han hecho sobre el Oriente. Muchísimos son los datos que se han recogido, muchísimos los que restan todavía por descubrir, los cuales podrán darnos abundantes luces sobre la historia de las primeras generaciones, si los examinamos con aquel espíritu de buena fe, tan distante de la impiedad como del fanatismo, que no rebuscando argumentos contra la religión, ni tampoco relaciones y concordancias asidas por los cabellos, aprecie las cosas en su legítimo valor, sepa comparar las tradiciones, hacerse cargo de su adulteración, examinar los monumentos y escritos, no olvidar las diferentes excepciones de las voces en diferentes épocas, especialmente las relativas a la división del tiempo; y finalmente proponerse la reunión de hechos y no la formación de hipótesis. Estos conocimientos son tanto más útiles cuanto la incredulidad se ha valido de ellos para atacar lo más precioso que tiene el hombre en esta vida; y si no nos defendemos con las mismas armas, el combate sería siempre desigual. Se han hecho algunos descubrimientos, aunque pocos, sobre la medicina de los indios; algunos más sobre su física y matemática y muchos sobre su metafísica, moral y jurisprudencia; se han traducido obras interesantes de las cinco lenguas principales del Asia; se ha comparado el sistema de los Sufis con el de los Vedantis; se han leído las obras de Sangata, de Budha, de Harhata, de Jaina y de otros filósofos conocidos desde Pekín hasta Damasco, y que encierran principios

adoptados en China, en el Japón, en la Península Oriental de la India y en varias naciones tártaras; se ha escrito sobre las sectas de Capita, que corresponde a la de Pitágoras y Zenón, y sobre la de Gotama, que corresponde a la de Aristóteles, y aún se supone que en muchas provincias de Persia ha existido la tradición de que entre las preciosidades que de la India envió Calistenes a su tío, había un sistema de lógica que le habían comunicado los Brahmines, y después sirvió de norma al filósofo de Estagira. Por todos respetos, pues, consideramos de la mayor importancia llamar la atención sobre esta mina de conocimientos que desde algún tiempo se ha abierto al espíritu humano y con tal objeto hemos extendido estas pocas ideas en el presente artículo.

BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU,
«Sobre la literatura oriental,» El europeo

Lujo y molicie en el ambiente oriental de los novelistas.

...Al fin encontró una puerta; empujóla y adelantó en un retrete en el cual se hundieron sus pies sobre una alfombra de la India; una lámpara de alabastro consumía aceite aromático y reflejaba su melancólico resplandor en paredes blancas y brillantes como el marfil, labradas con oro pulimentado; al frente, cubierta por un tapiz de púrpura, se abría una comunicación a otro aposento y a través de ella volaba un suavísimo perfume.

Llegó al tapiz y le alzó; un nuevo aposento más rico que el primero deslumbró al príncipe. La alfombra era de oro y seda; las paredes entapizadas de brocado; el techo de sándalo, incrustado de nácar y ébano; flores de Asia frescas y olorosas encerradas en vasos de ágata; pájaros atados a hilos de oro acurrucados en las cornisas y entre las flores, mostrando sus caprichosos plumajes; pebeteros de inmenso valor cargados de perfumes, y lámparas preciosas en las que daba pábulo a una luz velada por gases transparentes purísimo aceite de Siracusa. Los pebeteros difundían por la estancia un ambiente fresco

y oloroso, y parecían halagar el sueño de una mujer que dormía sobre almohadas de púrpura en el fondo del aposento.

...La frente de aquellos rizados cabellos orlaba, era tersa, pura y majestuosa como la de una sultana; dos cejas perfectamente arqueadas coronaban dos ojos que, aunque dormidos, lanzaban rayos de fuego intenso a través de sus entreabiertas y sedosas pestañas, y sobre sus mejillas, a quienes habría robado envidiosas su blancura la azucena y la rosa su leve carmín, se suspendían dos lágrimas transquilas. La pureza de sus húmedos y rojos labios revelaba a una virgen, y la suave dilatación de su seno, enamorados pensamientos.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ,
Historia de los siete murciélagos

El paisaje y el hombre del misterioso Oriente vistos por Bécquer.

Ha desaparecido el sol tras las cimas del Jawi y la sombra de la montaña envuelve con un velo de crespón a la perla de las ciudades de Oria, a la gentil Kattak que duerme a sus pies, entre los bosques de canela y sicómoros, semejantes a una paloma que descansa sobre un nido de flores.

...Los confusos rumores de la ciudad, que se evaporan temblando; los melancólicos suspiros de la noche, que se dilatan de eco en eco repetidos por las aves; los mil ruidos misteriosos que, como un himno a la Divinidad, levanta la Creación al nacer y al morir el astro que la vivifica, se unen al murmullo del Jawkion, cuyas ondas besa la brisa de la tarde produciendo un canto dulce, vago y perdido como las últimas notas de la improvisación de una bayadera.

La noche vence, el cielo se corona de estrellas y las torres de Kattak, para rivalizar con él, se ciñen una diadema de antorchas. ¿Quién es ese caudillo que aparece al pie de sus muros, al mismo tiempo que la luna se levanta entre ligeras nubes, más allá de los montes a cuyos pies corre el Ganges como una inmensa serpiente azul con escamas de plata?

El es. ¿Qué otro guerrero de cuantos vuelan como la saeta a los combates y a la muerte, tras el estandarte de Schiwen, meteoro de la gloria, puede adornar sus cabellos con la roja cola de ave de los dioses indios, colgar a su cuello la tortuga de oro, suspender un puñal de mango de ágata del amarillo chal de Cachemira sino Pulo-Dheli, rajá de Dakka, rayo de las batallas y hermano de Thippot-Dheli, magnífico rey de Osira, señor de los señores, sombra de Dios e hijo de los astros luminosos?

. . .

. . .¿De qué me sirve el poder y la riqueza si una víbora, enroscada en el fondo de mi corazón lo devora, sin que me sea dado arrancarla de su guarida? Ser rey, señor de señores; ver cruzar ante los ojos como visiones de un sueño, las perlas, el oro, los placeres y la alegría; verlos cruzar al alcance de la mano y al tenderla para asirlos, encontrar cuanto toca manchado de sangre. ¡Oh! ¡Esto es espantoso!

Así exclamaba Pulo, revolcándose sobre la púrpura de su lecho y torciéndose las manos a impulsos de su terrible desesperación. En balde el humo de los pebeteros embalsama la opulenta cámara; en balde la seda de brillantes colores se ha extendido sobre diez pieles de tigre para que descansen sus miembros; en balde han invocado los brahmines por siete veces el espíritu del reposo y al genio de los sueños de nácar. . . . El remordimiento, sentado a la cabecera del lecho los ahuyenta. . . .

Los genios que cruzan en numerosas caravanas sobre dromedarios de zafir y entre nubes de ópalo; las schivas de ojos verdes como las olas del mar, cabellos de ébano y cinturas esbeltas como los juncos de los lagos; los cantares de los espíritus invisibles que refrescan con sus alas los cansados párpados de los justos, no pasan como una tromba de luz y colores. . . .

. . .

Los peregrinos tocan al término de su viaje; ya han dejado a sus espaldas las fértiles e inmensas llanuras de Nepal, ya han visto a Benarés, célebre por sus alcázares, cuyos cimientos besa el sagrado río que divide el Indostán del imperio de los Birmanes. Como las creaciones de una visión celestial han cruzado ante sus ojos Palna, famosa por sus templos, sus mujeres y sus tapicerías; Dakka, la ciudad que tejió un velo para el santuario de los dioses con las trenzas de ébano

de sus vírgenes; Gualcos, escudo del reino de Sindiak, cuyos muros detienen a las nubes en sus vuelos.

También han gustado el reposo a la sombra de los inmensos plátanos de Dehli, concha que guarda a la perla de los reyes presentando en ofrenda miel y flores al genio protector de Allahabad, ciudad que debe su nombre a las caravanas de peregrinos que desde todos los puntos de la India acuden a sus templos, más numerosos que las hojas de los bosques y las arenas del Océano.

Cuarenta lunas han nacido después que abandonaron su alcázar; pero ¿quién podría enumerar los países que han cruzado, los bosques que les han prestado su sombra, los ríos que han apagado su sed? El Kiangar, conocido por el de las aguas rojas; el Espuri, cuya mansa corriente arrastra oro bastante a construir con él un alcázar soberbio, los Senwads, bosques sombríos donde el boa se desliza con el rumor de la lluvia; Lahore, la madre de los guerreros; Cachemira, la virgen de los siete chales de amianto y cien y cien otros países, ciudades, bosques, torrentes, ríos, montañas, que hasta llegar a las cordilleras del Himalaya se extienden sobre las inmensas llanuras de la India.

...Un aura fresca mece las magnolias y tulipanes que crecen entre los juncos de la ribera y enjuga el sudor de sus frentes. El bubul, sobre las ramas de un penachudo talipot, entona un canto melancólico y suavísimo, y entre las ráfagas de luz que reverberan las arenas cruzan, diáfanos como el ámbar, miriadas de pájaros e insectos con ropajes de oro y azul, de crespón y esmeraldas.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*El caudillo de las manos rojas,*» *Leyendas*

O por Arolas en su Leyenda tártara.

Teu-Man siempre halagado del destino
de Tartaria el imperio se asegura
desde la extremidad del Ponto Euxino
al Oby, que al mar Caspio se apresura.

Sus palacios levantan a los vientos
sus cúpulas hermosas y doradas
y llenan sus vistosos campamentos
tiendas de negras crines fabricadas.

Obtuvo de un enlace lisonjero
fruto dulce de amor en dos garzones:
Mothé debió a la suerte ser primero,
con felices agüeros y visiones.

Pero Teu-Man no aprecia la bravura
del doncel ni a su beso el rostro inclina
ni le halaga con plácida ternura
ni al trono del imperio le destina.

Ama sólo a Kin-Kan, hijo segundo,
feble como las hojas desprendidas,
que a llorar cual mujer vino a este mundo,
no a fatigar trotón ni regir bridas.

Para dar a Mothé bárbara muerte
finge el padre negocios de un tratado
y hablóle blandamente de esta suerte,
mintiéndole lisonjas con agrado:

—Con las tribus de Yuet-Chi paces quiero
y asentadas, te entrego mi corona:
Tú debes ser el fausto mensajero;
tú solo representes mi persona.

Cumple, pues mis mandatos, hijo mío;
tienes segura tregua y franco suelo:
Nada te tocará sino el rocío
y la lluvia que caiga desde el cielo.—

. . .

Dormido sobre el bruto un breve instante,
soñó espectro lívido, horroroso,
con sanguinosa cinta por turbante
y exclamó dando fin a su reposo:

—Infausta es mi misión según mi sueño;
mi padre no me amó. . . ¡guay no me venda!
Nunca pudo mirar sin grave ceño
mi sombra entre los pliegues de su tienda.

No conozco la ley de mi contrario;
conozco de mi brazo la pujanza:
Dichoso es en la liz el temerario;
no quieren paz mi dardo ni mi lanza.—
. . .
Mothé detiene el suyo prontamente,
toma el arco letal, que va cediendo
sus elásticos cabos igualmente,
al nervio retorcido obedeciendo;

y al adalid arroja una saeta
que, pasándole el pecho sin coraza,
a muerte dolorosa le sujeta
y el hondo corazón le despedaza.

En vano le sigan con enojos
seis jinetes de esfuerzo prodigioso;
cual relámpago pasa por sus ojos,
apagado su rastro luminoso.

En la caza de tigres y leopardos
halló al emperador entretenido;
lo traspasó con uno de sus dardos
que de mil y mil otros fue seguido.

Cayó Teu-Man al suelo, taladrado
de una nube de puntas aceradas
y Mothé por señor fue saludado
de todas las falanges esforzadas.

JUAN AROLAS, *Leyenda tártara, de*
Poesías caballerescas y orientales

El influjo de Oriente llega a España con los musulmanes. Zorrilla mezcla historia y poesía en sus populares versos.

Corriendo van por la vega
a las puntas de Granada
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad
parando su yegua blanca,
le dijo éste a una mujer
que entre sus brazos lloraba.
—Enjuga el llanto, cristiana,
no te atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti.
Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores,
y en la vega del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.
...
Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales:
de Grecia te traeré velos
y de Cachemira, chales.
Y te daré blancas plumas
para que adornes tu frente,
más blancas que las espumas
de nuestros mares de Oriente.
Y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello;
para los labios, amor.
—¿Qué me valen tus riquezas

—respondióle la cristiana—
si me quitas a mi padre,
mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
a mi padre y a mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada.
Escuchóla en paz el moro,
y manoseando su barba
dijo como quien medita,
en la mejilla una lágrima:
—Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son más bellas tus flores
por ser tuyas, en León,
y tú diste tus amores
a alguno de tus guerreros,
hurí del Edén, no llores;
vete con tus caballeros.
Y dándole su caballo
y la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espalda.

JOSE ZORRILLA, *Oriental*

Una ciudad riquísima opulenta,
el orgullo y la prez del Mediodía,
con regia pompa y majestad se asienta
en medio la feraz Andalucía.

Allí el aura sutil aspira aromas,
y la estremecen, sobre cien jardines,
bandadas de dulcísimas palomas
y pintado tropel de colorines.

Mofa con sus alcázares del viento,
fatiga de los fastos sus memorias;
su grandeza y tesoros son sin cuento,
y no se encuentra fin a sus historias.

Crecen allí las palmas del desierto,
de Cartago los frescos arrayanes;
las cañas del Jordán, en son incierto,
arrullan de Estambul los tulipanes.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
se ostentan en su espléndido recinto,
y ansiaran sus recuerdos orientales
los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
la voluptuosa pompa del Oriente;
que entre flores y lánguida pereza
vive tranquila su atezada gente.

¡Oh! Esas torres orientales
que, levantando insolentes
sus agujas desiguales,
mecen las auras corrientes
en trémulas espirales.

JOSE ZORRILLA, *Al último rey moro de Granada: Boabdil el Chico, de Obras*

De la misma forma, el Duque de Rivas busca el Oriente en Andalucía.

En medio de espaciosas alamedas
Guadalquivir, en sus risueñas aguas,
de la Almunia el magnífico palacio
como en luciente espejo retrataba,

donde en un gran salón, cuya techumbre,
de oro cubierta y de labores varias,
en cien columnas, de lustroso mármol
con ricos capiteles, descansaba;

cuyos frisios, recuadros y cronisas,
en esmaltes lucientes, adornaban
sentencias del Corán, y cuyo suelo
era bruñidos jaspes de Granada;

a los tiernos esposos y a los padres
recibe, grato el cordobés monarca;
tiende a Almanzor la mano, a Osmar saluda,
y a Abdimelik y a Habiba, afable, abraza;

y del regio turbante, desprendiendo
magnífico joyel, do se encerraba,
de gran virtud, un talismán antiguo,
a la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico, anchuroso,
un cuadrado jardín, al que cercaba
verja de limpio bronce, se extendía,
todo alfombrado de olorosas plantas;

donde, entre cuatro sonorosas fuentes,
que, en conchas de alabastro, recobraban
los copiosos raudales que esparcían,
iris formando por las frescas auras,

a la sombra de un toldo delicado,
de leve seda de color de grana,
en tapetes y alfombras levantinas,
el soberbio festín dispuesto estaba.

En él ocupa preeminente puesto
Hiczen el poderoso; seis esclavas
sobre él suspenden el soberbio palio,
que en seis varales de marfil descansa;

y a ambas partes, dos niños berberiscos,
en pebeteros de bruñida plata,
queman preciosos bálsamos de Persia
y perfumes suavísimos de Arabia.

. . .

Entra pues el expósito gallardo,
y su talle gentil y su hermosura
el rumor del encanto justifican,
y a quien portento le ha llamado, excusan.

Lleva en derredor el casco damasquino,
de una persiana tela, en que fulgura
tejido el oro entre la lana y seda
con tintas, que brillantes sobrepujan.

A los varios matices de las flores,
a los tersos esmaltes de las frutas,
ajustado el turbante: rica joya
sobre la frente con primor lo anuda,

y de ella una garzota se levanta,
que trémula del sol el brillo emula.
De entretejida malla el coselete,
la gola y los brazales, do vislumbran

alternadas escamas de oro y plata,
en parte cubre primorosa juba
de purpurina tela, con recamos
de oro, seda y aljófares menudas.

Las anchas bragas de delgado lino
y faja azul, que el talle en torno ajusta,
las grebas y esquinelas buriladas,
dejando fuera el acicate, ocultan;

y cual nacido el joven en la silla
de altos borrenes, muestra la andaluza
gracia en el cabalgar. Morisca adarga
lleva al siniestro brazo; con la zurda

el blando freno rige, con la diestra
una ligera lanza de dos puntas:
un agudo puñal y una gumía
le sujeta la faja en la cintura,

y al lado izquierdo muéstrase, pendiente
de un cordón verde que su pecho cruza,
la de Almanzor en fin, la formidable
arábiga de la bélica fortuna.

DUQUE DE RIVAS, *El moro expósito*

Pero también puede evocarse el tiempo en que fue España la que estuvo en Oriente; cuando los almogávares en el siglo XIII.

BERENGUER:

Con vuestra venia,
os diré lo que yo haría;
conquistar la Romanía,
la Natolia y la Armenia
y agitando de Aragón
el generoso estandarte,
volver la vista a otra parte,
que ya os dice el corazón.

ROGER:

¡Calla, Berenguer! desbarras.

BERENGUER:

A esa región española,
donde don Jaime tendiendo
las cinco sangrientas barras,
y ése, ése es nuestro rey
natural, bravo, clemente,

bizarro y sobre valiente,
honrado que guarda ley.
Yo le diría, ¡aquí estamos!
toda esa tierra traidora
nos insultó; pero ahora
somos nosotros los amos.
Si tierras ganáis ahí,
nosotros, sin darnos treguas,
conquistamos ya más leguas
que españoles hay aquí.
El pie de nuestros caballos
remachó su cautiverio;
ahí os damos un imperio
con millones de vasallos.

MARIA:

¡Bien habéis cumplido, hermanos
de aquel varón noble y fuerte!
habéis cansado a la muerte;
estáis con razón ufanos;
bien puede estar satisfecho
el justo y terrible enojo:
todo un imperio es despojo
del valor de vuestro pecho.
Ya podéis volver a España
cruzando sin pena el mar,
a los vuestros a contar
tanta portentosa hazaña;
decidle: «de nuestros pies
coronas han sido alfombras;
vencido el Oriente, nombra
con miedo al aragonés.
Llorando queda, y mañana,
aún después de enjuto el llanto,
recordará con espanto.
la venganza catalana.»

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,
Venganza catalana, Acto II

Un episodio de actualidad—la guerra de Oriente—permite a García y Tassara vibrar de amor por el Asia.

¡Asia! ¡Patria común! ¡Cuna del mundo!
¡Profetisa inmortal de las naciones!
¿Quién desgarró tus blancos pabellones?
¿Quién tu guirnalda con su aliente ajó?
Puso el Señor sobre tu frente excelsa
¡Asia inmortal! sus manos inmortales;
de la luz del Edén los manantiales
a tu regazo inmaculado abrió.
El mundo fue. Del primitivo caos
el gran principio se lanzó fecundo
y aplacióse en tu hechura su deidad.
En ti brotó la primordial semilla,
que mordió la serpiente del pecado.
Arbol de vida que la muerte ha dado,
y debió cobijarse la humanidad.
El mal su sombra fue: pero a su sombra
revolaba un espíritu divino;
y bajó de los cielos el destino,
y una voz dijo al hombre: ¡Por aquí!
El canto oscuro del primer profeta
aún resuena del mundo en la memoria,
y el mundo vuelve al recordar su historia,
llena su faz de admiración a ti.
La religión con sus altares de oro,
con su arpa omnipotente la poesía,
cuanto el mortal divinizara un día,
dogma, belleza, tradición, verdad.
Todo fue tuyo. Un siglo y otro siglo
amasó los magníficos cimientos:
en ti vertió su mundo de portentos
el genio de la osada humanidad.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA, *A la guerra de Oriente, de El iris*

Y Espronceda cantará en la amenaza rusa dos constantes románticas: el exotismo y la violencia.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos espléndido festín.

¡Hurra, a caballo, hijos de la niebla!

Suelta la rienda a combatir volad.
¿Veis estas tierras fértiles? Las puebla
gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
todo es hermoso y refulgente allí;
son sus hembras celestes serafines,
su sol alumbra un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!

Nuestros sean su oro y sus placeres;
gocemos de ese campo y de ese sol;
son sus soldados menos que mujeres,
sus reyes, viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro.
Vedlos, cobardes, lágrimas verter.
Hurra, volad; sus cuerpos, su tesoro
huellan nuestros caballos con sus pies.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!

Desgarremos la vencida Europa
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa
cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
regias habitaciones morarán;

cien esclavos, sus frentes inclinando
al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!

Volad, volad, guerreros del desierto,
como nubes en negra confusión,
todo suelto el bridón, el ojo incierto,
todo atropellándose en montón.
Id a la espesa niebla confundidos,
cual tromba que arrebata el huracán,
cual témpanos de hielo endurecidos
por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!
...
Y nuestras madres nos verán triunfantes
y a esa caída Europa a nuestros pies,
y acudirán de gozo palpitantes
en cada hijo a contemplar un rey.

JOSE DE ESPRONCEDA, *¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!*

El escepticismo

Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una planta maldita con frutos de bendición.

JUAN VALERA

¿Dónde vivimos?

Un mundo disforme, raquítico, oscuro, aplastado por los polos, que volteaba de medio ganchete, con montañas de nieve y de arenales encendidos, con fuego en las entrañas y océanos en la superficie, con una humanidad frágil y presuntuosa, con aspiraciones de Dios y flaquezas de barro. El principio de muerte, destruyendo cuanto existe, y el principio de vida, con conatos de eternidad, reconstruyéndolo con sus mismos despojos; un mundo disparatado, absurdo, inconcebible; nuestro mundo, en fin.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
«La creación,» Leyendas

Nada permanece. El tiempo lo destruye todo.

. . .No ostente Roma ufana
tus famosas ruinas,
triste esqueleto de gigantes glorias.
Si cuidadosa examinas
tanta reliquia vana
de gimnasios y termas, arcos, templos,
verás que son desengaños vividores,
verás que son ejemplos
que el tiempo destructor ha perdonado
para ser escarmiento a los mortales.

Mas, ¿dónde están, ¡tristes memorias!
los cónsules, tribunos, dictadores
y altos emperadores,
que cercados de triunfos y victorias
inciensos divinales alcanzaron
y a sus pies la fortuna encadenaron?

Sobre sus tumbas olvidadas crece
el solitario cardo, entre las piedras,
que con triste silbido el viento mece,
y en las horas nocturnas
el carabo afligido,
que acaso anida en las volcadas urnas,
esparce por las sombras su alarido.

Así existen los restos suntuosos,
que, ¡oh Roma! guardas y aún altiva ostentas;
así existen columnas y colosos.
Pero ¿por consolarte acaso cuentas
con que así durarán con gloria tuya?
¡Ay! verás pronto su total ruina;
serán desmoronados
y en vil polvo tornados;
que de Saturno la cruel guadaña,
que todo lo confunde y extermina,
aún en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornará: ¿Dónde me lleva?
¿adónde mi dolor? . . . ¿Por qué mi mente
en amargos recuerdos hoy se ceba,
sin advertir el mal que está presente?
¿Qué importa que pasaran
tantos imperios, tan excelsas glorias,
que fueron y no son? . . . Nosotros mismos
yaceremos en fin; en soledades
se tornarán también estas ciudades
que ahora son nuestro encanto;
se hundirán del no ser en los abismos,
ni quedarán memorias
de que aquí descollaron. Los vergeles,
hora nuestra delicia,
se tornarán maleza y pantanos,
o ronco mar, que ronco entre bajíos,
hierva y brame y asombre a los navíos.
. . .
Cuanto ahora existe,
todo perecerá, cual perecieron

altas naciones que en el mundo fueron.
¿Quién el empuje de la edad resiste?
Como el raudo torrente
nace en la sierra y corre en la llanura,
y por más que se oponga a su corriente
ora un profundo valle,
ora de antiguo la espesura,
ora una alta colina o fuerte muro,
abre espumoso a su carrera calle,
hasta llegar al mar, de aquesta suerte
corre el orbe a los brazos de la muerte.

DUQUE DE RIVAS, *El tiempo*

Igual sucede con los sentimientos humanos; el desengaño lleva a la insensibilidad.

¡Ay, que se va apagando
la llama santa que otro tiempo ardía
dentro mi pecho blando,
y sin cesar se enfría
el éter que en mis venas discurría!

¡Deliciosos momentos,
cuando echando mis males en olvido
en dulces pensamientos
pasaba embebecido!
¿Para no más volver habéis huído?

¿Dó están las ilusiones,
cuando en los días de mi edad ardiente
loaba en mis canciones
el sol cuando en oriente
su lámpara ostentaba refulgente:

La noche misteriosa
cuando tendía su estrellado velo:
el ave generosa
cuando alzaba su vuelo:
y la santa virtud, hija del cielo?

Entonces, si veía
al mérito morar so un pobre techo,
opresa el alma mía
se me ponía estrecho,
y se me derretía el tierno pecho.

Si al salir de esta choza,
veía el vicio pasear triunfante
en soberbia carroza,
pintábase al instante
la indignación en mi feroz semblante.

Unos ojuelos bellos.
Unas mejillas de color rosado,
unos negros cabellos,
un pecho torneado,
me hacían palpitar apresurado.

Los insondables senos
mirando de la mar, estremecíanme;
los prolongados truenos
con que el olimpo gime
me henchían antes de terror sublime.

Mas ora ya es en vano
de su sueño sacar esta alma fiera,
aunque la excelsa mano
el mundo destruyera,
¡ay cuánto disto de lo que antes era!

Contemplo fríamente
al padre de la luz hacer su giro,
el alma apenas siente,

como antes no me admiro,
ni como suspiraba ya suspiro.

La alegre primavera
por olorosos céfiros llevada
triscando en la pradera
con la cesta enrejada
llena de flores mil, ya no me agrada.

La copa de Lieo
no es para mí como antes tan sabrosa,
ni tan grato del pájaro el gorjeo,
ni la luz tan hermosa,
ni tan fragante el cáliz de la rosa.

Más que la cera hervida
tierno mi corazón formó natura;
mas luego arrepentida
cubrió tanta blandura
de una corteza más que el bronce dura.

Secáronse mis ojos,
calló mi lengua, se arrugó mi frente,
mis nervios están flojos,
y flojas igualmente
las cuerdas de mi lira allí pendiente.

Hundirse los imperios,
he visto yo con torva indiferencia;
y en anchos cementerios
hundirse a mi presencia
la mitad vi de la gran Favencia.

En reducidos años
víctima fui de cien calamidades,
vi pestes, guerras, daños,
crudas enemistades,
dividiendo a familias y a ciudades.

En medio a tanto estruendo
acostumbrado al llanto y al gemido,
me he ido endureciendo,
cual suele roble erguido
al soplo de aquilón robustecido.

BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU,
Mi insensibilidad progresiva, de
El europeo

Escepticismo en la vida diaria. Burla de la burocracia española.

. . . Este hombre se va a perder, me decía un personaje muy grave y muy patriótico.

—Esa no es una razón—le repuse—si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía o de su ignorancia.

—¿Cómo ha de salir con su intención?

—Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse: ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa?

—Puede perjudicar a los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere.

—A los que lo han hecho de otra manera, es decir, ¿peor?

—Sí, pero lo han hecho.

—Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, ¿será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.

—Así se ha establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.

—Por esa razón debieran darle a usted papilla todavía, como cuando nació.

—En fin, señor Fígaro, es un extranjero.

—¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?

—Con esas socaliñas vienen a sacarnos la sangre.

—Señor mío, exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia; está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de querer adivinarlo todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a los que sabían más que ellas.

MARIANO JOSE DE LARRA, «*Vuelva Ud. mañana*»

Tan exagerado—y por tanto, risible—puede ser el excesivo amor al país del castellano viejo...

...A mí amigo Braulio...la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido a toda o la mayor parte de nuestra clase media y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla..., es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien le sucede, poco más o menos, lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas, sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre estrambos homoplatos.

...¡Santo Dios te doy las gracias..., líbrame de los convites caseros y de los días de días! ¡Líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que se creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que si caigo de nuevo en

tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef,* desaparezca del mundo el *beefsteak,* se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo, la deliciosa espuma del *champagne.*

MARIANO JOSE DE LARRA,
«El castellano viejo»

...como la boba admiración a todo lo extranjero.

...En este país..., esta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: ¡cosas de este país! que con vanidad pronunciamos y sin pudor alguno repetimos.

...Este cuarto está hecho una leonera—me dijo—¿qué quiere usted? en este país..., y quedó muy satisfecho de la excusa que a su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en que había de almorzar con él, y no pude resistir a sus instancias: un mal almuerzo, mal servido, reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:

—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo a nadie; hay que recurrir a los platos comunes y al chocolate.

—¡Vive Dios! dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beefsteak* con todos los adherentes de un almuerzo *a la fourchette;* y que en París los que pagan ocho o diez reales por un *appartement garni* o una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con champagne.

...Don Periquito es pretendiente, a pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.

—Cosas de España—me salió diciendo al referirme su desgracia.

—Ciertamente—le respondí, sonriéndome de su injusticia —porque en Francia e Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él.

—¡Cosas de España!—me repitió.

—Sí, porque en otras partes colocan a los necios—dije yo para mí.

...¡Oh infernal comenzón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelo para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

...Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean continuamente este país y clamaba:

—Qué basura, en este país no hay policía.

En París, las casas que se destruyen o reedifican no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco.

—No hay limpieza en España—exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.

—¡Ah, país de ladrones!—vociferaba indignado.

Porque en Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores a la mitad de un día de niebla a los transeúntes....

Nos pedía limosna un pobre.

—En este país no hay más que miseria—exclamaba horripilado.

Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

MARIANO JOSE DE LARRA, «*En este país,*» *Artículos de costumbres*

Cuando irrazonables, tan absurdos resultan la beatería como el volterianismo.

Excusado es decir que adoptó mi hermana (emigrada a Francia) las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año Cristiano a Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora porque las dejaba que antes porque las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos, y qué sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que padre y madre eran cosas de brutos, y que a papá y a mamá se les debía tratar de tú, porque no hay amistad que iguale a la que une a los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros a los segundos): verdades todas que respeto tanto o más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fue superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé que a propósito, mi cuñado, y Augusto regresó a España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido, como ella, la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque esto se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y se metía en cuestiones, y era hablador y raciocinador, como todo muchacho bien educado....

MARIANO JOSE DE LARRA, «*El casarse pronto y mal,*» *Artículos de costumbres*

Escepticismo ante la sociedad. Nadie ayuda a nadie. El hombre está solo.

...En el mundo feliz que habitamos, casi todas las desgracias son verdad; razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A nuestro modo de ver, no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal está la verdad. Lo malo es cierto. Sólo los bienes son ilusión.

...De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos a los de sus semejantes para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera, es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque a su hermano (que así se llaman los hombres unos a otros, por burla sin duda) para pedirle su auxilio. De aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error, es todo lo contrario: nadie concurre a la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella. Es un fondo común donde acuden todos a sacar y donde nadie deja, o sólo cuando pueden tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos.

MARIANO JOSE DE LARRA, «*La sociedad,*»
Revista española

Por este camino puede llegarse a la negación del mal y del bien.

—¡Qué horror, Abenzarsal, qué horror! ¿No tembláis al crimen?

—¿Qué es el crimen? ¿Lo que han querido llamar tal los hombres? Soy uno de ellos; tengo derecho a no adoptar sus definiciones.

—Me diréis que el quitar la vida a otro ser. . . .

—¿Qué es quitar la vida, don Enrique? ¿Puede el hombre, necio, insensato, quitar la vida a ningún ser? ¿Puede el hombre crear ni destruir? ¡Impotente, miserable! Aquel en quien se acaba el alma de separarse del cuerpo, deja de vivir a los ojos de los hombres. A los ojos de Dios, vive, porque nada muere a los ojos de Dios. Si el vivo vive de una manera que confesamos, vive también el muerto de otra manera que desconocemos. A los ojos de Dios, las acciones todas son iguales. No hay bien, no hay mal; no hay vida, no hay muerte; no hay virtud, no hay crimen.

MARIANO JOSE DE LARRA, *El doncel de don Enrique el Doliente*

El escepticismo de Larra no admite excepciones: sarcasmo ante el escritor. . .

El criado: Tú buscas la felicidad en el corazón humano y para eso le destrozas gozando en él como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos. . . . Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿Quién me conoce? . . . Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres del mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes

y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas a tus lectores para ser de ellos adulado y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

...Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario y las encuentro fieles, al menos por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla.

...Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia.

MARIANO JOSE DE LARRA, *La Nochebuena de 1836*

...ante el amor a la vida...

Me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser Supremo que...ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa a la vez y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de ésta me asombro más...todavía..., de ese apego que todos tienen, sin embargo, a esta vida tan mala. Esto último bastaría a confundir a un ateo si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento; porque sólo un Dios, y un Dios Todopoderoso, podría hacer amar una cosa como la vida, ...vida inculta o civilizada, el hombre, en cuanto a su felicidad, nada habría adelantado. La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de

suerte es imposible. Nació víctima y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así bajo el dorado artesón como debajo de la rústica techumbre de ramas.

Paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer a los demás lo que no creo.... Esto es, que mi vida está reducida a querer decir lo que los otros no quieren oír.

MARIANO JOSE DE LARRA, *La vida de Madrid*

...ante la política...

¿Me preguntas si es gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algún quejoso; hay por otra parte, muchos que están representados a cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida más de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son o no son representaciones? Cada español, por otra parte, representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está a dos dedos de representar el cuadro del hambre. ...Todo es, pues, pura representación; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos o no en un sistema representativo es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle a un borracho si bebe vino.

MARIANO JOSE DE LARRA, «*Tercera carta de un liberal de acá a un liberal de allá,*» *Artículos políticos y sociales*

. . .y la moral.

Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería a los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad, divertida y graciosa locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas: ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideración. Augusto no es a los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido. . .; en fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta ayuda y les promete aún protección! ¡Qué movimiento en él! ¡qué actividad! ¡qué heroísmo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡qué asiduidad y qué delicadeza en acompañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra! . . .

MARIANO JOSE DE LARRA, «*El casarse pronto y mal,*» *Artículos de costumbres*

Nada es cierto. Todo acaba. Todo cansa. Habla Espronceda.

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno e insaciable mi deseo;
palpé la realidad y odié la vida,
sólo en la paz de los sepulcros creo.
Y busco aún y busco codicioso,

y aún deleites el alma finge y quiere;
pregunto y un acento pavoroso,
¡ay! me responde: desespera y muere.
¡Muere, infeliz! La vida es un tormento,
un engaño el placer; no hay en la tierra
paz para ti, ni dicha ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra.
Que así castiga Dios el alma osada
que aspira loca en su delirio insano,
de la verdad para el mortal velada,
a descubrir el insondable arcano.

Y antes, en la misma composición, un grito de angustia.

¿Por qué murió para el placer mi alma
y vivo aún para el dolor impío?
¿Por qué si yazgo en indolente calma
siento, en lugar de paz, árido hastío?
¿Por qué este inquieto, abrasador deseo,
por qué este sentimiento extraño y vago,
que yo mismo conozco un devaneo
y busco aún su seductor halago?
¿Por qué aún fingirme amores y placeres
que cierto estoy de que serán mentira?
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
necio tal vez mi corazón delira?
¿Si luego, en vez de prados y de flores,
halla desiertos áridos y abrojos,
y en sus sandios o lúbricos amores
fastidio sólo encontrará y enojos?
Yo me arrojé, cual rápido cometa,

en alas de mi ardiente fantasía:
do quien mi arrebatada mente inquieta
dichas y triunfos encontrar quería.
. . .
Luego, en la tierra, la virtud, la gloria
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria
mi fatigado espíritu encontró.

JOSE DE ESPRONCEDA, *A Jarifa en una orgía*

La falsa apariencia puede engañar, pero sólo temporalmente.

¡Oh, cruel, muy cruel! . . . ¡Ay! yo entretanto
dentro del pecho mi dolor oculto,
enjugo de mis párpados el llanto
y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto,
y me divierto en arrancar del pecho
mi mismo corazón pedazos hecho.
Gocemos, sí; la cristalina esfera
gira bañada en luz; ¡bella es la vida!
¿Quién a parar alcanza la carrera
del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera,
los campos pinta la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo.
Que haya un cadáver más, ¡qué importa al mundo!

JOSE DE ESPRONCEDA, *Canto a Teresa*

El esfuerzo humano es totalmente inútil.

¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
Un misterio también. . . . Corren los años
su rápida carrera y escondida,
la vejez llega envuelta en sus engaños:
Vano es llorar la juventud perdida,
vano buscar remedio a nuestros daños;
un sueño es lo presente de un momento,
muerte es el porvenir, lo que fue, ¡un cuento!
. . .
Los siglos a los siglos se atropellan;
los hombres a los hombres se suceden;
en la vejez sus cálculos se estrellan,
su pompa y glorias a la muerte ceden:
la luz que sus espíritus destellan
muere en la niebla que vencer no pueden,
y es la historia del hombre y su locura
una estrecha y hedionda sepultura.
¡Oh, si el hombre lograr tal vez pudiera
ser para siempre joven e inmortal,
y de la vida el sol le sonriera,
eterno de la vida el manantial!
¡Oh, cómo entonces venturoso fuera
roto un cristal, alzarse otro cristal
de ilusiones sin fin, contemplaría
claro y eterno sol de un bello día. . . !
¿Necio, dirán, tu espíritu altanero
dónde te arrastra que insensato quiere
en un mundo infeliz, perecedero,
vivir eterno mientras todo muere?
¿Qué hay inmortal, ni aún firme y duradero?
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
Loco es tu afán, inútil tu lamento. . . .

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

Partiendo de la falsedad general, la mentira es la única salvación...

Feliz a quien meces,
mentira, en tus sueños,
tú sola halagüeños
placeres nos das.
¡Ay, nunca busquemos
la triste verdad!
La más escondida,
tal vez, ¿qué traerá?
¡Traerá un desengaño!
¡Con él, un pesar!

...y la picaresca, el lógico camino del escéptico.

Acudió a la par de ella
la esposa del regidor,
un pintor joven cuya mala estrella
trajo a Madrid con más saber que Apeles,
mas no llegó a pintar porque el dinero
a su llegada le ganó un fullero
y no compró ni lienzo ni pinceles;
y en la buhardilla vive,
lejos del ruido y pompas de este mundo.
Junto a Dios nada menos, del profundo
genio de Dios la inspiración recibe:
mas tanto genio por causa tan fútil
estéril es, la inspiración inútil.
Y ¡oh prosa! ¡oh mundo vil! no inspiraciones
pide el pintor a Dios, sino doblones.
...Y entre otros vino

un romántico joven periodista
que en escribir se ocupa folletines,
de alma gastada y botas de charol,
que ora canta a los muertos paladines,
ora escribe noticias del Mogol;
cada línea a real, y anda buscando
mundo adelante nuevas sensaciones,
las ilusiones que perdió llorando,
lanzando a las mujeres maldiciones.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

El amor tiene siempre duración limitada.

Son ilusiones que fueron;
recuerdos, ¡ay! que te engañan,
sombras del bien que pasó.
. . .
Ya te olvidó él que tú amas.
Esa noche y esa luna
las mismas son que miraran
indiferentes tu dicha,
cual ora ven tu desgracia,
¡Ah, llora, sí, pobre Elvira,
triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
que distraída tú arrancas,
¿sabes adónde, infeliz,
el viento las arrebata?
Donde fueron tus amores,
tu ilusión y tu esperanza.
Deshojadas y marchitas,
¡pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora
teñida de ópalo y grana,
naciente luz decolora
refulgente precursora
de la cándida mañana.
Mas, ¡ay! que se disipó
tu pureza virginal,
tu encanto el aire llevó
cual la ventana ideal
que el amor te prometió.
Hojas del árbol caídas
juguetes del viento son:
las ilusiones perdidas,
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón.
. . . Murió de amor la desdichada Elvira,
cándida rosa que agostó el dolor,
suave aroma que el viajero aspira
y en sus alas el aura arrebató.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca*

¡Oh, cómo vibra y en acorde canto
el alma de ella al alma de su amante!
¡Oh, cómo tanto amor, delirio tanto
se retrata en su célico semblante!
¡Oh, cual le presta su ignorado encanto
su espíritu a su espíritu flotante!
Como el arco del músico se agita
cuando violenta inspiración le incita.

Que como cuando arrebatado azota
al muelle mar el huracán violento,
las apiñadas olas que alborota
a merced van del combatido viento,
así en la llama eléctrica que brota

el alma en cada nuevo sentimiento,
envuelta el alma ajena y sacudida
vaga a merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero
prestándose placer, gloria y ternura,
pararme un punto y lastimarme quiero
de mi propio disgusto y desventura;
que ya gastado de mi ardor primero,
el tesoro riquísimo se apura
y en mi amargo dolor continuo lloro
perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela
no tener ya que ir como iba un día,
a escape con el alma y dando espuela
al alma que en mi curso antecogía;
ni soñada esperanza me desvela
ni doy crédito ya a mi fantasía,
y si de amor no late el pecho mío,
también, en cambio, a mi placer me hastío.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

El poeta adopta una actitud escéptica desde el principio. En lugar de lamentarse a posteriori, *afrontará el amor con desconfianza.*

Si, como se sabe ya,
él que espera desespera,
quien como yo nada espera,
cuál se desesperará.

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia
y luego vuelta a empezar.

Que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
a los mártires de amor.

RAMON DE CAMPOAMOR, *Doloras*

También José Selgas . . .

Y ¿por qué a la virtud somos extraños?
¿Por qué este afán tenemos a una vida
tan llena de amargura y desengaños?
La bulliciosa juventud convida
a festines de amor, y nos ofrece
la copa del placer apetecida.
El alma se dilata y se estremece;
palpa la realidad, rásgase el velo
y toda la ilusión desaparece.
Entonces llega el matador recelo,
entonces llega la inquietud sombría
y llegan el dolor y el desconsuelo.

JOSE SELGAS, *La primavera*

. . . y Hartzenbusch.

Tras la dicha corremos
y ella se esconde,
y jamás en la vida
sabemos dónde.

¡Qué triste suerte!
¡Ser la dicha dudosa,
cierta la muerte!

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,
La dicha, de Poesías

El sarcasmo de Bécquer es sobrecogedor.

Voy contra mi interés al confesarlo;
pero yo, amada mía,
pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
de un billete de banco al dorso escrita.
Tú sabes y yo sé que en esta vida,
que con genio es muy contado quien la escribe
y con oro cualquiera hace poesía.

¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho y mañana
digámonos adiós.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER,
Rimas XXVI y LXVIII

Mi vida es un erial:
flor que toco se deshoja;
que en mi camino fatal,
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *Rima LX*

. . .«La eterna canción»:

«¿Te embarcas?» gritaban. Y yo, sonriendo,
les dije al pasar:
«Ha tiempo lo hice; por cierto que aún tengo
la ropa en la playa tendida a secar.»

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *Rima LXXII*

Al brillar un relámpago nacemos
y aún dura su fulgor cuando morimos:
¡tan corto es el vivir!
La gloria y el amor tras que corremos,
sombras de un sueño son que perseguimos:
¡despertar es morir!

¿De dónde vengo? . . . El más horrible y áspero
de los senderos busca.
Las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas,
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.
¿A dónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza;
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas.
En donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, *Rimas LXIX y LXVI*

—Tú eres joven, tú eres hermoso—le decía aquélla—. ¿Por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer a quien ames, y que amándote pueda hacerte feliz?

—¡El amor!... El amor es un rayo de luna—murmuraba el joven.

—¿Por qué no despertáis de ese letargo?—le decía uno de sus escuderos—. Os vestís de hierro de pies a cabeza; mandáis desplegar el aire vuestro pendón de ricohombre, y marchamos a la guerra. En la guerra se encuentra la gloria.

—¡La gloria! . . . La gloria es un rayo de luna.

—¿Queréis que os diga una cantiga, la última que ha compuesto Mosén Arnaldo, el trovador provenzal?

—¡No! ¡No!—exclamó el joven, incorporándose colérico en su sitial—. No quiero nada...; es decir, sí quiero: quiero que me dejéis solo.... Cantigas..., mujeres..., glorias..., felicidad..., mentira todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos, ¿para qué? ¿para qué? Para encontrar un rayo de luna.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, «*El rayo de luna,*» *Leyendas*

Recuerdos del tiempo en que se creía.

Volved, alegres sueños
que de mi edad primera
las gratas ilusiones
besábais con amor.

¿Por qué sin vuestro encanto,
en mi desdicha fiera,
ensueños dolorosos
que asaltan con horror?

¿Por qué la paz tranquila
de mi tranquilo pecho
cual disipada niebla
huyó de mí fugaz?

¿Por qué desde que gimo
en triste amor deshecho
no hay para mí ventura,
no hay para el alma paz?

¡Oh! ¡Nunca por mi daño
tus límites pisara,
infierno de la vida,
inquieta juventud!

Y antes que mi inocencia
veloz se disipara,
durmiera yo en la tumba
con eterna quietud.

Volad, mis pensamientos,
en alas de la mente,
y mis recuerdos vagos
de Elisa acariciad.

Y como luz hermosa
de lampo refulgente,
mostradme los hechizos
de su infeliz beldad.

Aquel amor sin celos,
sin penas ni amargura,
aquel afán sencillo
del blando corazón,

todo era en ella dulce,
perfecta su hermosura,
sus ojos apacibles,
tranquila su pasión.

Pero murió, y yo, ciego,
en tempestad violenta,
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche,
la bárbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

¿Por qué, ¡oh verdad! rasgaste
los misteriosos velos
de aquellas ilusiones
de plácida ficción?

¡Mentidos paraísos
y nacarados cielos,
era mentira y humo
vuestra feliz mansión?

Aquellas esperanzas
que el alma concebía
al penetrar del mundo
por el fatal dintel,

todo desvanecido
con el dolor de un día,
irrita los tormentos
de mi pasión cruel.

El corazón gastado
de dulces sensaciones,
sus férvidas tormentas
se goza en arrostrar.

Y para más congoja,
mis blandas ilusiones
la realidad horrible
se afana en desgarrar.

Huyéronse livianas
las nubes vaporosas
que el claro sol cubría
de purpurado tul.

Y ya negras
de sombras temerosas,
del limpio cielo empañan
el transparente azul.

Y pasa un día, y otro,
y sin cesar me pierdo
por la gastada senda
de lo que ya no es.

Y voy, arrebatado
en su inmortal recuerdo,
sus huellas deliciosas
borrando con mis pies.

Sin porvenir, sin gloria,
desesperado gimo,
esclavo de la vida
en la prisión servil.

Mis días se resbalan
y, solo y sin arrimo,
la nube pido al cielo.
con ansiedad febril.

¡Adiós, recuerdos tristes
de mi fugaz ventura;
adiós, afán sencillo
del blando corazón!

Perdílo todo a un tiempo:
su cándida hermosura,
sus ojos apacibles,
su tímida pasión.

Murió, murió y sin calma
en tempestad violenta
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche,
la bárbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,
Recuerdos, de Obras escogidas

Desconfianza ante el mundo. Consejos de un viejo a Adán.

Su observación profunda y su experiencia
han reducido a máximas la vida,
es cada frase suya una sentencia,
cada palabra una ilusión perdida:
torpe y lento en hablar, vierte su ciencia
en truncados períodos sin medida,
más en su gesto su intención marcada
que en el valor de la palabra hablada.

. . .

Mira, de nadie te fíes,
hijo Adán, vive en acecho;
lo que guardes en tu pecho
ni aún a ti mismo confíes.
La gente. . .no hay un amigo:
al que cae, la cantidad
de una mala voluntad
tienes un falso testigo.

Si apuñalas a alguno, cuida
de endiñarle al corazón
no se olvida una intención
y un beneficio se olvida.
Las mujeres. . ., la mejor
es una ramera: en el suelo
el diablo no tiene anzuelo
más seguro ni peor.

JOSE DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*

El pesimismo nace, a veces, del fatalismo. Si el destino de un ser está torcido, la resistencia es inútil.

DON ALVARO:

Qué carga tan insufrible
es el ambiente vital
para el mezquino mortal
que nace en signo terrible;
qué eternidad tan horrible
la breve vida. Este mundo,
gran calabozo profundo
para el hombre desdichado,
a quien mira el cielo airado
con su ceño furibundo.
Parece, sí, que a medida
que es más dura y más amarga,
más extiende, más alarga
el destino nuestra vida.
Sí, nos está concedida
sólo para padecer,

y debe muy breve ser
la del feliz, como en pena
de que su objeto no llena,
terrible cosa es nacer.

DUQUE DE RIVAS, *Don Alvaro o la fuerza del sino, Jornada III*

De la misma manera que don Alvaro, reacciona el protagonista de Alfredo.

¡La fatalidad, Rugero, la fatalidad!... Ella domina el universo.... Ella me conduce, ella me empuja con su brazo de hierro. Mi resistencia, ¿de qué me sirve mi resistencia? Sólo de hacer más triste, más desgraciada, más estrepitosa mi caída.

JOAQUIN FRANCISCO PACHECO, *Alfredo*

LOS AUTORES

Alcalá Galiano, Antonio (1789–1865)

De Cádiz. Amigo de Espronceda y del Duque de Rivas. Fogoso orador; colaboró activamente en periódicos y revistas de España e Inglaterra.

Textos citados: ***22,*** Prólogo a la primera edición de *El moro expósito,* Madrid, 1834; ***41,*** artículo de *Semanario pintoresco,* toma I, página 80, Madrid, 1839.

Otras obras: *La literatura española, francesa, inglesa e italiana del siglo XVIII; Máximas y principios de Derecho constitucional; Memorias de un anciano.*

Aribau, Buenaventura Carlos (1798–1862)

Ocupó importantes cargos públicos. Fundó *El europeo.* Su *Oda a la patria* es el punto de partida del romanticismo catalán. Se le debe la iniciativa, con Rivadeneyra, de la *Biblioteca de autores españoles.*

Textos citados: ***210,*** *Mi insensibilidad progresiva,* de *El europeo,* toma II, página 355; ***188,*** «Sobre la literatura oriental,» *El europeo,* toma I, página 336.

Arolas, Juan (1805–1849)

De Valencia.

Texto citado: ***194,*** *Leyenda tártara,* de *Poesías caballerescas y orientales,* Valencia, 1840 (de *Clásicos castellanos,* página 278, Madrid, 1928).

Avecilla, Pablo Alonso

Texto citado: ***40,*** *Poética trágica,* Madrid, 1834.

Bécquer, Gustavo Adolfo (1836–1870)

De Sevilla. Colaboró en periódicos y revistas. Escribió teatro en colaboración, bajo los seudónimos de Adolfo García y Adolfo Rodríguez.

Textos citados: ***123,*** *Desde mi celda,* carta cuarta, 1864; ***144,*** *La soledad,* de *Obras,* toma III, Madrid, 1907; ***73–77, 82, 83, 85, 88, 100, 108, 109, 116, 151, 168, 192, 208, 233,*** artículos de *Leyendas,* Madrid, 1872; ***88–91, 94, 101, 102, 152, 231, 232,*** *Rimas,* Madrid, 1872.

Otras obras: *El carnaval; La mujer a la moda.*

Bretón de los Herreros, Manuel (1796–1873)

De Quel, Logroño. Además de su obra original, se le deben abundantes traducciones y refundiciones. Se caracteriza por su fecundidad, pues se le conocen 175 obras.

Texto citado: ***33,*** *Me voy de Madrid,* acto I, 1838.

Otras obras: *A la vejez viruelas; A Madrid me vuelvo; Marcela o ¿cuál de los tres?; La escuela de las casadas; Muérete y verás; Don Fernando el Emplazado; Elena.*

Campoamor y Campoosorio, Ramón de (1817–1901)

De Navia, Asturias. Gran orador, y Académico de la Española.

Textos citados: ***229,*** *Doloras,* Barcelona, 1888; ***85, 164,*** *El tren expreso,* cantos I–IV, 1886.

Otras obras: *Cantares; Fábulas; Humoradas; ¡Quién supiera escribir!; ¡Qué es amor!; El drama universal; Pequeños poemas; Guerra a la guerra; El palacio de la verdad; Dies irae; Poética.*

Coronado, Carolina (1823–1911)

De Almendralejo, Badajoz.

Texto citado: ***90,*** *El amor de los amores,* de *Poesías,* Madrid, 1843.

Otras obras: *La palma; A un poeta del porvenir; Paquita; La luz del Tajo; La siguea.*

Duque de Rivas (Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, 1791–1865)

De Córdoba. Liberal; ministro y embajador en Nápoles, 1848.

Textos citados: ***162, 238,*** *Don Alvaro o la fuerza del sino,* jornadas III y V, 1835; ***127,*** *El conde de Villamediana,* de *Revista de teatros,* Madrid, 1834; ***110, 199,*** *El moro expósito,* París, 1834; ***208,*** *El tiempo,* 1818; ***136,*** *Lanuza,* acto V, Madrid, 1832; ***126,*** *Romance,* Madrid, 1833; ***129,*** *Solaces de un prisionero o tres noches de Madrid,* jornada I, Madrid, 1904; ***128,*** *Un castellano leal,* de *Romances,* Madrid, 1854.

Otras obras: *A Olimpia; El desterrado; El faro de Malta; Florinda; La dama del lago; El parador de Bailén; La morisca de Alajuar; El ventero; Los Hércules.*

Durán, Agustín (1793–1862)

De Madrid. Discípulo de Lista.

Texto citado: ***11,*** «Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito particular,» Madrid, 1828.

Otras obras: *Romancero;* tomas X y XVI de la *Biblioteca de autores españoles; La infantina de Francia y sus amores con el hijo del rey de Hungría; La leyenda de las tres toronjas, las del vergel del amor.*

Escosura, Patricio de la (1807–1878)

De Madrid. Discípulo de Lista y amigo de Espronceda. Académico de la Española.

Textos citados: ***111,*** *El conde de Candespina,* toma I, Madrid, 1832; ***18,*** *Ni rey ni roque,* capítulo II, Madrid, 1835; ***19,*** artículo de *Revista de Madrid,* toma I, página 50, 1838.

Otras obras: *Memorias de un coronel retirado; La corte del Buen Retiro; También los muertos se vengan; Don Jaime el Conquistador; El amante universal; El tío Marcelo; Manual de mitología; Estudios históricos sobre las costumbres españolas.*

Espronceda y Delgado, José de (1808–1842)

De Almendralejo, Badajoz. Discípulo de Lista; participó en las luchas revolucionarias, en el partido progresista.

Textos citados: ***158,*** *A don Diego de Alvear, a la muerte de su amado padre;* ***222,*** *A Jarifa en una orgía;* ***50,*** *A la muerte de Torrijos y sus compañeros;* ***80,*** *A la noche,* 1840; ***49,*** *Al dos de mayo,* de *Poesías,* 1840; ***106,*** *Batalla del Guadalete,* fragmento I, 1826; ***63,*** *Canción del pirata,* 1840; ***224,*** *Canto a Teresa;* ***51, 70, 82, 94, 158, 176, 225, 228, 237,*** *El diablo mundo,* de *Clásicos castellanos,* Madrid, 1840; ***56, 57, 84, 149, 156, 177, 227,*** *El estudiante de Salamanca,* Madrid, 1839; ***69,*** *El mendigo,* 1840; ***35,*** «El pastor clasiquino,» *El artista,* toma I, página 251, 1835–1836; ***66, 67,*** *El verdugo,* 1840; ***50,*** *¡Guerra!;* ***205,*** *¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!;* ***119,*** *La vuelta del cruzado,* 1840; ***122,*** *Pelayo,* fragmento I, 1824; ***72, 77,*** *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar,* Madrid, 1834.

Otras obras: *De Gibraltar a Lisboa; Poesías líricas (Serenata, A una estrella, A la patria).*

Fernández y González, Manuel (1821–1888)

De Sevilla. Autor muy fecundo. Autor de más de 300 novelas amén de poesías y dramas.

Texto citado: ***191,*** *Historia de los siete murciélagos,* Madrid, 1863.

Otras obras: *La maldición de Dios; María (Memoria de una huérfana); La batalla de Lepanto; Elegía a Carlos Latorre; Los siete infantes de Lara; Obispo, casado y rey.*

García Gutiérrez, Antonio (1813–1844)

De Chiclana, Cádiz. Colaboró en periódicos. Fue director del Museo Arqueológico Nacional y Académico de la Española.

Textos citados: ***101,*** *El trovador,* jornada III, Madrid, 1836; ***130–132,*** *Juan Lorenzo,* actos I y II, Madrid, 1865; ***233,*** *Recuerdos,* de *Obras escogidas,* Madrid, 1846; ***202,*** *Venganza catalana,* actos II y IV, 1864.

Otras obras: *Poesías; Luz y tinieblas; El paje; Las bodas de doña Sancha; Un duelo a muerte.*

García y Tassara, Gabriel (1817–1875)

De Sevilla. Fue representante de España en Wáshington.

Textos citados: ***204,*** *A la guerra de Oriente,* de *El iris,* toma I, página 12, 1839; ***81,*** poema de *Poesías,* 1872.

Otras obras: *Himno al Mesías; Leyenda a Horacio; A Dante; A Napoleón; A donoso Cortés.*

Gil y Carrasco, Enrique (1815–1846)

De Villafranca del Bierzo. Amigo de Humboldt; murió en Berlín.

Textos citados: ***117,*** *El señor de Bembibre,* de *Obras en prosa,* toma I, página 165, Madrid, 1883; ***40,*** artículo de *Semanario pintoresco,* toma I, página 69, Madrid, 1839.

Otras obras: *El segador; El maragato; La violeta; Una gota de rocío.*

Gil y Zárate, Antonio (1796–1861)

Textos citados: ***95,*** *Matilde,* acto II, Madrid, 1841; ***95,*** *Rodrigo,* acto II, Madrid, 1838.

Hartzenbusch, Juan Eugenio (1806–1880)

De Madrid. Académico de la Española. Refundió obras de clásicos españoles y extranjeros.

Textos citados: ***132,*** *El alcalde Ronquilo y el obispo Acuña,* de *Obras escogidas,* París, 1850; ***28,*** Examen del artículo titulado «Movimiento drámatico» (de Bermúdez de Castro), *Revista de teatros,* Madrid, 1841; ***230,*** *La dicha,* de *Poesías,* página 417, Madrid, 1887; ***142, 144,*** *La muerte,* de *Obras escogidas,* páginas 75 y 76, París, 1850; ***92, 93,*** *Los amantes de Teruel,* acto I y escena última, 1837; ***41,*** poema citado de Alonso Cortés, *Zorrilla. Su vida y su obra,* toma I, página 258, Valladolid, 1916–1920.

Otras obras: *La ley de raza; La madre de Pelayo; La redoma encantada; La Archiduquesita; Mariquita la pelona.*

Iza Zamacola, Juan de (–1819?)

Vizcaíno. Colaborador del *Diario de la Corte;* se le tachó de afrancesado.

Texto citado: *38, El clásico y el romántico,* acto I, Madrid, 1841.

Otra obra: «Elementos de la ciencia contradanzaria para que los currutacos, pirracas y madamitas de nuezo cuño, puedan aprender a baylar las contradanzas por sí solos, o con las sillas de su casa. Colección de las mejores coplas de seguidillas, tiranas y polós que se han compuesto para canta a la guitarra.»

Larra y Sánchez de Castro, Mariano José de (1809–1837)

De Madrid. Usó los seudónimos de Fígaro y El Pobrecito Hablador, entre otros. Colaborador de diversos periódicos españoles.

Textos citados: ***215, 217, 222,*** *Artículos de costumbres;* ***93, 94,*** Crítica a *Los amantes de Teruel;* ***155,*** «Día de difuntos de 1836»; ***214,*** «El castellano viejo»; ***91, 218,*** *El doncel de don Enrique el Doliente,* capítulos XV y XVI, Madrid, 1834; ***54,*** «El reo de muerte,» *El español,* 1836; ***219,*** «La Nochebuena de 1836,» París, 1857; ***218,*** «La sociedad,» *Revista española,* 1835; ***220,*** *La vida de Madrid;* ***53,*** «Los barateros o el desafío y la pena de muerte,» *El español,* Madrid, 1836; ***14,*** artículo de *Revista española,* 1834; ***221,*** «Tercera carta de un liberal de acá a un liberal de allá,» *Artículos políticos y sociales,* toma III, página 136; ***171,*** *Traducción de Lamennais;* ***213,*** «Vuelva Ud. mañana.»

Otras obras: «La planta nueva o el faccioso»; *Odas, elegías, sátiras; No más mostrador; Macías.*

López Soler, Ramón (1808–1836)

Usó el seudónimo de Gregorio Pérez de Miranda.

Textos citados: ***2,*** «Análisis de la cuestión agitada entre románticos y clasicistas,» *El europeo,* toma I, páginas 207 y 254; ***113,*** Los bandos de Castilla o el caballero de cisne, toma III, página 5, Valencia, 1830.

Otras obras: *Kar Osmán; Jaime el Barbudo; La catedral de Sevilla* (con influencia de *Notre Dame,* de Víctor Hugo).

Madrazo y Kuntz, Pedro de (1816–1898)

De Roma. Se educó en Madrid. Fundó con Ochoa *El artista.* Miembro de la Academia de los Arcades de Roma y de las de la Historia y la Lengua Españolas.

Texto citado: ***32,*** «Poesía antigua,» *El artista,* toma II, página 27.

Otras obras: *Recuerdos y bellezas de España; Catálogo histórico descriptivo del Museo del Prado; Museo de Antigüedades.*

Martínez de la Rosa, Francisco (1787–1862)

De Granada. Jefe del Gobierno en 1834, bajo la regencia de María Cristina. Presidente de la Real Academia Española.

Texto citado: ***145,*** *La conjuración de Venecia,* 1834.

Otras obras: *Libro de los niños; Hernán Pérez del Pugar, el de las hazañas; Doña Isabel de Solís, reina de Granada; Poesías; Zaragoza; Epístola al duque de Frías; El cementerio de Momo; La niña en la casa y la madre en la máscara; Edipo; Abén Humeya.*

Mesonero Romanos, Ramón de (1803–1882)

De Madrid. Fundó y dirigió el *Semanario pintoresco español.* Obtuvo el título de «Cronista de Madrid.» Usó el seudónimo de El Curioso Parlante.

Textos citados: ***36,*** *Memorias de un setentón,* Madrid, 1880; ***38,*** artículo de *Correo de las damas,* Madrid, 1834; ***38,*** artículo de *El vapor,* 1836; ***37,*** artículo de *Guardia nacional,* 1840.

Otras obras: Artículos de *Panorama matritense* (1823–1835), *Escenas matritenses* (1836–1842) y *Tipos y caracteres* (1843–1862); *El antiguo Madrid, paseos historicoanecdóticos por las calles y las plazas de esta villa.*

Monteggia, Luis

Emigrado italiano desde 1821. Produjo varios estudios sobre el romanticismo.

Texto citado: ***8,*** «Romanticismo,» *El europeo,* toma I, página 48.

Navarro Villoslada, Francisco (1818–1895)

De Viana. Periodista católico, cofundador de *El pensamiento español.* Cultivó la novela histórica.

Texto citado: ***105,*** *Amaya o los vascos en el siglo VIII,* Madrid, 1879 (página 212, Madrid, 1946).

Otras obras: *Doña Urraca de Castilla; Doña Blanca de Navarra.*

Núñez de Arce, Gaspar (1834–1903)

De Valladolid. Gobernador civil de Barcelona; Ministro del Ultramar. Usó el seudónimo de El Bachiller de Honduras.

Textos citados: ***170,*** *El Cristo en mi hogar;* ***138, 139,*** *El haz de leña,* actos I y II, Madrid, 1879; ***172,*** *Tristezas.*

Otras obras: *Quien debe, paga; La última lamentación de Lord Byron; Gritos del combate; Raimundo Lulio; El vértigo.*

Ochoa, Eugenio de (1815–1872)

De Guipúzcoa. Discípulo de Lista. Fundó con su cuñado Pedro Madrazo, el periódico *El artista*. Tradujo a Víctor Hugo *(Hernani o el honor castellano)* y a Virgilio.

Textos citados: ***17,*** artículo de *El artista,* toma I, página 36, Madrid; ***121,*** *Suspiros de amor (Ecos del alma),* de *El iris,* 1841.

Otras obras: *Un día de 1823; El auto de la fe; Miscelánea de literatura, viajes y novela; Tesoro de romanceros españoles; Catálogos de los manuscritos españoles de las bibliotecas de París.*

Pacheco, Joaquín Francisco (1808–1865)

Texto citado: ***239,*** *Alfredo,* 1835.

Príncipe, Miguel Agustín

Texto citado: ***39,*** *El justo medio,* de *El romanticismo. Poesías,* Madrid, 1840.

Quintana, José (1772–1857)

De Madrid.

Textos citados: ***107,*** *Al dos de mayo,* Madrid, 1808; ***134,*** *El panteón del Escorial,* de *Poesías selectas,* Madrid, 1806.

Ribot y Fontseré, Antonio (1813–?)

De Barcelona. Liberal en política como en literatura. Desterrado de España, y encarcelado en La Habana.

Texto citado: ***16,*** *Emancipación literaria didáctica,* Barcelona, 1837.

Otra obra: *Poesías escogidas.*

Rodríguez Rubí, Tomás (1817–1890)

De Málaga. Comisario Regio de Hacienda de La Habana durante la Restauración.

Texto citado: ***77,*** *Recuerdo de la Alhambra,* de *Poesías andaluzas,* Madrid, 1841.

Otras obras: *Bandera negra; La corte de Carlos II; Fiarse del porvenir; A la Corte a pretender; Borrascas del corazón.*

Salas y Quiroga, Jacinto de (1813–1849)

De La Coruña. Fundó el periódico *No me olvides.*

Texto citado: ***20,*** artículo de *No me olvides,* toma I, Madrid, 1837.

Otras obras: *Claudina; Historia de Francia; Mis consuelos; El españoleto.*

Selgas y Carrasco, José (1822–1882)

De Murcia. Usó el seudónimo de El Padre Cobos.

Texto citado: ***230,*** *La primavera.*

Otras obras: *Hojas sueltas; Más hojas sueltas; El ángel de la Guarda; La manzana de oro; El estío; Flores y abrojos.*

Tapia, Eugenio de (1776–1860)

De Avila. Redactor del *Semanario patriótico;* usó el seudónimo de El Licenciado Machuca. Tradujo comedias francesas.

Texto citado: ***30,*** *El teatro,* toma 67, página 680.

Otras obras: *Los toros; La posada; La bruja.*

Trueba y Cossío, Telesforo (1799–1835)

Texto citado: ***116,*** *Gómez Arias o los moros de las Alpujarras,* Londres, 1828 (Madrid, 1942).

Valera y Alcalá Galiano, Juan (1824–1905)

De Cabra. Cursó la carrera diplomática, perteneció a la Real Academia y fue cofundador de la *Revista de España.*

Textos citados: ***45,*** *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas,* Madrid; ***42,*** «Crítica literaria,» *Revista española de ambos mundos,* página 10, Madrid, 1854.

Otras obras: *Pepita Jiménez; Doña Luz; Juanita la Larga; El pájaro verde; La muñequita; La originalidad y el plagio; Carta de Currita Albornoz al Padre Coloma; A Lucía; Fábula de Euforión; Gopa; Estragos de amor y celos.*

Vega, Ventura de la (1807–1865)

De Buenos Aires. Discípulo de Lista. Académico de la Española. Representa el espíritu clásico de la época, aunque con alguna concesión a lo romántico.

Texto citado: ***105,*** *Canto al R.N.S.,* de Prólogo a *El conde de Candespina,* Madrid, 1832.

Otras obras: *Orillas del Pusa; Agitación; Canto de la esposa; Imitación de los Salmos; El hombre de mundo; Don Fernando, el de Antequera; Eneida.*

Zorrilla y Moral, José (1817–1893)

De Valladolid. Se reveló como poeta con la elegía a la muerte de Larra.

Textos citados: ***125,*** *A buen juez mejor testigo,* París, 1864; ***161,*** *A la memoria desgraciada del joven literato don Mariano José de Larra,* 1837; ***159,*** *A la muerte de . . .;* ***142,*** *A una calavera,* de *Obras,* París, 1864 (Madrid, 1905); ***198,*** *Al último rey moro de Granada: Boabdil el Chico,* de *Obras,* París, 1864 (toma I, página 409, Madrid, 1895); ***120,*** *Cantos del trovador,* prólogo, página 30, Madrid, 1840; ***58, 61, 96, 148, 179, 180, 182, 183,*** *Don Juan Tenorio,* partes primera y segunda y escena final, 1844; ***146,*** *El capitán Montoya,* de *Leyendas y tradiciones,* página 33, Argentina, 1944; ***167,*** *El puñal del godo,* acto I, 1842; ***114,*** *El zapatero y el rey,* acto IV, 1840; ***104,*** *La azucena silvestre,* de *Obras,* París, 1864; ***169,*** *Margarita la tornera,* de *Leyendas,* toma IV, página 132, Madrid, 1859; ***197,*** *Oriental;* ***155,*** *Recuerdos y fantasías,* Granada, 1844 (París, 1852); ***72,*** *Versos,* 1837.

Otras obras: *El reloj; Gloria y orgullo; Las hojas secas; Entre clérigos y diablos; El diluvio universal; La copa de marfil.*

Date Due

			DEC 12 1988
JAN - 4 1978			
APR 23 1991			
	MAR 14 2000		
	MAR 13		

bd CAT. NO. 23 233 PRINTED IN U.S.A.

PQ 6186 .D5 1968
Diaz-Plaja, Fernando.
Antologia del romanticismo esp
010101 000
0 1163 0171230 7
TRENT UNIVERSITY

PQ6186 .D5 1968
Díaz-Plaja, Fernando
Antología del romanticismo español

DATE	ISSUED TO 110690

110690